

Prensa y peronismo
Discursos, prácticas, empresas
1943-1958



María Lillana De Orden
Julio César Melon Pirro
compiladores



prohistoria
ediciones

Prensa y peronismo
Discursos, prácticas, empresas
1943-1958



prohistoria
ediciones

María Liliana Da Orden
Julio César Melon Pirro
compiladores

Prensa y peronismo
Discursos, prácticas, empresas
1943-1958



prohistoria
ediciones

María Liliana Da Orden
Julio César Melon Pirro
compiladores

Rosario, 2007

Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas, 1943-1958 / María Liliana Da Orden... [et.al.];
compilado por María Liliana Da Orden y Julio César Melon Pirro. - 1a ed. - Rosario: Prohistoria
Ediciones, 2007.
260 p.; 23x16 cm. (Actas; 4 dirigida por Elisa Caselli)

ISBN 978-987-1304-12-7

1. Historia 2. Peronismo 3. Periodismo I. Da Orden, María Liliana, comp. II. Melon Pirro, Julio César,
comp.
CDD 070.44

Fecha de catalogación: 28/03/2007

colección actas – 4
ISSN 1668-5369
dirigida por Elisa Caselli


Composición y diseño: Liliana Aguilar

Edición: Prohistoria Ediciones

Diseño de Tapa: Mostaza vencida

Ilustración de Tapa: La imagen de Eva Perón utilizada para confeccionar la tapa pertenece a The Hulton
Getty Picture Collection/Tony Stone Images [en línea] [http://www.britannica.com/eb/
art-52365/Eva-Peron-1947?articleTypeld=1](http://www.britannica.com/eb/art-52365/Eva-Peron-1947?articleTypeld=1) [consulta: 3 de julio de 2007]

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© María Liliana Da Orden – Julio César Melon Pirro –  prohistoria
Tucumán 2253 (S2000JVA) – ROSARIO, Argentina ediciones

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en
cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Cromografica, Rosario, en el mes de octubre de 2007.
Se tiraron 500 ejemplares.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1304-12-7

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
Prensa y peronismo: el problema y el tratamiento de las fuentes	9
María Liliana Da Orden - Julio César Melon Pirro	
PARTE I	
<i>Orígenes y configuración de una estrategia mediática</i>	27
CAPÍTULO I	
“Trabajadores de la pluma”: Periodistas, propietarios y Estado en la transformación de la prensa argentina, 1935-1945	29
James Cane	
CAPÍTULO II	
El semanario <i>La Víspera</i> (1944-45): último proyecto político de FORJA en la antesala del peronismo	47
Delia María García	
CAPÍTULO III	
Los trabajadores gráficos, la prensa y la política durante el peronismo	71
Gustavo Nicolás Contreras	
PARTE II	
<i>La provincia de Buenos Aires: estudios de caso</i>	97
CAPÍTULO IV	
La empresa periodística como estrategia partidaria del socialismo: el diario <i>El Trabajo</i> de Mar del Plata, 1946-1951	99
María Liliana Da Orden	
CAPÍTULO V	
Estrategias de la prensa comercial frente al peronismo clásico El diario <i>La Capital</i> de Mar del Plata	121
Nicolás Quiroga	

CAPÍTULO VI	
La prensa liberal y la prensa católica en Tandil durante los gobiernos peronistas, 1946-1955	145
Valeria Bruschi - Ricardo Pasolini	
PARTE III	
<i>El posperonismo: la opinión que se publica</i>	169
CAPÍTULO VII	
Entre los generales y las masas. Un derrotero nacionalista durante la “Libertadora”, <i>Azul y Blanco</i> (1956-1958)	171
Juan Iván Ladeuix - Gustavo Nicolás Contreras	
CAPÍTULO VIII	
Informe sobre la prensa clandestina Los peronistas entre 1955 y 1960	197
Julio César Melon Pirro	
CAPÍTULO IX	
Las revistas <i>Qué sucedió en 7 días</i> y <i>Mayoría</i> El enfrentamiento en el antiperonismo durante los primeros años del “frondizismo”	219
María Estela Spinelli	
BIBLIOGRAFÍA	243

INTRODUCCIÓN

Prensa y peronismo El problema y el tratamiento de las fuentes

MARÍA LILIANA DA ORDEN - JULIO CÉSAR MELON PIRRO

La presente compilación reúne algunos de los trabajos que fueron presentados en las VIII Jornadas de Historia Política “La prensa como fuente y como problema”, realizadas en 2005.¹ La riqueza del intercambio y la discusión que se originaron en el encuentro nos impulsaron a continuar profundizando en una de las cuestiones consideradas: la polémica relación entre prensa y peronismo. El problema, como se sabe, ha sido materia de constante opinión, aunque todavía no existen suficientes estudios particulares al respecto. De ahí que, con el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica² decidiéramos sacar a la luz los resultados obtenidos y algunas contribuciones que posteriormente se han incorporado.

La investigación sobre el peronismo ha experimentado en los últimos tiempos un avance sobre aspectos que habían sido poco tratados por los historiadores. Así, hemos podido leer estudios sobre las “variantes regionales” o las manifestaciones locales del movimiento, trabajos sobre las “segundas líneas” dirigenciales, mientras otras investigaciones se dedicaron a profundizar nuevos temas, desde escalas o enfoques diferentes. Estos aportes han procurado dar un sustento empírico consistente a una historiografía que sigue en la búsqueda de respuestas y de coberturas temáticas, y su progresiva consolidación parece coincidir con el fin de las grandes polémicas al estilo de las que otrora nutrían las opiniones de “ortodoxos” o “revisionistas”.

No es difícil concluir, sin embargo, que los avances han sido menores en relación con el particular objeto que nos ocupa. Más allá de los tópicos instalados por los contemporáneos partidarios de uno u otro sector, así como de las obligadas referencias de los investigadores que se ocuparon del período (Gambini, 1987; Luna, 1984, I), el maridaje temático de los términos que inspiran este libro recién cobró relevancia a partir de que Pablo Sirvén (1984) se aproximara al estudio de la relación entre Perón y los medios de comunicación. Por lo general, empero, los análisis de la prensa gráfi-

¹ El encuentro fue organizado conjuntamente por el programa “Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea” del IEHS (UNICEN) y por el Grupo de Investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna” del CEHIS (UNMdP), y se realizó en Tandil los días 28 y 29 de abril de 2005.

² Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (PICT) número 12615/02.

ca (Panella, 2001; Plotkin, 1993) aparecieron subordinados, con excepciones como la reciente e importante tesis de James Cane (2000), al de una materia que lo contenía, esto es, los estudios sobre el peronismo. Independientemente de las acciones de un poder estatal y de un liderazgo que pretendían monopolizar la escena política, la clave interpretativa dominante no se apartaba de una visión de la prensa más propia de la democracia decimonónica que de la de una sociedad de masas, en la que el público –también masivo– hacia el que se dirigían los distintos órganos impresos había modificado sustantivamente su carácter.

Ahora bien, si el interés por la historia del peronismo se ha alimentado en buena medida a partir de la sostenida importancia de este movimiento en la segunda mitad del siglo XX, el tema de la prensa política en general, más que el de la política y la prensa en particular, ha preocupado desde siempre a los historiadores que la saben constitutiva de su oficio. Advertidos de que buena parte de la información que nutre su trabajo sobre el pasado está mediada por una operación hermenéutica que puede considerarse la primera que se realiza, los profesionales han integrado los problemas metodológicos y teóricos derivados de la utilización de la prensa como medio o como objeto de estudio, aunque rara vez los han explicitado en sus análisis. ¿A dónde vamos con esto? Simplemente a señalar la necesidad de tener presente que si el historiador toma constantes decisiones de inclusión y exclusión, a la vez que de ponderación, sobre las fuentes disponibles, una parte importante de estas fuentes le está dada por un material que sobrevive en los diarios y revistas del pasado donde otras personas han realizado ya una primera selección sobre la complejidad de lo real. Dado que su tarea incluye la de presentar, de modo explícito o tácito, una interpretación de lo que sucede, suele ser el periodista, no casualmente llamado cronista, el primer dador de sentido de aquella complejidad. Si esto debe ser tenido en cuenta en el trabajo con fuentes periodísticas, otras dimensiones, de las que aquí se puntualizarán sólo algunas, resultan insoslayables cuando se trata de tomar a los medios gráficos mismos como objeto de estudio.

La prensa no es, pues, sólo una cantera a la que el historiador recurre para nutrir de una información más o menos detallada y fidedigna sus investigaciones. Los medios escritos son, siempre, empresas; esto es, las preguntas acerca de *qué, cómo, por qué y para quién* se dice deben ser formuladas en atención a que quienes escriben no son actores autónomos. El *quién*, la primera pregunta que Laswell formulara en 1948 preside, pues, los trabajos de los historiadores sobre la prensa. En el caso de los medios comerciales, se trata de organizaciones empresariales complejas, jerarquizadas y, por lo general, opacas al observador externo, en las que el trabajo y la expresión individual poco cuentan (Fontcuberta y Borrat, 2006: 162). Cuando se trata de la prensa identitaria o facciosa, el problema no es tanto el de la “autoría múltiple”, propio de las empresas comerciales, sino el de la elucidación de aspectos no menos oscuros, como el de la financiación “negra”, así como el del funcionamiento de las redes de elaboración de la información y distribución del producto. En el extremo opuesto

al de la prensa comercial, como es el caso –también analizado en este libro– de la prensa autoconcebida como “de combate”, puede identificarse con mayor facilidad a los rectores de la publicación periódica, de donde su análisis se inclina naturalmente hacia el tema del impacto político de productos fuertemente personalizados. A la inversa de estas últimas, que tienen en la búsqueda de influencia su base de enunciación, la elusión de un rol político expreso constituye el núcleo de la presentación pública de los órganos más establecidos y profesionalizados.

A todas luces y en principio, el análisis de una publicación periódica exige mucha más información de la que contienen las páginas, casi siempre exhaustivamente recorridas, del objeto de estudio de los historiadores.³ Sin embargo, en la historiografía ha prevalecido una perspectiva relacionada con la historia política en general o con la historia de las ideas en particular, que alentó un género de trabajo sobre los medios centrado en temas que, por supuesto, lo exceden. Después del importante estudio de Ricardo Sidicaro (1993) sobre las ideas políticas de *La Nación*, numerosos trabajos han abordado el problema de la relación entre el papel impreso y la política.⁴ Todos ellos se inscriben en la tradición de aquel trabajo pionero de Duncan (1980) que ayudara a distinguir los niveles intermedios que existen entre el panfleto y el diario masivo o del muy citado texto de Halperin Donghi (1985) en el que el historiador explicitó el papel de la denominada “prensa facciosa” en la lucha política.

³ Los comentarios de Fernando Devoto llamaron la atención sobre este y otros aspectos del problema durante las jornadas que referíamos al comienzo.

⁴ Entre otros, se cuentan la investigación de Paula Alonso sobre el discurso político de la prensa roquista (1997) y la de Eduardo Zimmermann sobre *La Nación* y el Partido Republicano (1988). Uno de los proyectos más acabados y el que probablemente haya tenido mayor impacto en la historiografía nacional, quizá haya sido el de Sylvia Saïta (1998) sobre el diario *Crítica* en los años 1920s. Noemí Girbal de Blacha y Diana Quatrocchi Woisson (1999) seleccionaron una significativa serie de estudios sobre las revistas culturales y políticas argentinas mientras que Leticia Prislely (2001) compiló un volumen sobre prensa regional en el norte de la Patagonia que abarca un dilatado período. Más recientemente, nuevamente Alonso (2004) editó un libro sobre las “Construcciones impresas” que acompañaron la formación de los Estados nacionales en América Latina, donde se recogen los trabajos que se presentaron en un simposio de la Universidad de San Andrés, en el año 2002. La historia política argentina, como lo pone en evidencia el libro de María Inés Tato (2004) centrado en la figura de Francisco Uriburu, creador de *La Mañana* y de *La Fronda*, siguió haciendo un uso exhaustivo de la prensa periódica, a la vez que trabajos como el de Laura Llull (2005) tomaban directamente como objeto de estudio a importantes medios regionales, en este último caso el diario *La Nueva Provincia*, de Bahía Blanca.

La Asociación Argentina de Editores de Revistas, por su parte, publicó cinco tomos de *Historia de Revistas Argentinas*. Además de las monografías seleccionadas por concurso, la obra incluye un tomo referido específicamente al público (Eujanian, 1999). Ediciones posteriores se dedicaron a las revistas del siglo XIX y a la fotonovela argentina. Los trabajos de Daniel Mazzei (1994) sobre *Primera Plana* y la tesis de Miguel Taroncher (2004) sobre esa y otras revistas de análoga importancia plantearon el rol de algunas publicaciones en la generación del consenso golpista de 1966. No mencionamos aquí las numerosas contribuciones que pueden rastrearse en las presentaciones a congresos regionales o nacionales. Tampoco es posible referirnos a los trabajos encarados desde el periodismo y que constituyen referencias inexcusables para toda exploración de la relación entre prensa y poder, a la manera en que lo hizo Graciela Mochkofsky (2003) en su documentada biografía sobre Jacobo Timmerman.

Como ha puesto en evidencia la Historia cultural, si bien más abocada a otro tipo de textos, las preguntas sobre las formas de producción, distribución y recepción de los diarios, periódicos y revistas no son interrogantes menores a la hora de estudiar estos objetos. De hecho, muy tempranamente la Sociología había llamado la atención sobre la constitución del público. Así, Gabriel Tarde (1898) supo identificar y caracterizar a los lectores de un mismo diario como una comunidad espiritual unida por la simultaneidad de la noticia que ofrecían esos medios impresos, una comunidad que sólo fue posible, según el sociólogo francés, gracias al periodismo. La preocupación por los efectos de la prensa sobre los receptores tuvo un desarrollo creciente a medida que se constituían empresas que buscaban captar la atención de un mercado consumidor cada vez más amplio, un hecho que tal vez, no de manera incidental, coincidió con aquel otro interés instalado entre los estudiosos a partir del acceso de las masas a la política. En la segunda posguerra, sin duda a instancias de experiencias traumáticas como la Gran Depresión, el avance del nacionalsocialismo y finalmente la gran conflagración, preguntas como las que señalara la aludida fórmula de Laswell, “quién dice qué, por qué canal, a quién, con qué efectos” orientaron a los investigadores en la creencia del decisivo impacto que los medios ejercían sobre un público al que se creía maleable. Un presupuesto que si los científicos sociales mantenían y el cine reflejaba en clásicos como *Meet John Doe* o *Citizen Kane* –no casualmente aparecidos en 1941–, mucho más habría influido en los dirigentes políticos de la época y, por supuesto, en el Estado. Con un enfoque cuantitativo, los análisis norteamericanos se ocuparon de examinar la prensa con minuciosidad a los efectos de medir su incidencia y correlación con determinados comportamientos sociales (Lazarsfeld y Merton, 1977 [1964]). Más allá de los enfoques que diferenciaron y también enfrentaron a los investigadores europeos con los anteriores (Carey, 1981) y de las posteriores revisiones a partir de análisis más afines con la Antropología, la Semiología y la Historia cultural, seguramente estas mismas disciplinas podrían inspirar a la historiografía, sino una metodología nuclear, distintas claves de lectura sobre la prensa política.

Lo cierto es que, en relación con estos temas, los historiadores no hemos procedido con la rigurosidad que caracteriza a los trabajos centrados en otro tipo de fuentes, como ha ocurrido, por ejemplo, con el caso de los censos, un testimonio aparentemente menos transido de ideología y que, sin embargo, ha demostrado ser muy elocuente desde el momento en que no sólo se lo explotó como producto sino también como forma de producción. En el caso de la prensa, en cambio, y este libro no aspira a presentarse como una excepción, tiende a prevalecer el uso de la información brindada por diarios y periódicos sobre determinado aspecto o, cuando es la propia fuente la que se constituye en objeto de estudio, difícilmente escape a un tratamiento que la considera, casi exclusivamente, como un actor más en el escenario político. Las concepciones unívocas poco favorecen, pues, el análisis de órganos generalmente caracterizados por la diversidad de mensajes que comprenden. De hecho, los diferentes y en ocasiones circunstanciales redactores, periodistas, directores o incluso colabora-

dores que se ocupan en un mismo diario, cuestionan la unicidad que supone la idea de actor que se le atribuye, con la excepción, claro está, de aquellas hojas políticas de limitada circulación en las que un mismo individuo se ocupa de todas las fases de producción. Memorias como las de Tálice (1977) o Lañío (1986) en el caso de los diarios de mayor circulación y, por supuesto, los testimonios orales de los redactores de los diarios locales, constituyen un buen ejemplo de la forma muchas veces improvisada en que se elaboran editoriales y artículos, así como de la manipulación de que son objeto las noticias, un tema que ya había preocupado a Galván Moreno (1944) en su clásico estudio sobre el periodismo argentino.

A poco que se busque trascender el clásico interés por la relación entre periodismo y opinión pública, pues, aparece claramente la noción de empresa comercial y con ello la necesidad de realizar un tratamiento que contemple las diversas variables que giran en torno a la misma. Así, una vez superado su carácter faccioso, con el cambio de prácticas políticas pero también con la ampliación del mercado consumidor, ¿hasta qué punto es posible seguir considerando a la prensa exclusivamente como órgano de la opinión pública? Como se ha preguntado, anticipando una respuesta para el caso norteamericano y también para el de la prensa británica (Curran, 1981 [1977]), ¿en qué medida las innovaciones tecnológicas y el incremento de costos que conllevaron tendieron a modificar radicalmente este carácter? Haciendo referencia directa a un aspecto relevante para este libro, más allá del propio discurso periodístico que los científicos sociales vienen analizando críticamente desde hace décadas, ¿es posible soslayar el hecho de que los redactores de diarios son, además, trabajadores empleados por empresarios deseosos de aumentar o sostener su rentabilidad disminuyendo costos, incrementando el tiraje, buscando, en suma, atraer nuevas franjas de lectores?

En efecto, un aspecto sustantivo en el alejamiento del modelo de prensa facciosa está dado por el hecho de que el papel que se escribe y se vende, ya sea que el énfasis esté colocado en la “información” o en la “opinión”, es público no sólo por *vocación* sino también por *necesidad*. Como es sabido, la prensa moderna comenzó a cobrar forma y a diferenciarse a medida que también se constituyó un mercado consumidor más amplio. Debe tenerse en cuenta, además, que la Argentina no parece haber ido a la zaga de dicho proceso. El diario *La Prensa* que asombraba a los visitantes extranjeros a comienzos del siglo pasado, cuando era sólo comparable con algunos órganos de los países anglosajones, *Crítica* en los años 1920s. (Saítta, 1998) o incluso diarios del interior como *La Nueva Provincia* (Lull, 2005) o *La Capital* de Rosario, más allá de sus lineamientos por cierto cambiantes, debían sostenerse como empresas que habían invertido en la tecnología más moderna y adaptarse a una competencia creciente. Obviamente que la publicidad –toda una esfera de análisis– pasó a ocupar un papel medular en este desarrollo. Ya no bastaba con el capital de los propietarios, probablemente suficiente para iniciar la empresa pero no para ampliarla y sostenerla en tal magnitud. Aunque se trata de un indicador siempre problemático, si el tiraje del conjunto de los diarios de mayor circulación debió estar próximo a los dos millones de

ejemplares a comienzos de los años 1930s. (Ulanovski, 1997: 31-44),⁵ en 1945 superaba con exceso los tres millones de números a juzgar por las cifras, por cierto incompletas, que recabara el anuario de la *American Society of Newspaper Editors* (1946, 79: 5).⁶ Para sostener los costos que esto suponía, la publicidad se constituyó en una clave de bóveda. ¿Qué poder tenían los grandes anunciantes sobre las posiciones de los diarios? Obligadamente, la pregunta lleva a la cuestión central de los avisos oficiales, ya presentes en la prensa facciosa pero, sin duda, cada vez más influyentes a medida que el Estado acrecentaba su papel. Poco se sabe todavía sobre estos puntos para el caso que nos ocupa, aunque todos partimos de reconocer que la información que un medio publica, su tirada y circulación, su posibilidad misma de influir en la opinión pública, cuentan en última instancia con un soporte material que condiciona el alcance y la supervivencia misma de nuestros objetos de estudio.

Aún antes del complejo y siempre escurridizo universo del público lector —el *blanco* al que se dirigen los medios— y de las diversas formas de recepción, entre propietarios y redactores queda por considerar un amplio sector de individuos afectados por la empresa periodística. Desde los proveedores de insumos a los linotipistas y demás trabajadores gráficos, desde los administradores a los expendedores de diarios, incluidos los *canillitas*, existe un mundo que se halla por detrás del producto final y que, sin duda, mucho tiene que decir sobre el tema. La prensa debe ser considerada en algún momento, pues, como una actividad económica —“prensa industrial” al decir de Cane— más sujeta a un conjunto de transformaciones que precedieron y se solaparon con la experiencia peronista. No en vano la huelga de los obreros gráficos de Capital Federal en 1949 o, en sentido contrario, la que el Sindicato de Canillitas realizó a *La Prensa*, tuvieron una crucial repercusión para el gobierno peronista como se pone en

⁵ *Crítica*, por ejemplo, llegó a sacar a la calle un millón de ejemplares el día de la caída de Yrigoyen. En 1928 el tiraje de *La Nación* llegó a 300 mil y el de *La Prensa* superó los 700 mil en 1935. Esto sin contar otros diarios de gran circulación como *El Mundo* o *Noticias Gráficas*.

⁶ En 1945 el tiraje de los diarios alcanzaba la cifra de 3.059.440 ejemplares, número que sólo estaba referido al 60% de los 194 medios que registra *Editor & Publisher*, una cantidad muy inferior a la vigente, a juzgar por los datos que aportaron Fernández (1943) o Galván Moreno (1944). Tendremos una medida más cercana de la importancia de tales estimaciones si consideramos que en 2004 las ventas de los dos principales matutinos argentinos, *Clarín* y *La Nación*, sumadas y calculadas en promedio anual diario, no lograban superar los 600 mil ejemplares. Así surge de un análisis de las estadísticas de circulación difundidas por el Instituto Verificador de Circulaciones en el período que abarca desde el mes de enero a diciembre de 2004, inclusive. Una publicación especializada estima que de ese número corresponden a *Clarín* un promedio de más de 400 mil ejemplares diarios, cifra que algunos domingos llega a duplicarse (*Diario sobre diarios*, 6 de abril de 2005). Debe tenerse en cuenta, de todos modos, que en los últimos años los órganos de prensa de prácticamente todos los países han visto reducidas sus ediciones en razón de la competencia con otros medios, principalmente electrónicos. Lamentablemente, el Instituto Verificador de Circulaciones no cuenta con datos de tirada de los principales diarios para el período peronista y los años inmediatamente posteriores. La consulta del anuario de la *American Society of Newspaper Editors* ha sido posible gracias a la generosidad de James Cane.

evidencia en el capítulo que Contreras presenta en este libro sobre el primero de los casos.

Ligado a la cuestión medios-empresa, otro de los tópicos de la relación entre prensa y peronismo ha sido el problema del papel para diario. Como se ha apuntado, es claro que el control de este insumo esencial por parte del Estado no fue desestimado como herramienta para imponer la adhesión al régimen. Sin embargo, serían necesarias más precisiones al respecto. La escasez de un producto que, por sus características, no se elaboraba en el país y para el que la demanda iba en aumento, fue una cuestión que los propios diarios de la época no dejaron de reconocer (Fernández, 1943: 152). Como en la Primera Guerra Mundial, durante el desarrollo de la Segunda y todavía bastante después, la adquisición del producto se vio dificultada. Así, la producción mundial de pasta de madera —una tercera parte de la cual se destinaba a papel periódico— fue la preocupación que motivó la realización de un congreso internacional en Canadá en 1949. Si a comienzos de los años 1950s. se había superado la crisis, lejos estaban todavía los países europeos de los valores producidos entre 1935-39. De hecho, Gran Bretaña —uno de los mayores consumidores— y los países de moneda débil frente al dólar debieron restringir sus importaciones (FAO, 1950).

Si esto era así en los países más avanzados, la Argentina, una de las sociedades con mayor consumo de diarios y periódicos de América Latina, no estuvo al margen del problema. De hecho, las importaciones desde los países norteamericanos —por el tipo de cambio— encarecieron los costos, en tanto que las de países europeos, como Suecia y Finlandia, todavía no habían alcanzado los niveles anteriores a la guerra.⁷ Esto tenía repercusiones no menores si se considera que el país, con el 40% del total, era el principal importador de papel para diario de esta parte del continente (FAO, 1948). Aunque es un tema que merece indagarse por la repercusión que tuvo para la industria, un sector clave de la economía peronista, la preocupación del Estado al respecto se habría hecho patente al menos desde 1943.⁸ Más allá, entonces, de las limitaciones que el control estatal imponía a la prensa a través de la distribución de las partidas de bobinas, lo cierto es que existía un problema que, con la excepción de

⁷ Las estadísticas internacionales dan buena cuenta de la gravedad de la situación. Así, mientras en 1937 la producción europea de papel para periódico alcanzó 2.778.000 toneladas métricas, esa cifra había disminuido en más de un 50% en 1948, cuando la industria ya se estaba recuperando. Un año antes, Argentina había sido el principal comprador de papel de Suecia y Finlandia, con unas 62 mil toneladas. No obstante, las 85 mil toneladas restantes importadas en ese año —la mayor parte de países norteamericanos— debieron tener un peso considerable en los costos, habida cuenta de la fortaleza del dólar frente a las divisas europeas en un mercado internacional afectado por la posguerra (FAO, 1948).

⁸ En esa época el ingeniero Tortorelli (1943), a cargo del reciente Instituto de Silvicultura, elaboró un informe sobre las posibilidades de la madera nacional para producir pasta de papel para diario. Durante el peronismo, una vez ascendido a Director Forestal del Ministerio de Agricultura, se encargó de hacer la primera tipificación de los bosques nacionales. El interés del gobierno promovió, además, la reunión de la Junta Latinoamericana de Expertos en la Industria del Papel y Celulosa, realizada en 1954 en la ciudad de Buenos Aires.

Estados Unidos, afectaba a los mayores productores de diarios del mundo. De hecho, como señalan Contreras y Ladieuix en su trabajo, todavía el gobierno de la “Revolución Libertadora” ejercía este tipo de manipulación a partir de una realidad económica que, por lo demás, recién buscó enfrentarse durante el desarrollismo y el gobierno de Onganía, con resultados todavía limitados.⁹ Ciertamente, esta situación no libera al peronismo de las acusaciones de que fue objeto con respecto a la administración de un insumo del cual dependían los diarios de mayor circulación, aunque el contexto referido merece ser tenido en cuenta para una investigación más profunda sobre éste y otros aspectos decisivos en la relación entre la prensa y el gobierno.

De hecho, la misma limitación debió dar un cierto respiro a aquellos diarios y periódicos de escaso tiraje, generalmente de circulación local o provincial –principalmente del interior y de los territorios nacionales–, de la que se ocupa una parte de este libro. Como apunta Da Orden en su capítulo, el atraso tecnológico que suponía la utilización de rotoplanas alimentadas con papel en hoja (una técnica reemplazada a comienzos del siglo pasado por los grandes diarios, que importaron impresoras alimentadas con bobinas de papel),¹⁰ permitía a las pequeñas empresas periodísticas sustraerse al control mencionado y a la vez subsistir frente al aumento de los costos. El papel de producción nacional –Celulosa Argentina, entre otras empresas, se había instalado a fines de los años 1920s.– favorecía el abastecimiento, así como el empleo de los restos del papel de las bobinas que no eran utilizables por los grandes periódicos. Esta línea incita, pues, a indagar en la prensa de circulación local y regional.

En efecto, los análisis sobre el período prácticamente sólo se ocupan de los grandes órganos de prensa de circulación nacional. Salvo algunos diarios del interior que cobraron mayor notoriedad por la censura o la expropiación de que fueron objeto –*El Intransigente* de Salta o *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca, por ejemplo–, son muy escasos los estudios y aún las menciones a la prensa del interior. Sin embargo, con las limitaciones del caso, sabemos que los 2.998 títulos de diarios y periódicos que según la Biblioteca Nacional se publicaban en 1937, tres años más tarde habían superado los 3.200, según las investigaciones realizadas con motivo del concurso propiciado por el Círculo de la Prensa (Fernández, 1943; Galván Moreno, 1944).

Aunque las cifras que pueden verse en el Cuadro 1 son provisorias debido a la continua fluctuación de este tipo de oferta, el número de publicaciones del interior del país igualaba por su cantidad y diversidad a las de la Capital. Ciertamente es que el tiraje y la circulación no eran comparables. Sólo un medio del interior como *La Capital* de Rosario podía competir con diarios como *La Prensa*, *La Nación*, *Crítica*, *El Mundo* o

⁹ En la década de 1980, por ejemplo, debía importarse papel para diarios (Getino, 1995: 104-06), una situación que aún no ha variado sustantivamente.

¹⁰ Un diario como *El Popular* de Olavarría (1899), que tiraba 4.500 ejemplares en 1945, cambió su rotoplana recién quince años más tarde. *El Popular* [en línea] <http://www.elpopular.com.ar/07/02/27/index.html> [consulta: 27 de febrero de 2007]. Cfr. Cuadro 2.

Noticias Gráficas. Muy distantes se ubicaban *La Gaceta* y *El Orden* de Tucumán, *Los Andes* de Mendoza o *Los Principios* y *La Voz del Interior* de Córdoba.¹¹

Cuadro 1
Diarios, periódicos y revistas publicados en Argentina
a principios de los años 1940s.

Lugar de edición	Diarios, periódicos y revistas (1941-2)	
	Diarios	Totales
Capital Federal	72	1.328
Buenos Aires	176	854
Catamarca	2	5
Córdoba	18	140
Corrientes	8	56
Entre Ríos	31	124
Jujuy	4	8
La Rioja	2	9
Mendoza	11	140
Salta	5	10
San Juan	4	14
San Luis	5	13
Santa Fe	17	211
Santiago del Estero	4	16
Tucumán	6	70
Territorios Nacionales	19	129
Totales	384	3.127

Fuentes: Fernández (1943); Galván Moreno (1944). Hay una ligera divergencia en las cifras de uno y otro autor que debe relacionarse con las fechas que toman como referencia –1942 y 1941 respectivamente.

Los medios impresos de la provincia de Buenos Aires, distantes en cuanto al número de títulos de los publicados en la Capital Federal (pero que prácticamente igualaban al conjunto del interior del país), no han sido objeto de estudio salvo para épocas anteriores (Llull, 2005). Además de la capital bonaerense, ciudades como Mar del Plata o

¹¹ En 1945 *La Capital* de Rosario tenía un tiraje de 100 mil ejemplares diarios, entre la mitad y una tercera parte de la cifra que sacaban a la calle los grandes medios de circulación nacional. Las ediciones diarias de Tucumán, Mendoza y Córdoba citadas en el texto oscilaban entre los 50 mil y los 30 mil ejemplares. (*American Society of Newspaper Editors*, 1946, 79, 5: 294-98)

Tandil, consideradas en este libro, pero también otras como Avellaneda, Bahía Blanca, Junín, Olavarría, Pergamino o Trenque Lauquen –por mencionar localidades bien diferenciadas– contaban con dos o más diarios de larga y reconocida trayectoria, sin considerar las publicaciones periódicas.

La lista, necesariamente incompleta, de diarios que aparece en el Cuadro 2, a la que deberían sumarse las revistas y publicaciones periódicas, da cuenta de la circulación de una verdadera miríada de medios impresos de mayor o menor tiraje –algunos, como los de Bahía Blanca, reunidos en círculos de prensa– que configuraban una tradición y probablemente unas prácticas específicas de no poca incidencia en la vida de cada localidad. Obviamente, tal influencia debe haber sido ejercida en la administración y la política local pero también en la economía, la sociabilidad y la cultura. De otro modo no puede entenderse este fenómeno, cuando a cada lugar llegaban simultáneamente los grandes diarios editados en la capital del país. Vemos, entonces, que la limitación de estas publicaciones, por la preeminencia que en ellas tenía la información lugareña y la escasa o nula originalidad de las noticias foráneas –que generalmente se limitaban a reproducir de otros medios–, constituye a la vez una valiosa oportunidad para el registro de ámbitos de actuación donde la trama social y política cotidiana casi puede palpase.

Estos impresos, algunos definitivamente perdidos y otros de difícil acceso, ameritan sin duda un estudio particular si lo que se quiere es ahondar en la vida política desarrollada al “ras del suelo” de éste u otro período. Mucho más cuando lo que se intenta es analizar la relación entre prensa y peronismo. Desde este ángulo, es posible encontrar nuevas aristas que, sin desmentirlo, realicen un aporte al problema de la manipulación y de los diversos mecanismos de control y censura que el Estado ejerció sobre los grandes medios impresos. ¿Hasta qué punto este accionar se hacía presente en el periodismo local? ¿No debería verse, en este caso, un campo mucho más expuesto a las situaciones de cada lugar y, con ello, posibilidades de producción y circulación también más heterogéneas? Ciertamente es que las trabas por parte del correo, la dilación en los permisos para obtener suministros de papel o las inspecciones y el cierre de talleres también afectaron a estos medios, como se muestra en el trabajo realizado para el caso de Tandil. Sin embargo, una primera aproximación sugiere que las prácticas que padecieron diarios opositores como *La Nueva Provincia* o *Democracia* en 1950, no tuvieron la duración ni el peso, o al menos la repercusión, de aquéllos que, como *La Vanguardia*, *El Intransigente* o el emblemático ejemplo de *La Prensa*, se constituyeron en símbolos del antiperonismo más acendrado.¹² ¿Hasta qué punto la prensa de circulación local o regional se distanció de los grandes medios en

¹² Por falta de papel, por ejemplo, durante los gobiernos peronistas interrumpieron su aparición *La Opinión* de Olavarría (1947) y *La Opinión* de Pergamino (enero-abril de 1950). *Democracia*, el diario radical de Junín, fue cerrado por la Comisión Visca-Decker (enero de 1950) y permaneció así durante trece meses. Por razones propias de la política local, en cambio, fueron clausurados hasta el final del gobierno peronista *La Opinión* de Trenque Lauquen (julio de 1953) y *El Eco de Tandil* (agosto de 1954).

Cuadro 2
Diarios de la provincia de Buenos Aires 1941-45

Municipio	Diario	Año de aparición	Tiraje (1945)
Avellaneda	<i>La Libertad</i>	1915	60.000
Bahía Blanca	<i>La Opinión</i>	1915	10.000
	<i>El Atlántico</i>	1920	18.000
	<i>El Censor</i>	1906	s/d
	<i>La Acción</i>	s/d	s/d
	<i>Democracia</i>	1930	s/d
	<i>Noticias</i>	s/d	s/d
	<i>La Gaceta</i>	1936	s/d
	<i>La Nueva Provincia</i>	1898	24.500
General Pueyrredon (Mar del Plata)	<i>Reconquista</i>	s/d	s/d
	<i>El Progreso</i>	1898	4.700
	<i>El Trabajo</i>	1915	s/d
	<i>El Atlántico</i>	1938	6.500
Junín	<i>La Capital</i>	1905	s/d
	<i>Democracia</i>	1931	5.200
La Plata	<i>La Verdad</i>	1919	4.500
	<i>Buenos Aires</i>	s/d	s/d
	<i>El Día</i>	1884	70.000
	<i>El Argentino</i>	1905	18.000
	<i>El Momento</i>	1932	s/d
	<i>El País</i>	1931	s/d
	<i>El Tiempo</i>	1921	s/d
	<i>Frente Nacional</i>	1936	s/d
	<i>Democracia</i>	s/d	s/d
	<i>Gaceta Comercial</i>	1938	s/d
	<i>La Opinión de La Plata</i>	1922	6.000
	<i>La Provincia</i>	1915	s/d
	<i>Los Debates</i>	1901	s/d
	<i>Los Principios</i>	1934	s/d
	<i>Nuevos Rumbos</i>	1925	5.000
	<i>Opinamos</i>	1938	s/d
<i>Provincia Libre</i>	1948	s/d	
<i>Tribuno</i>	1937	s/d	
Olavarría	<i>El Popular</i>	1899	4.500
	<i>La Democracia</i>	1906	s/d
	<i>La Idea</i>	1918	s/d
	<i>La Opinión</i>	s/d	s/d
	<i>La Patria</i>	s/d	s/d
Pergamino	<i>El Tiempo</i>	1937	6.000
	<i>La Opinión</i>	1917	6.500
	<i>La Tarde</i>	1918	s/d
	<i>La Tribuna</i>	s/d	s/d
Tandil	<i>El Eco</i>	1882	3.900
	<i>Nueva Era</i>	1919	6.000
	<i>Tribuna</i>	1929	s/d
Trenque Lauquen	<i>El Diario</i>	1934	s/d
	<i>El Independiente</i>	1899	1.800
	<i>La Opinión</i>	1919	s/d
	<i>La Tarde</i>	s/d	s/d
Total provincia	36 de los 73 diarios/periféricos con dato		320.740

Nota: Además de los que figuran en el cuadro, 14 municipios contaban con un diario y otros 35 publicaban al menos dos. La información acerca del tiraje corresponde al año de 1946.

Fuentes: *American Society of Newspaper Editors* (1946, 79, 5: 294-298); Fernández (1943); Galván Moreno (1944).

su relación con el peronismo? ¿Podría trazarse una cartografía del interior del país como en otras dimensiones de este fenómeno político? Estos son, pues, algunos de los interrogantes que pueden abrir todavía más el abanico recientemente desplegado en otras investigaciones sobre el peronismo (Macor y Tcach, 2003; Melon y Quiroga, 2006; Panella, 2005).

Retomando una perspectiva más general sobre el tema que nos ocupa, hay bastante de cierto en aquella afirmación del propio Perón en el sentido de que, mientras en 1946 se ganaron las elecciones con todos los diarios en contra, en 1955, cuando estuvieron a su favor, se produjo el derrocamiento del régimen. En efecto, sólo *La Época* lo había acompañado en su ascenso mientras que los matutinos *El Mundo*, *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa* y los vespertinos *La Razón*, *Noticias Gráficas* y *Crítica*, como la abrumadora mayoría de los medios regionales y locales, habían apoyado a la Unión Democrática. Ahora bien, esto no necesariamente conduce a relativizar la importancia de la prensa —que el mismo peronismo le atribuía— sobre la política contemporánea. En rigor de verdad, de los diarios más importantes o de mayor circulación, únicamente *Clarín* y *La Nación* seguían a mediados de los años 1950s. en manos de sus propietarios, sujetos, no obstante, a las restricciones de suministro de papel o condicionados, en última instancia, a la vigilancia más o menos distante que la Subsecretaría de Informaciones y Prensa —a la que diera forma y dinámica Raúl Apold (Gené, 2005)— ejercía sobre lo que se publicaba. El Gobierno tenía, entonces, un control directo sobre la denominada “cadena” informativa que comenzó a formar el grupo empresario ALEA, ampliada con la adquisición de la mayoría accionaria de la Editorial Haynes y con la sucesiva incorporación de matutinos y vespertinos de la Capital Federal y del interior del país en un proceso en el que no faltaron presiones, clausuras y, como es obvio traer hasta aquí, la recordada expropiación de *La Prensa* en beneficio de la CGT en abril de 1951.

No menos cierto es que las arbitrariedades del Estado en relación con la prensa y la polarización que permeaba las posibilidades políticas que se atribuían al papel impreso no acabaron sino que, podríamos decir, se institucionalizaron a partir de 1955. Así, la “Revolución Libertadora”, con el propósito de erradicar la influencia peronista de la sociedad, introdujo una legislación novedosa que afectó a esta actividad de una manera sustantiva. Por primera vez en el país se prohibió la utilización de términos y expresiones, al punto que el decreto-ley 4161, que reglamentó estas cortapisas, impuso el recurso a ciertos eufemismos por medio de los cuales el periodismo podía referirse al “régimen depuesto” o a sus símbolos (Melon Pirro, 2005b). Si bien este proceso es bastante conocido, no hay un estudio preciso sobre el modo en que el Gobierno militar procedió en su relación con los grandes diarios nacionales. Súbitamente las páginas de los medios que integraban la denominada cadena, además de *Clarín* y *La Nación*, se colocaron en sintonía con el clima de ideas decididamente antiperonista, a través de la designación de interventores y directores por parte del Ministerio del

Interior.¹³ En el mismo sentido, la adjudicación de empresas editoriales como *Alerta Publicidad* y *Crítica* a cooperativas “en formación” alienta a pensar, más que en una liberalización, en la profundización de estrategias ya implementadas (Presidencia de la Nación, 1958).

El fin del peronismo, pues, no simplificó el panorama sino que más bien lo complicó, aunque el espíritu decididamente faccioso que asumía la política a partir de entonces nos incline a percibir manifestaciones de similar tenor en el abigarrado mundo de la prensa contemporánea. La “Revolución Libertadora” primero, e inclusive su sucesión frondizista después, aplicaron indiscriminada o selectivamente –según la época– unas facultades de control de lo que se escribía y podía leerse que se tradujeron en la aplicación de diversos grados de censura. Paralelamente y no de modo contradictorio, después de la caída de Perón se produjo una verdadera proliferación de la literatura política que, entre otras cosas, se manifestó en la emergencia de semanarios que procuraron establecer nuevas formas de comunicación con el público (Melon Pirro, 1997). A la explicación de ambos procesos contribuye la forzada ausencia del peronismo en el escenario político nacional. Así, el espacio de la prensa pareció, a la vez que restringido en sus posibilidades expresivas, súbitamente extendido en una medida que superaba –en volumen de edición pero también en variedad política– al creado por la remoción de los directorios de la antigua “cadena” informativa. A los problemas de aprovisionamiento de papel y financiación, los nuevos medios debieron sumar, pues, en la medida en que estaban animados de propósitos de lectura y actuación política, los derivados de la implementación de disposiciones legales que reprimían la libertad de expresión en tanto que estuvieran relacionados con el movimiento proscrito.

Con todo, debe decirse que los distintos órganos participaban de un código común en la Argentina post-1955. Todos, antiperonistas de las más distintas expresiones partidarias, peronistas de variedades excéntricas o fieles a los lineamientos fijados desde el exilio, izquierdistas a la caza de un sujeto histórico esquivo y nacionalistas en apresurada reconversión táctica, habitaban el universo común de quienes creían en el poder de la palabra escrita. Desde cierto punto de vista, entonces, el concepto liberal decimonónico acerca de la función de la prensa resurgía en estas expresiones políticas bastante marginales al Estado con una vitalidad a la que la estrategia mediática peronista, desde otro lugar, no había sido tampoco ajena.

En el contexto que venimos desarrollando, *Prensa y peronismo* es un intento de contribuir al avance de ambos campos temáticos desde una perspectiva segmentada por los particulares objetos de estudio que constituyen la materia de cada capítulo. Sus

¹³ Según el testimonio de un testigo de la época, por ejemplo, *La Razón* fue confiada a los radicales, *La Época* a los socialistas, *El Laborista* al partido homónimo de Cipriano Reyes mientras que *Democracia* “tuvo suerte varia” (Odena, 1967).

protagonistas son periódicos, revistas y también productores de distinto tipo, que informaban y analizaban la realidad política a la vez que actuaban sobre ella. La principal preocupación no es, pues, introducir un nuevo avance en el problema de la relación entre prensa y peronismo desde una perspectiva general sino, más bien, interrogarse sobre el rol de algunos medios periodísticos en tanto empresas o actores políticos, algo que obviamente remite a una reflexión sobre el problema de la prensa como fuente de información privilegiada para la historia contemporánea. La inclusión del problema del medio como empresa, un tema de difícil tratamiento a partir de la información disponible, se justifica en sí misma, pero en última instancia también aporta a la resolución de preguntas relacionadas con aquella historia política a la que hacíamos referencia.

Prensa y peronismo es, también, el resultado de una empresa, y ha sido concebida como una oportunidad de plasmar en un formato impreso clásico—esto es, el libro—una serie de contribuciones que pone en evidencia los avances historiográficos sobre la temática. Las consideraciones precedentes sólo buscan dar cuenta de las diversas inquietudes que surgieron a lo largo de las jornadas donde se discutieron parte de los trabajos aquí recopilados; los capítulos que siguen se proponen como contribuciones siempre parciales y provisionarias a la elucidación de la temática.

El fundamento común de las investigaciones compiladas se corresponde con el tipo de aporte que pueden hacer los historiadores que trabajan con los retazos del pasado cuya primera lectura ha quedado impresa en una tinta y una tipografía propias de ese mismo pasado. Queremos decir, pues, que se trata de capítulos en los que la evidencia empírica prevalece y en los que cada tema pretende aportar, sin embargo, a una discusión mayor. Esta discusión más amplia no se remite exclusivamente a la posibilidad de saber más sobre el peronismo, sino que invita a explorar algunas cuestiones que ponen en tensión la historia de la prensa en las sociedades contemporáneas. ¿Acaso aquella vieja preocupación sobre el impacto de las masas en la política no guarda cierto parentesco con la ampliación del mercado consumidor y su relación con los medios impresos? Las nuevas formas de producción, los cambios en la política y la transformación del Estado no debieron dejar intacta la naturaleza misma de la esfera pública, tal como se la concibiera en épocas de democracia restringida. En este sentido, no sería arbitrario presuponer que el efecto de moderación que ejerció la competencia por un electorado ampliado y la expectación de poder sobre los partidos políticos, tuvo su correlato en el itinerario de muchos medios “facciosos” o “políticos” que, en la medida que se plantearon crecer y sobrevivir, debieron buscar nuevas maneras de presentarse ante un universo de lectores cada vez más vasto y ante la diversidad de anunciantes—incluido el propio Estado—interesados en captar su atención. Si esto fue así en las primeras décadas del siglo XX, los términos en que debería pensarse la relación entre prensa y peronismo se modifican de forma apreciable.

El libro se halla dividido en tres partes. La primera busca avanzar en las condiciones materiales y simbólicas anteriores o inmediatamente posteriores al surgimiento

del peronismo. En la misma línea, la segunda guarda relación con nuestra preocupación por la prensa local. Como el peronismo “siguió siendo” después del peronismo, la última sección del libro se ocupa de los significativos cambios operados en la prensa escrita a poco de derrocado este movimiento.

James Cane analiza la evolución de la relación de los periodistas con los empresarios y el Estado entre 1935 y 1945, aunque uno de sus principales aportes probablemente radique en la mayor inteligibilidad que, a partir de su lectura, adquiere la historia de la prensa bajo el peronismo. A partir del análisis de un conjunto de crisis originadas en el interior de los medios gráficos en la década precedente a la llegada del peronismo al poder, la transformación que esto último implicó en el mundo de la prensa resulta menos tributaria de un punto de cesura político y aparece, por el contrario, imbricada en un recorrido mayor, esto es, el de las prácticas sociales e institucionales de la prensa argentina. La construcción del consenso ciudadano a través de la prensa o, mejor dicho, la lucha por las representaciones del mundo social es el tema que aborda Delia María García, a propósito del semanario forjista *La Víspera*. La autora pone ante nuestros ojos, además, una fuente poco conocida y muy significativa sobre la materia, rica conceptualmente en la medida en que quienes en ella escribían pretendían constituirse en actores políticos merced a un autoconcebido rol de ideólogos del proceso político argentino, un factor en el que radica la clave de su impacto y la forma en que se resolvió la actitud de FORJA hacia el naciente peronismo. Gustavo Contreras, por su parte, se centra en el análisis del conflicto que protagonizaron los trabajadores gráficos con el propósito de explorar la relación entre prensa y política en un momento particular. En consonancia con otros avances en la historiografía del sindicalismo peronista, el autor sostiene que la relación de los trabajadores de prensa, aunque identificados en buena medida con el peronismo, poco tuvo de condescendiente en lo que se refiere a la defensa de los intereses gremiales en un sector clave para la generación del consenso.

La segunda parte se inaugura con el texto de María Liliana Da Orden, que condensa desde su título un tema caro a estas páginas iniciales, apuntando a considerar el diario *El Trabajo* como una empresa periodística que constituye, entre otras cosas debido al peso de Mar del Plata en el contexto provincial, un puntal de la estrategia del socialismo bonaerense. Un diario de filiación partidaria, escrito y diagramado de acuerdo a los cánones de la prensa comercial –a la que adjudicaba parcialidad pro-gubernamental– es el espacio a través del cual la autora vislumbra las claves de una relación compleja, pero en los primeros años diferenciada del contexto nacional, entre peronismo y socialismo. El texto ilustra, a la vez, las tensiones y transformaciones de un medio de prensa que navegó en tono beligerante las aguas (sólo relativamente calmas) de la gobernación de Mercante. En el mismo ámbito espacial Nicolás Quiroga analiza el que, sin lugar a dudas, era reconocido como el medio comercial más importante de la misma ciudad. Su trabajo le permite cuestionar la proyección de una imagen unívoca en la relación prensa escrita y peronismo, a la vez que sostener márgenes

de diferenciación neta para la prensa local. Pese a dicho cuestionamiento, el autor acepta que la voz de los peronistas se encontraba, a poco de surgido el nuevo gobierno, en la prensa comercial que ejemplifica con *La Capital*, francamente sobrerrepresentada en relación con la de los opositores, al punto de tomar al diario como fuente privilegiada para explicar la historia del peronismo local y provincial. El trabajo presupone, por lo demás, una fuerte relación entre la dimensión pública de las prácticas políticas partidarias y los modelos organizativos con los que el peronismo informó su principal institución política. El análisis sobre la prensa liberal y la prensa católica en Tandil durante los gobiernos peronistas parece colocarnos en un escenario no sólo geográficamente diverso. El peronismo en esta ciudad tuvo una fuerza política equiparable a la de sus similares bonaerenses, aunque las formas de construcción política no tuvieron en la prensa partidaria un actor importante ni mucho menos preponderante entre los demás medios locales, al punto que, según se desprende del análisis de Valeria Bruschi y Ricardo Pasolini, la prensa peronista no aparecía como la contendiente principal en un escenario hegemonizado por la prensa “liberal”, ante el cual se colocó dificultosamente una publicación católica.

En la última parte del libro Gustavo Contreras y Juan Ladeuix analizan el semanario *Azul y Blanco* con el objeto de rastrear las posiciones políticas del nacionalismo durante el período de la “Revolución Libertadora” y el advenimiento del gobierno de Arturo Frondizi. El semanario dirigido por Sánchez Sorondo aparece en este texto como una empresa editorial que sirvió para aglutinar un variado espectro de perspectivas ideológicas y políticas, conformándose en un espacio de debate dentro del nacionalismo, aunque haya sido mucho menos eficaz a los efectos de la construcción y afirmación de un partido político. Desde el punto de vista organizativo y editorial, *Azul y Blanco* aparece como una empresa periodístico-política singular, en liza con otros actores políticos a veces afinados en formatos expresivos afines. Julio Melon, por su parte, se dedica a la prensa peronista, es decir, a comentar parte de lo poco que de ella puede hallarse en el mismo período, con el propósito de iluminar aspectos poco conocidos de la historia del movimiento proscrito, a la vez que reflexionar sobre la función y la especificidad que en la época le cupo. En afinidad con los otros trabajos de la sección, los protagonistas principales son cuatro semanarios de intermitente aparición: *Palabra Argentina* y su contemporáneo *Rebeldía*, por una parte, y *Línea Dura y Norte*, por la otra, los primeros publicados entre 1956 y 1958 y los segundos entre 1957 y 1959. En el texto se ilustra cabalmente la manera en que los medios peronistas cumplieron o aspiraron a cumplir el papel de actores históricos sustitutos en un movimiento proscrito. Estela Spinelli, por el contrario, se ocupa de dos semanarios que, habiendo formado parte de la prensa de oposición a la “Revolución Libertadora”, el desarrollista *Qué sucedió en 7 días* y el nacionalista *Mayoría*, fueron expresiones afines al gobierno de Arturo Frondizi. Lo interesante de ambas publicaciones es que, tratándose en esta última etapa de lo que comúnmente se denomina prensa oficialista, un sesgo que las diferenció fue su discreta –y políticamente rele-

vante—reivindicación del peronismo, así como su deliberada vocación de intervenir en los asuntos públicos.

Finalmente, los agradecimientos. En primer lugar a Jim Cane que respondió afirmativamente a nuestra convocatoria, adelantando generosamente algunas de las cuestiones que analiza en su libro de próxima aparición. Asimismo, fueron muy provechosos los comentarios que durante las jornadas realizaron Fernando Devoto y César Tcach. Sus lúcidos aportes y sugerencias dieron origen a un debate en el que tanto los expositores como los colegas y alumnos participantes hicieron una provechosa contribución. Cada uno de los investigadores es deudor de la colaboración paciente de archiveros y bibliotecarios. A todos ellos nuestro reconocimiento. Por último, a nuestras familias, las propias y las de los colegas que debieron soportar las idas y venidas de un trabajo colectivo siempre fructífero aunque de no fácil concreción.

Mar del Plata, febrero de 2007

Parte I

Orígenes y configuración de una estrategia mediática

CAPÍTULO I

“Trabajadores de la pluma” Periodistas, propietarios y Estado en la transformación de la prensa argentina, 1935-1945

JAMES CANE¹

En la extensa literatura sobre el movimiento peronista, la transformación de los medios de comunicación en su primera etapa suele aparecer como un proceso, en el fondo, poco complicado. Los investigadores que han enfocado la relación entre el peronismo y los medios se han interesado por el funcionamiento de un aparato mediático ya establecido o han presentado el proceso de creación del mismo como una manifestación de las ondas expansivas de un autoritarismo que fue en aumento hacia fines de la década de 1940 (Luna, 1984; Plotkin, 1993; Gené, 2005; Rein, 1998). De forma semejante, en las historias del periodismo argentino las transformaciones de la época suelen figurar como aberraciones: unas repentinas y novedosas intromisiones autoritarias en el desarrollo progresivo de una prensa que, en su conjunto, había mantenido su autonomía del Estado nacional con pocas excepciones desde comienzos del siglo pasado (Sirvén, 1984; Panella, 1999; Waisbord, 2000; Ulanovsky, 1997; Gardner, 1967; Blanchard, 1986). Estas interpretaciones comparten una doble tendencia que hace que el proceso de “peronización” de los medios parezca menos complejo de lo que fue. Por un lado, los investigadores tendemos a concebir a “la prensa” como una suerte de sujeto histórico colectivo marcado por una coherencia interna significativa y una estructura institucional de fundamentos ideológicos-jurídicos poco cambiantes.² Por otro, los historiadores hemos tomado el golpe de Estado de 1943 como el punto de partida para nuestras investigaciones sobre la relación entre el peronismo y los medios.

Aunque concibamos a la prensa menos como sujeto colectivo y más como una conflictiva “red de relaciones” —entre prensa y Estado; dueños de medios y trabajadores de prensa; público y órganos periodísticos; estructura económica y práctica perio-

¹ El autor agradece a Tulio Halperin Donghi, Patrick Barr-Melej, Liliana Da Orden, Nicolás Quiroga, Mark Healey, Eduardo Elena y Max Friedman.

² Ver, por ejemplo, los ensayos incluidos en Cole (1996) y, de forma más sofisticada, el tratamiento del diario *La Nación* como “intelectual colectivo” en Sidicaro (1993). Para una excepción a esta tendencia, ver Safta (1998).

dística, entre otros— la peronización de los medios de comunicación no necesariamente aparece como un proceso menos autoritario o más ambiguo.³ Sin embargo, la consideración de las transformaciones de la prensa comercial entre 1946 y 1955 como una manifestación directa de las corrientes autoritarias presentes en el nuevo movimiento político, deja de lado las tensiones crecientes que previamente existían dentro de toda la red de relaciones que la constituía, muchas de las cuales apuntaban hacia importantes rearticulaciones de las relaciones institucionales dentro y fuera de la misma. La verdadera complejidad de la historia de la prensa bajo el peronismo se hace visible, por lo tanto, cuando analizamos esa historia no sólo como consecuencia del surgimiento del movimiento peronista sino también como el desenlace de un conjunto de crisis originadas en el interior de los medios gráficos, que se venía gestando más de una década antes de la llegada de Perón a la escena política. De este modo, es posible comprender más acabadamente el fenómeno enfocándolo no sólo como parte de la historia del peronismo sino también integrando la trayectoria más larga de las prácticas sociales e institucionales del periodismo argentino.

Considerar, entonces, el acaparamiento de la gran mayoría de la prensa comercial por parte del gobierno de Perón como simple manifestación del autoritarismo de un sector importante del régimen, es subestimar la magnitud de los múltiples conflictos que giraban en el interior y en torno de una prensa industrial institucionalmente diversa que se hallaba en medio de importantes cambios estructurales, jurídicos e ideológicos. Con gran facilidad, el líder y sus seguidores pudieron insertarse en los espacios creados por las complejas fisuras institucionales e ideológicas que habían comenzado a generarse en el campo de la prensa comercial al menos desde los años 1930s. Así, el peronismo logró articular un discurso tanto descriptivo como normativo de ese medio —o sea, de lo que la prensa *es* y *debe ser*— que proponía al Estado no como la perpetua amenaza a su buen funcionamiento, tal como sostenía el liberalismo tradicional, sino como su defensor: de los trabajadores frente a los dueños de diarios; de los órganos periodísticos más débiles frente a los más poderosos; de la opinión pública frente a los efectos distorsionantes de los intereses comerciales y de la entera industria de la prensa frente a los impactos económicos internos y externos que la aquejaban.

El presente ensayo trata, justamente, del aspecto de este proceso que surgió en primer lugar, y que ha pasado poco advertido a los investigadores de las relaciones entre el primer peronismo y los medios de comunicación. Más que un intento por integrar las experiencias laborales de los periodistas argentinos a una historiografía del periodismo dominado por historias institucionales —o de crear un espacio, ciertamente legítimo, para los periodistas dentro de la historiografía laboral de la época peronista—, centrar nuestro análisis en las luchas por las conquistas materiales de los periodistas responde a la influencia profunda que tales luchas llegaron a tener en la

³ Sobre el concepto de la prensa como “red de relaciones” ver Nerone (1994).

evolución del proyecto mediático peronista. Los conflictos en torno de la naturaleza misma del trabajo periodístico y del *status* legal de los diarios como empresas comerciales, que culminaron con el decreto del Estatuto del Periodista en 1944, tuvieron importantísimas consecuencias para la rearticulación de las bases jurídicas e ideológicas de las relaciones entre el Estado, los periodistas y los propietarios de los diarios de circulación masiva.

La transformación estructural de la prensa argentina

El peronismo surgió, de hecho, precisamente en un momento en que el consenso general en torno de las concepciones descriptivas y normativas de “la prensa” ya estaba en crisis. Las polémicas referidas a las bases ideológicas de las prácticas del periodismo argentino formaban parte de conflictos de más vasto alcance, es decir, aludían al valor mismo de los fundamentos liberales del Estado argentino que, a partir del golpe de septiembre de 1930, ocupaba el centro de las disputas político-ideológicas del país. Pero la crisis de la prensa como conjunto de instituciones también estaba impulsada por conflictos que venían desarrollándose en el interior de los diarios mismos, como consecuencia de su espectacular desarrollo como entidades económicas a comienzos de la década de 1910.

Esta transformación había convertido a la capital argentina en el mercado periodístico más grande de América Latina. De hecho, por el rápido aumento del tiraje, a mediados de la *Década Infame* cinco medios impresos –*Crítica*, *Noticias Gráficas*, *La Prensa*, *La Nación* y *El Mundo*– mantenían una circulación que superaba con exceso los 2 millones de ejemplares diarios. Fuera de la Argentina, en cambio, sólo un órgano latinoamericano podía jactarse, apenas, de una producción análoga –el carioca *A Noite*– mientras que hasta un diario de baja circulación para el contexto porteño, como el socialista *La Vanguardia*, equiparaba su tiraje con el de los diarios comerciales más vendidos en Chile y en Colombia. En 1935 la venta cotidiana de los distintos órganos gráficos en Buenos Aires superaba a la de las ciudades californianas de San Francisco y Los Ángeles y triplicaba la de la capital mexicana, su par latinoamericano más importante (*American Society of Newspaper Editors*, 1936: 244-246).

Este impresionante desarrollo también significaba un cambio en la calidad de estos medios, mientras que la estructura institucional de la prensa se adecuaba cada vez más a los rasgos generales de la economía nacional. Hacia 1920, la producción de la prensa no sólo requería un nivel de capitalización cada vez más alto para las compras de factores de producción importados –rotativas tecnológicamente avanzadas, tinta y papel de diario–, sino que la transformación comercial también exigía un cambio sustancial en las relaciones de producción. En la Buenos Aires de esa época los periodistas-propietarios de la prensa facciosa del siglo XIX, que habían fundado sus diarios como “puestos de combate” en defensa de intereses políticos y económicos particulares, habían sido reemplazados como grupo social por los empresarios del periodismo, cuyos principales intereses económicos radicaban en los diarios mismos.

La otra cara de la creciente complejidad tecnológica y de la alta capitalización de la prensa argentina fue la correspondiente expansión del número de empleados asalariados especializados en distintos aspectos de su composición, producción y distribución. En la época en que surgió el peronismo, por ejemplo, el diario *La Prensa* contaba con 1.698 empleados directos y consumía 26 mil toneladas de papel de diario importado –pese al alto costo de este último a causa del conflicto bélico (Rojas Paz, 1946). Por cierto, la prensa facciosa de producción artesana que había surgido a mediados de la centuria anterior no había desaparecido del escenario argentino, pero ya en las primeras décadas del siglo XX existía más bien a la sombra de una prensa capitalista de producción industrial.

Periodistas y trabajadores

En el momento del quiebre institucional de 1930, sin embargo, las bases jurídicas nacionales aún correspondían a esa primera clase de prensa; concebían a los diarios exclusivamente como vehículos político-culturales de participación ciudadana en una esfera pública idealizada. Para esta legislación, enraizada en el liberalismo decimonónico y avalada por los artículos 14 y 32 de la Constitución Nacional de 1853, los aspectos económicos de los diarios y periódicos sencillamente carecían de importancia. Dichos aspectos figuraban en el discurso periodístico no como motivos que estaban en la base de su existencia, sino como factores que, a lo sumo, permitían llevar a cabo la “verdadera misión de la prensa”. La correspondiente noción normativa de la práctica periodística seguía siendo un híbrido entre “periodismo objetivo” y una actividad más comprometida que –como la política misma– era llevada a cabo por intelectuales cuyo único interés era el triunfo de las ideas (Waisbord, 2000; Sidicaro, 1993; Halperin, 1985; Lettieri, 1998). Pero, en los años 1920s., el hecho de que algunos propietarios se enriquecieran en forma extraordinaria a través de una actividad que, por razones ideológicas, se ubicaba fuera del alcance del Código de Comercio, amenazaba con crear un incipiente triple desencuentro: entre las concepciones normativas del periodismo, la jurisprudencia sentada al respecto y el funcionamiento concreto de la industria de los diarios.

Esta tensión se manifestaba con particular nitidez en el creciente empeño de los periodistas en conseguir su reconocimiento legal como trabajadores asalariados. Si la sindicalización de los tipógrafos y los canillitas se realizó sin grandes conflictos sobre la base de su *status* como *trabajadores* de prensa –aunque los últimos consolidaron su sindicato recién en 1922, en medio de una prolongada disputa con los dueños de *La Razón*–, la situación de los periodistas se mantenía ambigua, pese a la cada vez más compleja y marcada división del trabajo en las salas de redacción. En 1919 el intento liderado por Octavio Palazzolo y José Gabriel, de *La Prensa*, de formar un sindicato de periodistas y romper con el estricto mutualismo del Círculo de la Prensa –dominado desde su fundación por los directores de aquel diario y por los de *La Nación*–, se

mostró dolorosamente prematuro y llevó a la derrota inequívoca de los huelguistas (Cincuenta y Tres Periodistas Argentinos, 1951: 216-219; Senén González y Welp, 1998: 50-53).

De hecho, Palazzolo ubicaría la causa de esa derrota precisamente en la falta de consenso dentro de la profesión acerca de sus propios alcances:

Por un lado estaban los que hinchados de una enorme vanidad seguían alimentando la leyenda del periodista [...] quijotesco, heroico, que sólo vivía para difundir ideas; por otra parte estábamos los que habíamos superado ese magnífico pretexto, destinado a pagar sueldos de hambre, a enriquecer a las empresas o a solventar los lujos de algún director-propietario (Palazzolo, 1949: 496).

Sin embargo, mientras este dirigente y los demás huelguistas de 1919 proclamaban que las nociones románticas de la práctica periodística como una actividad puramente cultural servían sólo para ocultar la naturaleza capitalista de los grandes diarios, los propietarios rechazaban de forma tajante cualquier sugerencia de que la prensa hubiese llegado a asemejarse a un conjunto de empresas comerciales o que las relaciones sociales en las redacciones estuvieran basadas en criterios de clase. Los dueños de los diarios insistían, en forma unánime, en que el carácter económico de un periódico seguía siendo accesorio a la función normativa de la prensa como vehículo de la opinión pública fiscalizadora de los actos del Estado. Hasta en las páginas de *Crítica*, un órgano que tanto hacía para cambiar las características de estos medios, se negaba que el diario fuera una entidad comercial. Esto era sostenido como una posición de principios pero también como una forma de desmentir que la relación diario-lector estuviera basada en un intercambio mercantil antes que en una relación de afinidad espiritual.⁴

A mediados de los años 1930s., fue precisamente la posición de que la prensa *no era* un conjunto de entidades comerciales precisamente porque *no debería serlo* –noción que seguía siendo un elemento esencial de su legitimidad institucional– la que se empezó a cuestionar con velocidad creciente. El intervencionismo estatal, en aumento frente a la crisis económica vigente, obligaba al Círculo de la Prensa a apelar al ministro de Economía Federico Pinedo para que la maquinaria, la tinta, el papel de diario y los servicios cablegráficos fueran eximidos de los controles de cambio impuestos por el gobierno del presidente Agustín P. Justo. Más allá del impacto potencialmente devastador que tendrían tales medidas –declaraba la organización– la prensa naturalmente merecía una consideración especial porque “el diario no es, por defi-

⁴ Ver, por ejemplo, la descalificación de “repugnante” ante cualquier referencia al diario como una mercancía comercial en *Crítica*, 9 de octubre de 1932. Según Safta (1998: 125), estos argumentos también se invocaban para mantener la ilusión de contacto directo entre el diario y su público lector.

nición, una empresa comercial [...] En rigor, se trata de un servicio público, tan necesario, tan imprescindible”.⁵

Que el ministro Pinedo haya cedido a los reclamos del Círculo de la Prensa no significaba que se pusiera punto final a los choques entre el Estado y los medios gráficos por la creciente actividad económica de cada uno de los campos. Sin embargo, el impulso más sostenido por la redefinición jurídica de “la prensa” giró en torno de la definición legal de los mismos periodistas.

Como consecuencia de las presiones de los miembros cada vez más numerosos del Círculo porteño, cuyos salarios dependían estrictamente de sus actividades como periodistas, desde mediados de la década de 1920 se venía gestando dentro de la organización un proyecto para establecer un fondo de jubilación con aportes sustanciales por parte del Estado. En agosto de 1932, respondiendo al pedido del Comisión Directiva del Círculo, el ministro del Interior Leopoldo Melo presentó al Congreso Nacional el proyecto de ley que establecía un fondo de pensión para los periodistas y los trabajadores de imprenta sin distinciones. El proyecto gozaba de un apoyo abrumador en el Congreso, y con una sola modificación pedida por representantes de la Federación Gráfica Bonaerense, en junio de 1935 solamente faltaba la firma del Presidente para que el establecimiento del fondo se convirtiera en ley.⁶ La facilidad con que el proyecto había pasado por las Cámaras, sin embargo, precipitaría una crisis no sólo en el Círculo de la Prensa, sino también, en mayor escala, entre los trabajadores y los dueños de los diarios. Apenas aprobado el proyecto en el Congreso, tanto el presidente del Círculo Juan José Navarro Lahitte –Secretario General de *La Prensa*–, como su tesorero Alfredo Calisto –también de ese diario–, renunciaron a sus cargos en la institución. Mientras Justo vacilaba, Ezequiel Paz impidió la reproducción de las declaraciones de la nueva Comisión Directiva del Círculo en defensa de la ley de pensiones, obligándola a pagar 5 mil pesos para incluir su declaración como aviso en las páginas de su diario.⁷ El efecto de la campaña de los propietarios de los medios fue sorprendente: en julio el Presidente vetó la ley de pensiones, basando su decisión en la “repentina” introducción de los trabajadores de imprenta en el proyecto –a pesar de que los mismos ya habían sido incluidos en el borrador enviado al Congreso por el propio Ministro del Interior casi tres años antes. Pese al apoyo de los legisladores nacionales, sólo en 1939 los periodistas tuvieron su ley de pensiones –cuando la legislación laboral aprobada por el Congreso contaba cada vez con menores posibilidades de llevarse a la práctica.

A pesar del éxito de los propietarios de los medios gráficos, la innovación jurídica más temida –la clasificación legal de los periodistas como empleados asalariados de empresas comerciales– vino sorpresivamente desde el Poder Judicial. Precisamen-

⁵ Círculo de la Prensa *Boletín Oficial*, diciembre de 1933 (en adelante *BO*).

⁶ *BO*, junio de 1935.

⁷ *BO*, junio de 1935; *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de junio de 1935 (en adelante *LP*).

te en el momento en que era vetada la ley de pensiones, dos jueces federales dictaminaron a favor de los periodistas Manuel Sofovich y Oscar di Leo en las demandas por despido sin indemnización que habían entablado contra los dueños de *Noticias Gráficas* y *La Prensa*, respectivamente. En ambos casos, los jueces dictaminaron que tales demandas se encuadraban en el Código de Comercio. El juez Eduardo Broquén fue particularmente claro en su rechazo de los argumentos de los abogados de Ezequiel Paz, quienes habían declarado que su cliente no podía ser clasificado como “comerciante” precisamente porque el diario del que era propietario se ocupaba exclusivamente de la difusión de noticias. Al contrario, insistía el Juez Broquén, refiriéndose a *La Prensa*,

...se trata de un periódico en que el ingenio y el trabajo intelectual de muchas personas se realiza en provecho de quienes tienen la propiedad del periódico, y cuando a ello se agrega que una buena parte del diario es notoriamente reservado para la inserción de anuncios pagados, no puede dudarse que la actividad tiene por fin, además de cualquier móvil de índole elevada, la idea de procurar un beneficio en el que se encuentra el elemento esencial del acto de comercio.⁸

Para el juez, *La Prensa* era “un establecimiento eminentemente mercantil” y los periodistas, por lo tanto, debían legalmente considerarse como trabajadores cuyos derechos estaban protegidos por el Código de Comercio.⁹

Si los jueces que tuvieron a su cargo la serie de casos similares que siguieron a los de Sofovich y di Leo emitieron decisiones contradictorias, en conjunto las demandas de los periodistas contra los empleadores dejaron en claro que la sala de redacción ya no podía seguir existiendo como un ámbito “intangibles” que no se veía afectado por la división entre el capital y el trabajo que reinaba en la industria de la prensa masiva. Esto los impulsó a redoblar los esfuerzos para organizarse sobre una base distinta de la que suponía el mutualismo del Círculo de la Prensa de la Capital Federal y otras entidades similares del país. El efecto fue doble. Por un lado, como señalaba el abogado y periodista que integraba la Comisión Directiva del Círculo, Luis Praprotnik, las decisiones judiciales abrían “horizontes insospechados y perspectivas muy amplias e interesantes para una futura organización sindical de trabajadores de prensa, a la que el legislador deberá dar, a su tiempo, personería jurídica”.¹⁰ Por otro, las disputas originadas en el Círculo de la Prensa a raíz de la ley de pensiones mostraban que las tensiones entre los periodistas asalariados y los propietarios de los grandes diarios

⁸ Citado en *BO*, abril de 1936.

⁹ Citado en *BO*, abril de 1936.

¹⁰ *BO*, abril de 1936.

ya no podían contenerse dentro de instituciones fundadas en la noción de que la práctica periodística unía a sus miembros en un proyecto común en el que las divisiones de clase carecían de importancia.

Esta situación de ambigüedad y conflicto daba nueva urgencia a dos cuestiones: ¿los periodistas eran realmente trabajadores?, y si lo eran, ¿cuál sería el rol apropiado para las organizaciones que ya existían en casi todo el país? La necesidad de respuestas llegó a ser aún más perentoria luego de una serie de contradictorias decisiones judiciales frente a las demandas de los periodistas de la ciudad de Córdoba. Para enfrentar de forma más sistemática la situación de ambigüedad jurídica, el Círculo de la Prensa de esa ciudad invitó a las organizaciones hermanas de todo el país a un “Congreso Nacional de Periodistas” que se llevó a cabo en la capital mediterránea a mediados de 1938. Para los periodistas de Córdoba, el congreso iría más allá de un simple llamado a la “formulación de cuestiones puramente líricas sin fines prácticos”. El reclamo de los delegados se centró en la concreción de cinco propuestas básicas: el establecimiento de una federación nacional de periodistas; la aprobación por el Congreso nacional de un estatuto de periodistas que regulara las condiciones de trabajo dentro de la profesión; la sanción de una ley que estableciera el seguro de vida; la creación de un registro nacional de periodistas y, por último, la fijación de una escala salarial.¹¹ El 24 de mayo de 1938 –día anterior a la reunión– el Círculo de la Prensa cordobés dio un comunicado donde se buscó dejar en claro que el propósito de los delegados era, nada menos, que rearticular las concepciones hasta el momento dominantes sobre el significado de la profesión. “Sin razón que lo justifique”, declaraban los periodistas cordobeses, “se habla todavía de la ‘bella bohemia periodística’”, una noción que no hace otra cosa que inferir “un agravio a los más respetables trabajadores intelectuales con que cuenta la sociedad” en una negación anacrónica de las transformaciones que habían creado la prensa industrial moderna. El Congreso Nacional de Periodistas, en cambio, “rompe con estos conceptos novecentistas [...] para colocar al gremio en primer plano, resuelto a ganar [...] las garantías morales y materiales que considera justas para hacer posible su convivencia dentro del núcleo social” (Palazzolo, 1949: 12).

Los delegados del Congreso –que incluyeron a un grupo particularmente activo del Círculo de la Prensa porteño– efectivamente siguieron las propuestas cordobesas. Rápidamente llegaron a las cuestiones laborales, después de proclamar el 8 de junio como “Día del Periodista” y de declarar la libertad de prensa como requisito esencial para la práctica del oficio. De hecho, los delegados del círculo convocante ya habían preparado una propuesta de “contrato colectivo de trabajo periodístico” que fue recibida con gran entusiasmo por el conjunto de delegados. En su presentación, Ernesto Barabraham justificaba la medida como una respuesta a la magnitud del cambio histórico en la naturaleza misma de la prensa y la práctica del periodismo: “Los tiempos

¹¹ Citado en *BO*, febrero de 1938.

han modificado la estructura de la prensa diaria. La publicidad, el desmenuzamiento de la información, los grandes tirajes, han transformado los baluartes del ideal, la razón y el derecho, en vastas empresas comerciales..." (Palazzolo, 1949: 88).

Para Barabraham, la transformación estructural de la prensa y su conversión en un conjunto de empresas propiamente capitalistas hizo que "las demandas del proletariado" llegaran a ser más relevantes para los "trabajadores de la pluma" allí reunidos que el mito romántico del periodista luchador que pretendía existir por encima del mundo de las clases sociales.

Además de reconocer que los periodistas eran trabajadores de empresas comerciales, el borrador del estatuto también introducía una modificación importantísima en una idea clave para la concepción decimonónica de los derechos de prensa, que a su vez servía de base para la jurisprudencia federal. Esto es, que el Estado necesariamente encarnaba la amenaza principal para el buen funcionamiento de los medios impresos de difusión. Dada la complejidad de la división de trabajo en la prensa moderna –insistía este delegado– las relaciones entre periodistas y propietarios habían dejado de ser puramente privadas para convertirse en una cuestión pública. En las disputas cada vez más notorias entre periodistas individuales y propietarios de grandes diarios, sólo el Estado tenía la capacidad de ejercer una mediación y defender a los primeros –que eran, al fin de cuentas, los que producían el contenido público de los diarios. Cualquier ley de protección de los periodistas, quedaba claro, llevaba consigo una aceptación de que el Estado, antes que constituir una amenaza para la prensa, podía convertirse en un defensor de aquellos que practicaban el periodismo. Los delegados no sólo aprobaron el borrador del proyecto presentado por Barabraham, sino que también establecieron la Federación Argentina de Periodistas (FAP), una confederación de las organizaciones de periodistas de todo el país que tendría por misión inmediata lograr la aprobación del proyecto por parte del Congreso nacional.

La creciente aceptación de este doble desvío frente a la concepción tradicional –el reconocimiento de la división de clases en las salas de redacción y la idea de que el Estado podría tener un rol activo pero benévolo en sus relaciones con la prensa–, creaba la posibilidad de establecer una mayor solidaridad dentro de la profesión. Pero, a pesar de que esta rearticulación del discurso sobre la naturaleza de la práctica periodística se limitaba al plano descriptivo antes que al normativo, el creciente obrerismo de los periodistas argentinos también precipitaba una ruptura en la organización más grande del país. La Comisión Directiva del Círculo de la Prensa porteño había aceptado la invitación y la agenda de su par cordobés –había incluso enviado a su presidente, Juan Valmaggia, de *La Nación*, como jefe de su delegación– pero la renovación del Comité llevó a la presidencia de la organización a un miembro que ya había mostrado una franca hostilidad a las tendencias obreristas de un número obviamente creciente de colegas. En una reunión particularmente conflictiva de la Comisión Directiva en septiembre de 1938, el otra vez presidente Juan José Navarro Lahitte impuso la salida del Círculo de la flamante FAP, negando así la aceptación dada unos meses antes por

la Asamblea General de la misma institución.¹² La exclusión del Círculo puso a la FAP en una situación potencialmente precaria –y complicaba la de su presidente, Octavio Palazzolo, también miembro de la Comisión Directiva de la entidad porteña. Para este dirigente, la desafiliación del Círculo de la Prensa y la forma autoritaria en que había sido realizada ponía en claro la “hegemonía” de los propietarios dentro de la organización. La oposición de Navarro Lahitte al sindicato –hizo notar Palazzolo en la reunión de la FAP– correspondía de forma curiosa a la posición del dueño de *La Prensa*, donde el Presidente del Círculo se desempeñaba como Secretario General.¹³

Esta situación obligó a los periodistas porteños que querían seguir con la FAP a organizar una nueva afiliación en la Capital Federal. Como señalara Palazzolo (1949: 195), la nueva Asociación de Periodistas de Buenos Aires (APBA) tendría funciones bien distintas a las del Círculo que había rechazado a la FAP: depurada de las influencias propietarias, la APBA sería una organización de “lucha sindical, pura y exclusivamente”. Sin embargo, la asociación se diferenciaba de otras organizaciones dentro de la FAP. En el fondo, éstas seguían siendo entidades mutualistas con una importante presencia de propietarios, donde la concepción del periodista como miembro de la clase obrera tenía una acogida mucho más ambigua. Las circunstancias nacionales también ponían obstáculos a las tendencias exclusivamente clasistas: la aprobación, a mediados de 1939, de la ley de jubilaciones de periodistas mostraba la posibilidad de que el sindicalismo de la FAP y el mutualismo del Círculo de la Prensa porteño pudieran coexistir. Más importante aún, el creciente autoritarismo del gobierno nacional, la imposición de medidas de censura, la clausura de diarios y el encarcelamiento de periodistas en la práctica –aunque no en el plano institucional– militaba en favor de una reconciliación de la FAP y el Círculo de la Prensa, que seguía bajo el liderazgo de representantes de los propietarios de *La Nación* y del aún más hostil diario *La Prensa*. Así, los delegados al Tercer Congreso de la Federación Argentina de Periodistas, llevado a cabo en julio de 1942, pasaron más tiempo lidiando con el tema urgente de las amenazas estatales al funcionamiento de la prensa y al trabajo de los periodistas –tema caro al círculo porteño– que debatiendo una ley aún precaria de pensiones o sobre la meta, cada vez más distante, de un estatuto que regulara el empleo en la profesión (Palazzolo, 1949: 291-370).

Los periodistas y el giro peronista

Si el autoritarismo del presidente Castillo hacía que el Estado pareciera cada vez más amenazador para los intereses de periodistas y propietarios, el Gobierno surgido del golpe militar de junio 1943 estuvo aún más dispuesto a usar la represión como ele-

¹² *BO*, octubre de 1938.

¹³ *BO*, diciembre de 1938. Palazzolo repitió la acusación por lo menos en una ocasión pública (Palazzolo, 1949: 123).

mento fundamental de sus relaciones con la prensa. El intento del régimen, encabezado por el general Ramírez, de crear un ambiente en el que la prensa quedara esencialmente silenciada, culminó con el decreto 18407 del 31 de diciembre de ese año, en el que el Gobierno dictó medidas estrictas de censura sistemática y –lo más novedoso– de carácter permanente. Sin embargo, en pleno auge de las acciones represivas por parte del Ministerio del Interior, desde noviembre de 1943 en el Departamento Nacional del Trabajo se venía gestando un intento de acercamiento a la prensa encabezado por el coronel Juan Domingo Perón.

La anulación del decreto 18407 en marzo de 1944 y su reemplazo por el Estatuto del Periodista –decreto 7618– significó un giro fundamental, tanto en la forma en que el régimen militar proseguía sus relaciones con la prensa como en el *status* jurídico de los periodistas y de los propios diarios. Más que un simple intento por “cooptar” a este sector por medio de aumentos salariales, el Estatuto dio fuerza de ley a la concepción de los periodistas como trabajadores, a la de los propietarios de diarios como jefes de empresas comerciales y a la visión del rol benévolo del Estado en las salas de redacción. El decreto –más allá de ganar las simpatías de no pocos periodistas por parte de un experimento social cada vez más ambicioso que algunos sectores de las fuerzas armadas parecían dispuestos a iniciar– desencadenó una transformación en cierto modo inesperada en el conjunto de la red de relaciones de la prensa masiva.

El Estatuto del Periodista constituyó una de las primeras medidas elaboradas por la flamante Secretaría de Trabajo y Previsión encabezada por Perón. Las razones de la temprana inclusión de los periodistas en esta primera ola de reformas laborales no son difíciles de imaginar. Los periodistas ocupaban una posición clave en la producción y circulación de dos “mercancías” fundamentales para la elaboración de cualquier proyecto político: información e ideología. Así, donde el régimen militar torpemente intentaba pacificar a la prensa a través de una censura férrea y no lograba mucho más que unificar a lectores, periodistas y propietarios en contra de la medida, el reemplazo del decreto 18407 por el Estatuto del Periodista significaba un cambio fundamental en la relación entre las autoridades y los medios de comunicación. Perón, en efecto, buscaba usar las divisiones de clase dentro de las redacciones no sólo para fracturar internamente a cada diario opositor, sino también para ganar la simpatía activa de los productores directos de buena parte de la información y la ideología que vastos sectores del público argentino consumían en forma cotidiana. En lugar de silenciar a la prensa, el Estatuto formaba una parte importante del intento más ambicioso de tener mayor influencia sobre la articulación de la llamada “opinión pública”.

Sin embargo, considerar este decreto como una simple jugada por parte de Perón y las autoridades militares para “cautivar a los trabajadores de la prensa” (Sirvén, 1984: 24) deja de lado el rol fundamental y consciente que los propios periodistas desempeñaron en la evolución de las relaciones entre el Estado y los medios impresos. Casi una década antes de la promulgación del Estatuto, el vocal del Círculo de la Prensa porteño, el periodista y abogado yrigoyenista Luis Praprotnik, había llamado

la atención sobre la necesidad de una legislación de corte corporativista que sustituyera a la “estéril e improductiva” lucha de clases que reinaba en las salas de redacción con “la cooperación de esas mismas clases, en combinación pacífica y armónica de los dos factores: capital y trabajo”.¹⁴ Como hemos visto, el congreso fundador de la FAP en 1938 iniciaba en todo el país una prolongada campaña en favor de un estatuto que regulara la profesión, aspiración que fue desplazada como foco de su actividad sólo por el creciente autoritarismo de los gobiernos de Castillo y Ramírez. La gran novedad que los periodistas enfrentaban con el ascenso político de Perón, por lo tanto, no fue un repentino surgimiento de tensiones entre periodistas y propietarios, ni un aumento de la amenaza a su profesión por parte del Estado nacional. Los trabajadores de prensa, como otros trabajadores cuyas postergadas demandas materiales fueron repentinamente acogidas por el Secretario de Trabajo, se encontraron ante a un poderoso representante del Estado que parecía compartir el entusiasmo por su propia agenda. Los periodistas, en buena medida, tenían sólidos motivos para pensar que eran ellos quienes estaban “capturando” al nuevo Secretario.

La forma en que se inició el proceso que culminó con la promulgación del Estatuto facilitaba esta interpretación por parte de los periodistas agremiados en la FAP.¹⁵ A mediados de octubre de 1943, en vísperas del vencimiento del plazo preliminar de la ley de pensiones de periodistas de 1941, un grupo de dueños de los grandes diarios había apelado al gobierno para que anulara definitivamente esa ley. Cuando Octavio Palazzolo –corresponsal de *El Mundo* en la Casa Rosada y ex-presidente de la FAP– se enteró de la petición, la FAP, la APBA y hasta el Círculo de la Prensa porteño proclamaron en conjunto que “los periodistas auténticos de la Argentina” apoyaban la ley de pensiones, pese a las quejas de los propietarios.¹⁶ Semanas después, Palazzolo aprovechó una entrevista con el nuevo funcionario del Departamento Nacional de Trabajo para enfatizar no sólo la importancia práctica de la disposición legal como elemento fundamental para el bienestar económico de los periodistas, sino también su significado simbólico como única conquista concreta lograda por los periodistas en décadas de lucha como *trabajadores de prensa*. A los periodistas, explicaba Palazzolo a Perón, “nos interesa que alguna vez se nos considere con el mismo derecho de reclamar mejoras en las condiciones de trabajo, como se le reconoce a todos los trabajadores”. Dando un paso más, señaló que eventualmente los periodistas de la FAP aspiraban a tener un estatuto profesional que terminara con las ambigüedades e incertidumbres en su *status* jurídico. Para este corresponsal y los demás periodistas presentes, la respuesta de Perón fue totalmente inesperada: “Si ustedes están en condiciones de hacerlo, preparen el proyecto y [...] véanme dos días después que me haya hecho cargo [de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP)]” (Palazzolo, 1949: 407).

¹⁴ Citado en *BO*, abril de 1936.

¹⁵ Esta versión de los acontecimientos proviene de múltiples discursos del congreso de la FAP realizado en 1944 (Palazzolo, 1949: 406-412).

¹⁶ *La Nación*, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1943.

De hecho, fue justamente el borrador elaborado en el Congreso de Periodistas realizado en Córdoba en 1938 el que sirvió como punto de partida en las negociaciones realizadas entre representantes de la FAP, el Círculo de la Prensa y los propietarios –conversaciones mediadas por funcionarios de la STP– que culminaron en el Estatuto del Periodista del 28 de marzo de 1944 (Palazzolo, 1949: 409-410; 441). Los avances materiales que el Estatuto estableció fueron considerables: sueldos mínimos en escalas progresivas según la dimensión económica del diario empleador; aumento salarial inmediato para todos los periodistas, con futuros aumentos no menores al 5% cada tres años; regulación estricta de los motivos legítimos de despido y compensación significativa de los periodistas afectados (Subsecretaría de Informaciones y Prensa. Dirección General de Prensa, 1944). El efecto inmediato de los aumentos salariales fue particularmente notable no sólo en los bolsillos de los periodistas sino también en las finanzas de los grandes diarios. El vespertino *Noticias Gráficas*, inicialmente clasificado como de “segunda categoría” en la escala establecida por el decreto, aumentó en un 33% sus pagos a los periodistas cuando el Estatuto comenzó a aplicarse; el aumento total en los gastos por mano de obra de la sala de redacción del diario alcanzaría al 65% entre marzo de 1944 y octubre de 1945.¹⁷ En los diarios más grandes como *Crítica*, *La Prensa* y *El Mundo*, los pagos salariales a los periodistas aumentaron aún más espectacularmente, no sólo por estar incluidos en la “primera categoría”, sino porque tenían más trabajadores en sus salas de redacción. Más allá de los aumentos, el hecho de que el Estatuto también impusiera un límite –antes inexistente– de 36 horas a la semana laboral dio a los periodistas, ya acostumbrados a horarios caóticos y extendidos, la oportunidad de emplearse en más de un diario o de buscar trabajo adicional en la cada vez más activa Subsecretaría de Información y Prensa.

Los avances materiales incorporados en el Estatuto –y el hecho mismo de que haya sido decretado– llevaron a no pocos periodistas a respaldar a un gobierno que, dado el estado de sitio, seguía manteniendo una fuerte política represiva contra la prensa en su conjunto. Las tensiones entre periodistas y propietarios como entre los propios periodistas se hicieron evidentes en octubre de 1944. Durante el primer congreso anual de la FAP, llevado a cabo bajo el régimen del Estatuto, el contingente de periodistas de la Capital Federal fue particularmente firme en su oposición a los propietarios de la prensa tradicional. Santiago Senén González, de la APBA, mantenía que el nuevo decreto había cambiado fundamentalmente las relaciones entre los periodistas y “sus” diarios, declarando que “tenemos una posición tomada frente a las empresas desde que salió el estatuto y estamos frente a ellas en posición de lucha” (Palazzolo, 1949: 421). Octavio Palazzolo fue aún más lejos y ligó el éxito que tuvieron los periodistas, precisamente, a la alianza estratégica –aunque bastante ambigua– que mantenía la FAP con el autoritarismo militar. La misma suspensión de las garan-

¹⁷ *Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 6 de diciembre de 1946.

tías constitucionales fue, según Palazzolo, la que creó el contexto para la obtención del Estatuto y, por lo tanto, de los derechos de los periodistas:

Sostengo que si hubiéramos esperado a lograr esta conquista para cuando existiera un gobierno normal, elegido no en la simulación democrática o por medio del fraude [...]; si hubiéramos esperado la implantación de una cámara, también de origen limpio, este estatuto, este primer reglamento del trabajo de los periodistas, quién sabe cuándo y cómo se hubiera convertido en realidad. Tal vez veinticinco años más tarde, que es el proceso seguido en nuestro país por cada una de las leyes sociales (Palazzolo, 1949).

Más aún, el dirigente señalaba que hasta en la más limpia democracia constitucional el poder económico de los propietarios de los grandes diarios habría seguido ahogando los intentos legislativos en favor de los periodistas, ya que “no somos tan tontos como para no darnos cuenta de la decisiva ‘influencia del papel impreso’ [...] Pocos se atreverían a meterse con las empresas periodísticas propiciando una ley como es hoy nuestro estatuto” (Palazzolo, 1949: 410). Dada la cálida recepción que tuvieron estas manifestaciones —y las de Perón, que dio el discurso de apertura del congreso— puede argumentarse que muchos de los periodistas reunidos en la FAP dieron su consenso.

Como en otros sectores de la sociedad argentina que recibieron los beneficios del proyecto reformista, el favor de que gozaba el régimen militar se encontraba precisamente en su característica más perturbadora: el autoritarismo. El apoyo al gobierno generado por el decreto que fijó el Estatuto, por lo tanto, no fue uniforme ni del todo duradero: muchos de los periodistas que alabaron la política social de Perón en 1944 se mantuvieron en silencio relativo durante la polarización política de mediados de 1945; otros, como el presidente de la FAP al momento de decretarse el Estatuto, el socialista Leandro Reynés, se pusieron de lleno al lado del movimiento peronista en formación. Lo que sí quedó claro es que, más allá de la cuestión de la censura, el Estatuto del Periodista generó no poca simpatía por el proyecto social del gobierno militar entre los trabajadores de la prensa y dificultó cualquier reclamo de unidad opositora por parte del sector como conjunto institucional.

A largo plazo, sin embargo, ni las conquistas materiales ni las simpatías políticas de los periodistas fueron los factores que tuvieron más influencia en el proyecto mediático del peronismo. La promulgación del Estatuto del Periodista marcó una profunda rearticulación de la relación entre los conceptos normativos y los descriptivos de la prensa y dio a este nuevo vínculo la fuerza de una ley que gozaba de gran legitimidad. Así, mientras que el estado de sitio —que por definición seguía siendo temporario— implicó una posición esencialmente represiva por parte del gobierno, el Estatuto del Periodista modificó de forma repentina elementos fundamentales de las bases ideológicas y jurídicas de la prensa. La acumulación de tales cambios se constituyó en el mecanismo más eficaz para transformar de manera sin precedentes la rela-

ción entre el Estado y la prensa en los años siguientes, sin descartar por ello la legitimidad que aún sobrevivía en las normativas liberales que la concebían como vehículo de expresión.

Esta rearticulación entre la noción de los medios de difusión impresos como un conjunto de instituciones impersonales y neutrales que facilitaban la intervención ciudadana en la esfera pública, y la emergencia de una prensa propiamente industrial y capitalista, se llevó a cabo en medio de un profundo cambio en la definición de la naturaleza del Estado mismo. La nueva forma de intervencionismo establecida con el Estatuto se basaba, entonces, tanto en la naturaleza pública de las prácticas periodísticas como en el concepto del rol esencial del Estado como mediador de los conflictos sociales. Las divisiones de clase, se reconocía en el Estatuto, formaban parte ineludible del conjunto de relaciones que constituían a la prensa moderna. Según esta disposición legal, el carácter público de la práctica periodística daba a la Nación un interés vital en la prensa –al punto que, en las concepciones corporativistas de Farrell y Perón, llegaba a ser una parte del propio Estado. Por lo tanto, éste tenía la obligación de mediar ante las tensiones de clase que habían surgido con el proceso de industrialización:

...a la prensa, como manifestación cultural y expresión libre de la opinión pública [...] y como organización industrial y comercial, siendo, como es, *parte del Estado mismo*, le interesa igualmente elevar el nivel de vida de los factores fundamentales de su producción, que son los periodistas, porque de tal manera se labra verdaderamente la grandeza de la Nación... (Subsecretaría de Informaciones y Prensa. Dirección General de Prensa, 1944: 3. Énfasis del autor).

Según los creadores del Estatuto, la intervención estatal en el funcionamiento de la prensa bajo la forma de regulación de las condiciones de empleo de los periodistas y la mediación obligatoria en las disputas laborales no amenazaban el buen funcionamiento de la prensa. A cambio del concepto liberal que ubicaba al Estado en una posición de amenaza inequívoca y permanente, con el Estatuto del Periodista la idea de que podía servir de protector de la “verdadera misión” de la prensa y de los periodistas –agentes privilegiados de expresión pública– no sólo llegó a tener mayor peso ideológico, llegó a tener fuerza de ley.

El Estatuto, por lo tanto, no sólo facilitaba la rearticulación de las complejas relaciones entre los trabajadores y propietarios de la prensa nacional, también alteró inmediata y fundamentalmente el *status* de la prensa en su conjunto *vis-à-vis* el Estado argentino. Primero, la disposición institucionalizó, aún más, la división entre trabajo y capital en las salas de redacción. Al reconocer y dar fuerza de ley a esta fisura socavó el concepto de “la prensa” como un sujeto colectivo y uniforme, contrarrestando así, en términos prácticos, el efecto unificador que tenía la censura. Además, si la

formación de la FAP y su conflicto con el Círculo de la Prensa de la Capital Federal fue el primer paso en la institucionalización de la divergencia entre propietarios y periodistas, el Estatuto del Periodista dio un nuevo e importante giro a este proceso. Más que dividir simbólicamente a “la prensa”, el Estatuto daba al Estado mismo –en la forma de la STP– un espacio en las salas de redacción como mediador en las relaciones entre periodistas y propietarios, antes que como presencia temporaria y represiva. Así, donde los oficiales de la Subsecretaría de Informaciones y Prensa, por su función de censores, entraban a los diarios como plena amenaza tanto para los periodistas como para propietarios, el Estatuto iniciaba una participación estatal que actuaba como protectora de los intereses materiales de los periodistas. De forma parecida, la inequívoca clasificación jurídica de los diarios de circulación masiva como entidades comerciales abría la industria de la prensa –como cualquier otra área de la economía argentina– a la regulación estatal de la mano de obra, del papel de diario y de los otros factores de producción.

Hacia una nueva prensa para la Nueva Argentina

Sería, precisamente, este aumento de legitimidad del intervencionismo estatal –incluso en relación con la prensa– el que serviría como uno de los elementos centrales en la transformación peronista de los medios a partir de las elecciones de 1946. Uno de los logros fundamentales de Perón y sus aliados fue la articulación de un discurso que conservaba los aspectos normativos más legítimos de la tradición liberal –como, por ejemplo, el funcionamiento de la prensa en tanto vehículo para el ejercicio de la ciudadanía– y a la vez lo reconstituía de acuerdo con la transformación de las prácticas periodísticas, la industrialización de la prensa y la expansión del público lector. Así, el movimiento peronista pudo armar un discurso de la relación entre Estado y prensa que ubicaba al primero en una posición contraria a la que ocupaba en la concepción liberal, sin abandonar del todo otros aspectos de tal discurso acerca de la “libertad de prensa”. Bajo esta nueva concepción, el Estado dejaba de ser sólo una amenaza, para convertirse en protector: del rol normativo como foro de la expresión ciudadana y fuente de información verídica contra los efectos distorsivos de los bajos intereses comerciales; de las condiciones socialmente justas de producción; y de la mano de obra, el capital y los consumidores de la industria contra las crisis de producción. Fue a partir del Estatuto del Periodista que esta concepción no sólo empezó a tener peso jurídico, sino que también gozó de legitimidad dentro y fuera de la profesión. Se trataba del discurso del Estado protector que Perón y sus aliados más cercanos utilizaron como instrumento en la “resolución” de una serie de crisis, no totalmente fabricadas en la prensa masiva, para la construcción de un proyecto mediático de corte autoritario.

La transformación de la prensa argentina en el período peronista pareciera confirmar los reclamos del propietario más tenazmente opuesto al Estatuto, y cuyo diario

estaría en la cima que culminaría este proceso: Alberto Gainza Paz. En vísperas del decreto que establecía el Estatuto, el dueño de *La Prensa* repudiaba cualquier intento por calificar a los diarios como “empresa o industria lucrativa” y consideraba a la relación entre los periodistas y “sus diarios” poco menos que una relación de “afinidad espiritual”. Así —escribía Gainza Paz— el Estatuto correspondía nada menos que a las demandas de un “gremialismo oscuro” y constituía el primer paso en la conversión de la prensa argentina en “instrumento de un estado totalitario”.¹⁸

Sin embargo, fue precisamente la férrea oposición de Gainza Paz a los derechos laborales de sus empleados periodistas y, más significativo aún, al reconocimiento legal de la transformación comercial e industrial de la prensa argentina, lo que puso de relieve el gran dilema que muchos argentinos enfrentaban con el surgimiento del peronismo: el autoritarismo convocado a consolidar los derechos negados bajo el viejo orden, llevaba en sí mismo la amenaza de que el nuevo orden en formación distara de ser utópico. En el contexto de una serie de crisis, tanto ideológicas como económicas, de la prensa masiva que se venía gestando desde antes de 1943 —y que no estuvo confinada al ámbito argentino—, los más visibles opositores de Perón no lograron configurar un discurso alternativo que no reforzara las tentativas estatizantes en relación con la prensa ni cayera en el idealismo de la posición liberal. Fue el peronismo, entonces, el que tuvo no sólo la capacidad institucional, sino también la legitimidad ideológica suficiente para insertarse con habilidad en las importantes fisuras existentes entre periodistas y propietarios, entre diarios débiles y económicamente poderosos y entre la prensa tradicional y el público peronista. Esas fisuras fueron cada vez más notables durante la segunda posguerra. La historia de la “peronización” de la prensa, por lo tanto, es más que un simple ejemplo de autoritarismo político. Antes bien, resulta inseparable de la historia de las múltiples crisis que atravesaron toda la red de relaciones que conformaba la prensa argentina desde el momento mismo de su industrialización.

¹⁸ *LP*, 22 de febrero de 1944.

CAPÍTULO IX

Las revistas *Qué sucedió en 7 días* y *Mayoría* El enfrentamiento en el antiperonismo durante los primeros años del “frondizismo”

MARÍA ESTELA SPINELLI

La elección del 23 de febrero de 1958 que consagró el triunfo de la fórmula radical intransigente, integrada por Arturo Frondizi y Alejandro Gómez, con el concurso del voto peronista y el aval de Juan Domingo Perón, coronó los esfuerzos de los impulsores del que, en otro lugar, hemos llamado “frente antiperonista *tolerante*” y del proyecto de integración política y transformación económica acelerada alentado por el presidente electo. Este triunfo fue interpretado por propios y extraños como la derrota de los sectores del antiperonismo más afines al espíritu liberal y democrático de la “Revolución Libertadora” –aquellos denominados entonces “continuistas” y “quedantistas” por su intención de prolongar el gobierno de facto, sea a través del triunfo de un partido cercano a la línea de la revolución política o de la permanencia del primero mientras fuera necesario, respectivamente. Sin embargo, la lucha entre los antiperonistas entró, a partir del primer ensayo constitucional posterior al derrocamiento del peronismo, en una nueva fase marcada por la tensión entre legalidad política y desperonización.

En *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la revolución libertadora*, hemos distinguido diversas vertientes en el antiperonismo: los *radicalizados*, la variante más próxima al antifascismo que bregaba por la desperonización total y la reforma del régimen político para construir una democracia moderna; y los *optimistas* que, más modestamente, confiaban en conquistar al peronismo para la causa democrática, garantizando las libertades y “un gobierno honesto”, sin pronunciarse categóricamente a favor ni en contra de la reforma del régimen político. Ambas vertientes partieron de la idea de que había vencedores y vencidos. Los *tolerantes*, en cambio, proponían transformar la estructura económica y social y devolver gradualmente la legalidad política

¹ El frente antiperonista tolerante se fue conformando, gradual y paulatinamente, entre los opositores al segundo gobierno de la “Revolución Libertadora” (presidido por el general Pedro Eugenio Aramburu); reunió a un variado arco político, liderado por la Unión Cívica Radical Intransigente, en el que confluyeron nacionalistas, comunistas, ex socialistas y ex conservadores buscando captar el voto peronista (Spinelli, 2005).

al peronismo, sin reformar el régimen político.² Una de sus ideas fuerza fue superar el enfrentamiento peronismo-antiperonismo. Estas tres variantes políticas entraron rápidamente en lucha por la hegemonía, primero en los gobiernos de facto de los generales Eduardo Lonardi y Pedro Eugenio Aramburu y luego por la conquista del electorado y el gobierno de la Nación.

Este texto analiza la lucha entre las tres vertientes mencionadas y, particularmente, dentro del frente de los antiperonistas *tolerantes*, en los primeros tramos de la gestión presidencial de Arturo Frondizi. Nos centramos en la mirada del periodismo político afín al proyecto de ese gobierno, las revistas *Qué sucedió en 7 días*, *desarrollista* y *Mayoría*, nacionalista. El sesgo distintivo de ambas fue su reivindicación del peronismo desde fuera del movimiento y su constante ataque a las vertientes del antiperonismo derrotado y a todo lo que había significado la “Revolución Libertadora”.

Breve cuadro de la coyuntura política

Tal como habían prometido desde su llegada al poder, los sectores militares y civiles que conformaron el gobierno de la “Revolución Libertadora” prepararon la salida electoral con la proscripción del peronismo, lo cual generó tensiones y obstáculos que no se resolvieron en el corto plazo.

Desde la elección de febrero de 1958 hasta la asunción de la presidencia por parte de Arturo Frondizi el 1° de mayo, la lucha entre ganadores y perdedores no cedió. Era un mal augurio. Es más, la mayoría de los testimonios de la época coincide en señalar que no hubo siquiera festejos entre los ganadores, a pesar de la euforia que reinaba entre los jóvenes de la UCRI.³ Existió, al parecer, una expresa recomendación del presidente electo, que iniciaba de ese modo, luego de una exitosa política de seducción al peronismo hecha a expensas de los “libertadores”, un ensayo de conciliación con estos.⁴ Se trató de un nuevo intento de “pacificación”, no ya como el de Lonardi y sus colaboradores nacionalistas, que pretendía calmar al peronismo militarmente derrotado en 1955; se trataba de la búsqueda de una “coexistencia pacífica” con el antiperonismo electoralmente derrotado, como fórmula de gobernabilidad.

² Caracterizamos como antiperonistas a todos los partidos y grupos políticos que participaron de la conspiración y el golpe contra el gobierno peronista, al que concibieron como un régimen político ilegítimo. En la denominación *radicalizados*, incluimos a socialistas, demócratas progresistas, demócratas cristianos y demócratas conservadores; entre los *optimistas* a las líneas del radicalismo que conformaron la Unión Cívica Radical del Pueblo, cuyo líder fue Ricardo Balbín; y llamamos *tolerantes* a la variante compuesta por un arco ideológico político que abarcó a la izquierda y a la derecha y dio origen al desarrollismo (Spinelli, 2005).

³ La fórmula de la UCRI obtuvo 3.989.478 votos en las elecciones presidenciales, su inmediato seguidor, la UCRP con la fórmula Balbín-del Castillo, 2.526.611; el total de votantes fue de 9,1 millones (López Alonso, 1982: 163).

⁴ Perina (1960), un escritor y periodista vinculado al radicalismo intransigente y operador de Frondizi frente a Perón, comenta el –para él– insólito episodio, de la primera visita que realizara Frondizi al día

Como fue recurrente en la política argentina, la campaña electoral del verano de 1958 se caracterizó por una violencia discursiva notable. La exposición de las ideas y las plataformas electorales –salvo el solitario esfuerzo de Frondizi y de algún candidato aislado– rivalizó en desventaja con las acusaciones personales y políticas que se prodigaron los candidatos entre sí y éstos al gobierno de Aramburu y Rojas, acusado por unos de traidor al proyecto democrático para favorecer a los radicalismos,⁵ por otros de antipopular, “fusilador”, “entreguista” y por todos (incluido el ex presidente Perón) de prohijar el continuismo favoreciendo la candidatura del líder de la Unión Cívica Radical del Pueblo, Ricardo Balbín. Todo esto, sin olvidar que los denuetos al peronismo estuvieron a la orden del día, fundamentalmente desde el discurso del Gobierno, que siguió defendiendo hasta último momento la justicia de la desperonización. La nota más fuerte y preocupante de esa campaña –pensando en la estabilidad política futura– fue sin duda la denuncia de Ricardo Balbín y de la mayor parte de los dirigentes de la UCRP del “pacto totalitario” de Frondizi con peronistas, comunistas y nacionalistas. Denuncia que, con un bagaje algo más importante de pruebas, ya había sido motivo de presiones al presidente Aramburu por parte del vicepresidente Rojas y algunos representantes de las fuerzas armadas en el gobierno, para proscribir al candidato.⁶

Los partidos del antiperonismo *radicalizado*, integrado por dirigentes ideológicamente formados en la tradición liberal-democrática, cuyos puntos de contacto en el gobierno fueron los marinos y un grupo de oficiales del Ejército,⁷ resultaron los máximos perdedores y no estaban dispuestos a negociar. Entre ellos surgieron dos ideas para afrontar la situación nacida el 23 de febrero: el desconocimiento del resultado electoral por parte del gobierno de facto y su prolongación en el poder y, fracasada ésta inmediatamente, el “golpismo”. A ellos, tanto el presidente Aramburu como la prensa pro-frondizista los denominaron “quedantistas”. Fueron los creadores de la original fórmula de la “dictadura democrática”.⁸ Como señaló Catalina Smulovitz

siguiente de ser electo presidente, al domicilio del combativo dirigente socialista Alfredo Palacios, luego a la casa del contralmirante Isaac Rojas y a una cena con sus adversarios en la casa de Manuel Rawson Paz.

⁵ El fundamento de esta acusación era la implantación del sistema electoral de lista incompleta consagrado por la ley Sáenz Peña para la elección general, tal como pedían la UCRP y la UCRI, en contra del sistema de representación proporcional utilizado en la elección de constituyentes de 1957, consensuado en la Junta Consultiva Nacional en su momento.

⁶ Además del “pacto” concretado en Caracas en la reunión de Frigerio con Perón que difundió el *Buenos Aires Herald* y de inmediato impactó en el resto del periodismo argentino, estuvieron las informaciones reservadas del canciller Alfonso de Laferrere de las que se hicieron eco los representantes de la Marina en el gobierno, según el testimonio del almirante Rojas, a lo que agregó que el presidente Aramburu lo desestimó porque estaba convencido del triunfo del balbinismo (González Crespo, 1993).

⁷ Partido Socialista, Demócrata Progresista, demócratas conservadores y cristianos.

⁸ Los fundamentos políticos y morales de la “dictadura democrática” aparecen expuestos en el testimonio del contralmirante Jorge Perren (1997).

(1988: 21-22) pensando en el modelo de racionalidad política de Guillermo O'Donnell (1972), la UCRI había violado la regla de proscripción del peronismo consensuada durante la "Libertadora", lo que la convertía en un competidor ilegítimo; el mecanismo de la "revolución" podía volver a usarse como se había hecho contra Perón. Sin embargo, la estrategia del golpismo fragmentó a los partidos antiperonistas radicalizados.

Los antiperonistas *optimistas* de la Unión Cívica Radical del Pueblo, después de una ruidosa campaña electoral en la que respaldaron al gobierno de Aramburu, también habían sido derrotados. Sus ex correligionarios intransigentes los aventajaron holgadamente en votos. Ellos guardaron no sólo diferencias ideológico-políticas importantes, sino un profundo rencor hacia el presidente electo, Frondizi, que se prolongó en el tiempo. Sin embargo, los desacuerdos y competencias que habían llevado a la ruptura del radicalismo luego de la memorable Convención de Tucumán de noviembre de 1956⁹ —que consagró prematuramente la fórmula presidencial—, todavía no estaban cerrados para todos y muchos dirigentes siguieron trabajando por la unidad de la UCR. De esa ruptura responsabilizaron no sólo a Frondizi con sus ambiciones de poder y su ingratitud hacia la "Revolución Libertadora" y al gobierno de Aramburu, sino fundamentalmente a su socio político, Rogelio Frigerio, el "cerebro" ("eminencia gris", era la expresión más utilizada entonces) de la sociedad con el peronismo que había apartado al dirigente radical del Partido.¹⁰

Antiperonistas *radicalizados* y *optimistas* se convirtieron, desde la derrota del 23 de febrero de 1958, en los defensores de los principios de la "Revolución Libertadora" a la que invocaron como sinónimo de democracia y fuente de legitimidad política.¹¹ Dada la correlación de fuerzas electorales, la fidelidad a esos valores y sentimientos políticos sólo podía desembocar en el retorno al punto de partida, la conspiración cívico-militar y la apuesta al golpe de Estado —aún cuando ninguno de ellos hubiera pensado, entonces, en calificar de ese modo a la "Libertadora" ni a un intento de reeditarla.

El tercer escenario de conflicto fue el de los triunfantes antiperonistas *tolerantes*. Estos habían ganado la elección con el nombre y la estructura de la UCRI,¹² e

⁹ La convención de la UCR sesionó con *quórum* estricto, formado por la mayoría del movimiento de intransigencia y renovación que había ganado la dirección del Comité Nacional por el retiro de un sector de la intransigencia bonaerense y la no concurrencia del sabatinismo y del unionismo.

¹⁰ Sobre la ruptura del radicalismo pueden verse, entre otros, Rouquié (1967), Gallo (1983), Odena (1984), Acuña (1984). También pueden verse los testimonios de Gómez (1963), Babini (1984) y el clásico libro de Del Mazo (1957).

¹¹ La "Revolución Libertadora" fue incorporada al calendario patriótico durante la presidencia del general Aramburu, celebrándose bajo el rito de las otras fiestas patrias, todos los 16 de septiembre desde 1956; la "Marcha de la Libertad" comenzó a ser cantada diariamente en las escuelas por disposición del Gobierno nacional.

¹² La fórmula de la UCRI también fue votada por el Partido Comunista pero manteniendo su independencia, esto es, con sus propias listas de candidatos a legisladores y demás cargos.

iniciaron en mayo de 1958, aún antes de que asumiera su gobierno, una sorda lucha por la hegemonía que, según la mayor parte de los testimonios de dirigentes y militantes, no era estrictamente nueva. Sus principales protagonistas fueron los cuadros tradicionales del radicalismo intransigente que habían jugado del lado de Frondizi en la contienda por el control de la UCR, muchos de ellos desde 1954, más una nueva camada juvenil movilizada tras los principios antiimperialistas, estatizantes y socializantes de la declaración de Avellaneda de 1945, a los que se sumaron coyunturalmente –ya durante los años de la “Libertadora”– militantes estudiantiles y cuadros intelectuales que, desde la izquierda, apostaban al liderazgo moderno y racional de Arturo Frondizi y fundamentalmente al punto de encuentro que esa conjunción prometía con el movimiento obrero peronista.¹³

Fuera de la UCRI se hallaban los incómodos socios del naciente desarrollismo, aquellos que desde la revista *Qué* habían organizado el comité de campaña extrapartidario de apoyo a la candidatura de Frondizi (Spinelli, 1995: 96-98). Ellos habían aportado ideas y contactos políticos diversos –con los peronistas, los nacionalistas y algunos medios empresarios– y, según algunos testimonios críticos (Babini, 1984; Gómez, 1963), también dinero y una concepción profesional y competitiva de la política, muy ajena a la sencillez del militante radical que entendía a la política más como vocación de servicio que como un saber o profesión de tiempo completo.

Además de una lucha por ocupar los espacios de influencia y de decisión, en el interior del frente se planteaba ya desde los tiempos de las campañas electorales –primero por la Constituyente, a mediados de 1957 y luego por la presidencial– el combate entre el izquierdismo principista de la UCRI y el pragmatismo de los llamados “equipos técnicos” que lideraba Rogelio Frigerio. Pero también se enfrentaron dos visiones opuestas de la coyuntura política marcada por el enfrentamiento peronismo-antiperonismo y dos líneas de acción y pensamiento sobre cómo resolver los problemas más urgentes del país (Spinelli, 2005: 304-316).

Para los militantes y dirigentes de la UCRI y el vicepresidente Alejandro Gómez –que desconocían o negaban la existencia del “Pacto Perón-Frondizi”– se trataba de un triunfo radical genuino logrado por el apoyo del peronismo a su programa antioligárquico y antiimperialista, fiel a la “Declaración de Avellaneda”, tal como expusieron, entre otros, Félix Luna (1973: 40-41) y Celia Szusterman (1998: 144-146). Para los futuros desarrollistas que lideraba Frigerio, en cambio, era el triunfo de una nueva alternativa política, el “frente nacional y popular” –idea ya expuesta por Frondizi, según Ramón Prieto (1963: 51), en el acto del 1º de mayo de 1956– que desde distintas identidades políticas había votado por la pacificación política y el desarrollo de la sociedad y la economía. Esta “interna” constituyó uno de los trasfon-

¹³ Ese ideario quedó plasmado en la revista *Contorno*. Ver particularmente en el número 9-10 de 1959, centrado en el análisis del frondizismo, los artículos de León Rozitchner y de Ismael Viñas.

dos conflictivos de la gestión presidencial de Arturo Frondizi y sobre ella también operaron, con mayor o menor eficacia, los adversarios y los enemigos de ese gobierno.

A ese tercer escenario de conflicto debe agregarse otro actor político. Frondizi había llegado a la presidencia con un aliado muy costoso, que fue decisivo en la victoria pero le depararía más de un disgusto a su acción política: Perón y el peronismo. Estos nunca dejaron de mirarlo con desconfianza:

Hoy no hay términos medios en el país; [le decía Perón a Emilio Perina en Ciudad Trujillo momentos antes de la asunción de Frondizi] o se hace lo que el pueblo quiere, y al parecer Frondizi no se siente con fuerzas para hacerlo, o se piensa en el país y entonces hay que gobernar al estilo conservador y reaccionario. Si Frondizi quiere realmente hacer la política de expansión y desarrollo que está anunciando, no le queda otro remedio que entregarse en brazos de las derechas. Pero él no lo hará, porque es un prisionero de su formación izquierdizante. Le va a faltar coraje... (Perina, 1960: 168).

La mayor parte de los relatos políticos sobre este período comienza con una obligada referencia a las condiciones en que se negoció la entrega del gobierno de los “libertadores” a Arturo Frondizi. El presidente Aramburu, frente a la frustración de todo el entorno gubernamental, invitó a los candidatos más votados, en la misma noche del 23 de febrero, a la residencia presidencial. Con ese hecho simbólico dejaba sentado su honor político y daba una señal muy clara a propios y extraños: que estaba dispuesto a conceder el gobierno al legítimo ganador de la elección.¹⁴ Sin embargo, su posición dentro del gobierno era minoritaria y la mayoría no iba a ceder sin pelear.

La gran prensa de Buenos Aires, sobre todo los diarios *La Nación* y *La Prensa*, había mantenido una opinión muy crítica frente a Frondizi y su estrategia electoral. Distinta fue la postura de *Clarín* que, a pesar de su inicial fervor por la “Revolución Libertadora”, miró al candidato con mayor respeto intelectual y político.¹⁵ Los dos primeros se alarmaron de algunos de los pocos actos transgresores del presidente electo, como incorporar en su comitiva de viaje a Uruguay al polémico Raúl Damonte

¹⁴ Sobre el pensamiento del general Pedro Eugenio Aramburu a través de una nueva indagación de archivos, Fraga y Pandolfi (2005). Los autores mantienen que, para Aramburu, la victoria de Frondizi no era vista como una tragedia y que se convirtió en uno de los sostenedores permanentes de la legalidad de ese gobierno frente a los intentos golpistas.

¹⁵ Respecto de la relación de Frondizi con el diario *Clarín*, que posteriormente dio lugar a una larga sociedad, circuló una anécdota que reproducen algunos ensayos, de un brindis de Roberto Noble y Arturo Frondizi por el triunfo electoral con el voto peronista, que ellos celebraron como una victoria sobre Perón.

Taborda. Este periodista político había contribuido, desde *Resistencia Popular*,¹⁶ a alimentar algunos escándalos de magnitud, como la publicación de las cartas del contralmirante Rial al presidente Aramburu, donde le reprochaba su favoritismo por los radicales del pueblo y sus decisiones inconsultas, así como las dejadas por el general Valle antes de ser fusilado. Eso causó críticas y desconcierto en algunos sectores que, rápidamente, Frondizi trató de subsanar. Pero la acusación —que hoy sabemos verdadera— de haber negociado con el peronismo, generó furia entre aquellos que habían sido los “revolucionarios” de 1955 y los Comandos Civiles atacaron no sólo locales partidarios, sino incluso algunas residencias particulares de dirigentes y militantes peronistas. Otra vez parecía que la sociedad iba a estallar en pedazos, mientras los antiperonistas más convencidos estaban dispuestos a hacer respetar la obra de la “Revolución Libertadora”.

El primer año de la presidencia de Frondizi fue de permanente tensión y abiertos conflictos,¹⁷ a punto tal que finalizó con la renuncia del vicepresidente Alejandro Gómez, acusado de conspirar para sustituirlo.¹⁸ El antiperonismo derrotado, radicalizados y optimistas, buscó sistemáticamente el camino y la oportunidad para el golpe de Estado que les permitiera, según los primeros, construir la democracia pluralista traicionada por el voto —la democracia, en la concepción de socialistas, demócratas progresistas y algunos demócratas conservadores y cristianos, no era sólo ni prioritariamente una cuestión de votos—, según los segundos, los radicales del pueblo, desactivar la alianza con el peronismo y el giro a la derecha. El victorioso antiperonismo tolerante —compuesto por radicales intransigentes, desarrollistas y nacionalistas—, mientras tanto, disputó espacios de poder y proyectos antagónicos.

En el área del Poder Ejecutivo, hegemonizada por los desarrollistas de Rogelio Frigerio, trataron de implementar rápidamente agresivas políticas económicas, basadas en la inversión de capital externo en rubros estratégicos (petróleo, carbón, acero, energía eléctrica), partiendo de la certeza estructuralista de que la principal causa del problema argentino era la insuficiencia de su desarrollo. Paralelamente, intentaban

¹⁶ *Resistencia Popular* fue uno de los voceros de la candidatura de Frondizi; en sus páginas se divulgaron los actos de las campañas electorales de la UCRI y el director del periódico (que había publicado en 1954 un libro en el que llamaba al derrocamiento de Perón “Ayer fue San Perón”) presidió alguno de los ateneos desde donde se divulgaron los argumentos en favor de una alianza con el peronismo.

¹⁷ Valga como ejemplo que, luego de asumir como presidente constitucional el 1° de mayo de 1958, el 8 de julio, a escasos dos meses, debió desactivar el primer intento de golpe de Estado que pretendía destituirlo en la cena de camaradería de las fuerzas armadas. La revista *Qué* del 8 de julio de 1958, en su panorama político registró: “Plan de perturbación contra el programa nacional”: Huelga médica, paro de patrones de colectivos, huelga general del personal civil de la Nación. Recurso presentado a la Corte Suprema por parte de los jueces cuyos pliegos no fueron aceptados por el Senado.

¹⁸ La explicación posterior de la renuncia del vicepresidente fue que él había decidido previamente renunciar por su desacuerdo con que la política petrolera no pasara por el Parlamento, su argumentación puede verse en Gómez (1963: 357-372). Allí expone su versión del supuesto complot por él orquestado y la dolorosa experiencia personal de verse repudiado por sus amigos como traidor.

hallar la colaboración, o por lo menos la neutralidad, de algunos sectores de la oposición y del peronismo. Los radicales intransigentes, mayoritarios en ambas cámaras, se debatían entre la lealtad al Presidente o a sus principios y programa, que veían abandonados por éste. Ellos fueron más permeables a las críticas que venían de las otras vertientes del antiperonismo y de hecho, algunos de ellos –el vicepresidente Alejandro Gómez, según *Qué y Mayoría*, y su propio testimonio lo corrobora–, privilegiaron la reconstrucción de la unidad radical más que el inicio de una alianza con los peronistas que les resultaban, por cierto, mucho más ajenos.

Los peronistas, si bien no habían votado a Frondizi por sus bondades o porque les despertara confianza sino sólo por derrotar al gobierno de la “Revolución Libertadora”, habían contribuido decisivamente a su llegada a la presidencia y se sentían con pleno derecho a que sus pedidos fueran escuchados. Algunos, los más radicalizados, reclamaban una incidencia mayor en la toma de decisiones políticas.¹⁹

Las revistas *Qué sucedió en 7 días y Mayoría*

¿Por qué *Mayoría* y *Qué sucedió en 7 días*? Porque ambas, desde distintas líneas políticas, fueron las más exitosas impugnadoras del proyecto de desperonización de la “Revolución Libertadora” entre los antiperonistas y, en ese sentido, se presentaron como constructoras del proyecto político de convergencia con el peronismo que intentó Arturo Frondizi desde la presidencia. Las dos representan la tendencia política que Rosendo Fraga y Rodolfo Pandolfi (2005: 35-40) han caracterizado como “anti-antiperonistas”.

La exploración de revistas y de la prensa en general, no sólo como fuentes sino como actores relevantes de la cultura política, se instaló como tema y como problema dentro de nuestra comunidad historiográfica con la revitalización de la historia política hacia fines de la década de 1980. Nuestra perspectiva de análisis se inscribe dentro de esa tradición: concebimos a ambas como vehículos o instrumentos al servicio de un proyecto político e ideológico y, en consecuencia, nos centramos en el contenido político de las mismas ante determinados problemas y hechos de la coyuntura. Buscamos, entonces, privilegiar sus enfoques antes que analizar su componente empresarial o financiero, más allá de su indudable relevancia.

Tanto *Mayoría* como *Qué sucedió en 7 días* respaldaron la acción política de la sociedad conformada por Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio desde la elección del 23 de febrero de 1958. La primera se manifestó a favor de la candidatura presidencial de Frondizi recién en los últimos tramos de su campaña presidencial cuando, siguiendo su política de seducción al peronismo, hizo suya la famosa “orden” de Perón de votar

¹⁹ En esa línea el “adelantado” fue John William Cooke que se introdujo clandestinamente en el país y luego se instaló en el Uruguay para monitorear el cumplimiento del pacto del que había sido testigo. Desde allí ofreció varias conferencias de prensa.

a Frondizi.²⁰ Poco más tarde se volcó por un generoso respaldo a las políticas desarrollistas y, en particular, al más polémico de los creadores del proyecto de “integración y desarrollo”, Rogelio Frigerio, que abrevaba, entre otros, en el ideal nacionalista de la “unidad nacional”. La segunda, dirigida por éste último desde 1955, había puesto un fuerte énfasis en los problemas de la economía argentina y de la coyuntura internacional pero, además, fue la más importante divulgadora del proyecto político y de la estrategia de alianza con el peronismo y, consecuente con esa trayectoria, siguió profundizando en ambos y denunciando a sus enemigos.

La revista popularmente conocida entonces como *Qué* había sido fundada por Baltasar Jaramillo en 1946 y tuvo sólo un año de vida durante el peronismo, ya que la censura cayó sobre ella. Su reaparición luego del triunfo de la “Libertadora”, en noviembre de 1955, coincidió, prácticamente, con el cambio presidencial del general Eduardo Lonardi por Pedro Eugenio Aramburu. La iniciativa de reeditarla había partido de la viuda del fundador, Delia Machinandiarena de Jaramillo que convocó a Rogelio Frigerio para que la dirigiera. A partir de allí, la revista, como hemos analizado en otro trabajo, inauguró una etapa de éxito periodístico y político (Spinelli, 1995).

Como empresa periodística, *Qué* alcanzó uno de los mayores tirajes de las revistas de opinión de la época –200 mil ejemplares según diversas fuentes, aún cuando varias revistas y periódicos de la época sostienen haber alcanzado tirajes parecidos–, y acrecentó un renombre que le venía, en parte, en herencia de la etapa anterior, retomando la numeración interrumpida. Inauguró un estilo periodístico que combinaba el análisis político y económico de coyuntura, a nivel nacional, internacional y regional, con una línea de opinión que se pretendía destinada a construir un proyecto de largo plazo asentado en el desarrollo industrial. Este se visualizaba en distintos espacios de la revista, en notas de opinión, en los editoriales, en las cartas de los lectores y hasta en las leyendas publicitarias de las distintas empresas que allí anunciaban. Su formato y su línea editorial ágil, combinaba reportajes con información económica, cultural, deportiva, humor, espectáculos y abundantes ilustraciones. Su moderno formato y diseño se inspiraban, según Rogelio Frigerio, en el modelo de *Time*.²¹

En la línea política –desde la incertidumbre de los primeros números de noviembre y diciembre de 1955, cuando no se vislumbraba claramente el nuevo rumbo de la “Revolución Libertadora” y el tono político parecía prescindente– llevó adelante una posición crecientemente crítica hacia el gobierno del general Aramburu y denunció a las vertientes más combativas del antiperonismo –conservadores, demócratas progresistas, socialistas e incluso comunistas– como “agentes al servicio de intereses antinacionales y antipopulares”. Esta posición se fue profundizando en la medida en

²⁰ Para un análisis de la trayectoria de *Mayoría* en los años de la “Libertadora”, Melon Pirro (1997).

²¹ Más allá de los datos de tiraje, el impacto de la revista en su época se refleja en el recuerdo de muchos de sus antiguos lectores como, entre otros, el de Silvia Sigal (1991) que rescató la frase: “Los estudiantes le decían la ‘Biblia’”.

que se transformó en el principal vocero de la carrera presidencial de Arturo Frondizi.²² Además, *Qué* se convirtió en un espacio de discusión ideológica y política con la izquierda, con la derecha nacionalista, con el radicalismo intransigente y con el peronismo. La presencia de dos de los intelectuales más prestigiosos y conocidos vinculados con éste, Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, primero como colaboradores esporádicos y luego con espacios permanentes, le dieron un tono y un público hasta entonces difícil de reunir. Pues si bien ambos reivindicaron explícitamente al peronismo y se presentaron como sus voceros, las vertientes que se hallaban más a la izquierda de la intransigencia radical los consideraron, de algún modo, como propios al filiarse en la tradición popular, democrática y antiimperialista de FORJA, de la que se consideraban los más genuinos herederos. Lo mismo ocurría con un sector de la izquierda socialista que procesaba su propio fracaso revisitando al peronismo con otros ojos (Terán, 1986: 225) y poco más adelante, cuando surgió la ilusión del “tercer movimiento histórico” que subsumiera y superara al radicalismo y al peronismo, hubo intelectuales y políticos que los ubicaron como el nexo entre esas tradiciones populares y las nuevas generaciones de clase media.

El éxito de *Qué* fue, además y fundamentalmente, el que catapultó a su director, Rogelio Frigerio, al primer plano de la política.²³ Este hecho puede corroborarse, entre otros, con el abandono de la dirección editorial, en marzo de 1958, para sumarse al flamante equipo de gobierno de Arturo Frondizi. El titular de tapa de la revista decía: “Tarea cumplida. Rogelio Frigerio se retira de la dirección de *Qué*”.

A partir de ese momento, el proyecto de desarrollo explicado y difundido desde *Qué* debía materializarse en políticas concretas; en ese sentido, el semanario se convertía en el propagandista, pero también en el fiscal de un gobierno poco homogéneo al que debía terminar de ganar para su causa.²⁴ El equipo periodístico de la revista estuvo dirigido temporalmente por uno de sus más prestigiosos y experimentados periodistas, Marcos Merchensky —un hombre que venía de la militancia socialista y pasó al desarrollismo—, hasta que en junio de 1958, cuando fue convocado para dirigir el diario oficialista *El Nacional*, asumió la dirección, por unos meses, Raúl Scalabrini Ortiz. Este prestigioso intelectual e ideólogo del nacionalismo en su versión popular, amigo del peronismo, le imprimió su propio estilo y sesgo político a la línea editorial,

²² Arturo Frondizi, por entonces presidente del comité nacional de la UCR y una de las figuras de mayor prestigio político, se acercó a la Revista *Qué* y a Rogelio Frigerio en enero de 1956, iniciando con éste una amistad y una sociedad política que se prolongó varias décadas.

²³ En el primer número de *Mayoría*, del 1º de enero de 1959, Rogelio Frigerio figuraba en primer lugar entre las personalidades políticas destacadas en el año 1958, como el hombre más influyente y decisivo en el gobierno y se preguntaba además si sería el próximo vicepresidente.

²⁴ El gabinete y el equipo de funcionarios más amplio del presidente Frondizi había sido reclutado, en su mayor parte, entre los cuadros políticos tradicionales y de la izquierda de la UCRI, pero también hubo un importante número de extrapartidarios provenientes del nacionalismo, del conservadurismo, del unionismo radical y ex militantes de partidos de izquierda.

a la que otorgó un tono ético hasta entonces ausente. Pero lo novedoso, en la conflictiva coyuntura, fue que desde allí se convirtió en el más ferviente defensor de Rogelio Frigerio,²⁵ frente a los ataques que desde los más diversos lugares fueron lanzados por su presencia en el gobierno. Fue, además, uno de los críticos más incisivos de las políticas de negociación con el antiperonismo del presidente Frondizi.

Si se compara con la etapa anterior, puede verse que para mediados de 1958 *Qué sucedió en 7 días* cambió de carácter, dejando de ser un ámbito de discusión y de intercambio con otras corrientes de pensamiento más o menos afines para convertirse en un órgano de facción, en lo que tendió a asemejarse a una revista de doctrina.

Después del alejamiento de Scalabrini Ortiz, por objeciones a la política petrolera,²⁶ asumió la dirección un hombre menos ligado al peronismo, el periodista y escritor nacionalista Mariano Montemayor, antiguo colaborador de *Esto es* y de *Azul y Blanco*, que condujo la revista en las etapas más aciagas de esa gestión presidencial, manteniendo una línea de apoyo sistemático a las políticas económicas promovidas por Frigerio y de justificación hacia la política negociadora de Frondizi. Pocos años después, en 1963, cuando Frondizi ya había sido derrocado, Montemayor publicó un ensayo sobre esa experiencia política cuyo título es elocuente en el sentido que veníamos señalando: *Claves para entender a un gobierno*.

La trayectoria y el perfil de *Mayoría* fueron bien distintos. De menor renombre e impacto entre los sectores medios antiperonistas por su explícita filiación ideológica, estuvo ligada mucho más estrechamente con la corriente nacionalista, constituyendo “una apoyatura del neoperonismo temprano”, según Julio Melon Pirro (2002). La revista –semanal igual que la anterior– fue la continuación periodística de *Esto es*, clausurada por el segundo gobierno de la “Revolución Libertadora”, que se había editado desde los últimos años del peronismo, siempre bajo la dirección del escritor y periodista Tulio Jacovella.

Esto es, como todo el nacionalismo, había apoyado y ayudado a concretar la “Revolución Libertadora” a la que recibió con alborozo,²⁷ pero desde la persecución desatada hacia su sector ideológico, luego de la separación de Lonardi, comenzó con un ataque sistemático al gobierno de Pedro Eugenio Aramburu que, en su interpretación, recurría a las mismas prácticas arbitrarias y dictatoriales que el peronismo:

²⁵ Frigerio había cosechado enemigos en el radicalismo, tanto en el intransigente como en el del pueblo, pero también despertaba sospechas y malos sentimientos entre los militares, que lo vieron proclive hacia el comunismo y hacia el peronismo.

²⁶ Que explicitó a través de una serie de consideraciones, en las que trataba de minimizar las diferencias que ya estaban siendo explotadas por la oposición pero que concluían con un argumento contundente: “Con ser importante, el petróleo no es un factor primordial, su importación demanda 250 millones de dólares, pero la exportación agropecuaria nos produce casi 1.000 millones y podríamos obtener más”. *Qué sucedió en 7 días*, núm. 194, Buenos Aires, 12 de agosto de 1958 (en adelante, *Qué*).

²⁷ Al respecto puede verse el ensayo testimonial de Arnaudo (1996) donde narra el reclutamiento de comandos civiles por parte de nacionalistas y católicos y su accionar entre junio y septiembre de 1955.

“Antiperonismo con métodos peronistas”, fue el título de una de sus últimas notas editoriales. Esto selló su suerte y la revista fue primero intervenida y luego clausurada, a mediados de 1956. Meses después, el 8 de abril de 1957, hizo su aparición la revista *Mayoría* que era una nueva versión de la anterior:

El nombre de *Mayoría* es, indudablemente, mucho menos objetivo que el de *Esto es*. Pero *Esto es*, como se recordará, no pudo menos de convertirse, por imperio de los hechos, en *esto debe ser*, o *no debe ser*. [...] Retornar entonces al principio clásico de la democracia, de que la razón la tiene la mitad más uno, es una actitud razonable, y quizás la única susceptible de asentar hoy día la convivencia sobre un fundamento sólido. Sin perder de vista, pues, la evidencia de que la mayoría puede equivocarse, inclusive en contra de su mismo interés, creemos que no hay más salida para la actual desazón argentina que devolver honestamente el gobierno de la república a la decisión electoral del pueblo.

Opuesta al peronismo por su carácter autoritario –según expresaron, y en esto reflejaban un rasgo nuevo del nacionalismo–, abrazó la “Revolución Libertadora”, de la que se apartó cuando se excluyó a los nacionalistas que habían contribuido a su concreción²⁸ y dio lugar a los “viejos políticos” que buscaban, en su interpretación, la gran “revancha” contra el peronismo. Por eso volvía a la lucha por las ideas y la conquista de la opinión, predicando en favor de la libertad y el derecho a existir del peronismo, y retomaba el reclamo de la promesa de elección inmediata que había hecho Lonardi al asumir el gobierno, en el que coincidía con Frondizi.

Con una postura de fuerte confrontación con el segundo gobierno de la “Revolución Libertadora” y con el antiperonismo afín a éste, la revista tuvo como constante la condena a la desperonización. Su figura más representativa en ese plano fue Rodolfo Walsh,²⁹ uno de los colaboradores más destacados y promocionados de la misma, fundamentalmente a partir de su serie de notas de investigación sobre los fusilamientos de junio de 1956 que *Mayoría* publicó en entregas durante 1957. En 1958 agregó “el caso Satanovsky” donde otra vez el escritor nacionalista denunciaba la “maquinaria criminal” del antiperonismo.

A partir de la asunción del gobierno constitucional de Frondizi, la posición de *Mayoría* fue de creciente solidaridad con el mismo y de defensa de la legalidad política del peronismo, que había sido su constante reivindicación en tiempos de la

²⁸ Entre los nacionalistas fue predominante la opinión de “las dos revoluciones del 16 de septiembre”. Así tituló un cuaderno de la revista *Azul y Blanco* Montemayor (1956). Sobre esta revista ver el capítulo de Contreras y Ladeux en esta compilación.

²⁹ La cooptación de Rodolfo Walsh fue posterior al surgimiento de la revista y se produjo cuando el escritor buscaba un editor para sus notas de investigación sobre los fusilamientos en los basurales de José León Suárez y Tulio Jacovella accedió a publicarlas.

“Libertadora”. Pero la novedad que introdujo en relación con la etapa anterior fue que, a medida que el proyecto de desarrollo comenzó a materializarse y ser resistido tanto en el antiperonismo como en el peronismo, se convirtió en propagandista del mismo y particularmente de su mentor Rogelio Frigerio. “El dilema nacional –sostuvo en sus notas editoriales– es desarrollo económico o sometimiento y miseria”.³⁰ Paralelamente a esa adhesión, alertó constantemente al presidente Frondizi de los “peligros de intentar apaciguar a la oligarquía”.³¹

Su línea político-ideológica fue anticomunista y anti-izquierda en general, denunciando la penetración del partido de Codovilla y del trotskismo en el peronismo.

Un nuevo clima político

Después del triunfo electoral de Frondizi y mucho antes de que se derogaran los decretos de proscripción emanados de la “Revolución Libertadora”, tanto en *Mayoría* como en *Qué* la presencia del peronismo pasó a un primer plano. Esto estaba ligado tanto a la acción periodística en sí –la búsqueda de notas y reportajes a sus figuras representativas–, como al protagonismo político que éste adquirió por su contribución al triunfo del candidato de la UCRI y a la incertidumbre que el hecho generaba sobre el futuro político.³² *Mayoría* adelantó su posición respecto al tratamiento que debía darse a la cuestión peronista en la nota editorial que firmaba Tulio Jacovella en el número del 21 de abril: “Continuidad jurídica y amnistía general, sí; encubrimiento, no”.

El cambio de tono se hizo visible en *Qué* con la presencia muy notoria de figuras del peronismo; se incorporó al reconocido “lunfardista” José Gobello como colaborador permanente. Pero, además, apareció una carta de Perón a Raúl Scalabrini Ortiz, notas de John William Cooke sobre Perón y la situación política y las acusaciones del dirigente peronista cordobés, Raúl Bustos Fierro, a los radicales del pueblo, entre otros.

Si bien el debate y la violencia habían sido los rasgos más salientes del clima político de la “Libertadora” hasta la elección de 1958, y la inestabilidad y el conflicto alimentaban el día a día, en ese particular estado de cosas cada uno ocupaba un lugar establecido, en el oficialismo o en la oposición: el antiperonismo era legal y el peronismo ilegal. Esto fue lo que cambió espontánea y sustantivamente al día siguiente del triunfo de Frondizi y generó una hostilidad tan fuerte. La sensación de que el régimen de fuerza había concluido y que las corrientes políticas, tanto las que lo habían apoyado como las que lo habían padecido, se hallaban libres de cualquier tipo de ataduras frente al gobierno constitucional porque habían recobrado sus derechos era,

³⁰ *Mayoría*, núm. 63, 23 de junio 1958, p. 3.

³¹ *Mayoría*, núm. 90, 1° de enero 1959, p. 3.

³² En *Mayoría* apareció un primer reportaje a Oscar Albrieu, en abril de 1958, y otro sumamente extenso a John William Cooke en Montevideo, ambos realizados por Osiris Troiani. Una tercera nota se titulaba “Entrevista al último jefe de Alianza. Con Kelly en Plaza de Mayo”.

paradójicamente, muy poco propicia para el optimismo, en una sociedad donde los sentimientos y las pasiones eran mucho más fuertes que las ideas y las razones que podían hacer factible la negociación o el acuerdo.

Esa sociedad no sólo era intolerante: la exclusión forzosa del peronismo, que respondía a aquella otra más vieja del antiperonismo, había profundizado la violencia de uno y otro lado, y ahora que el Gobierno se presentaba a los ojos del antiperonismo como el protector del peronismo y a los ojos de éste con una fuerte proclividad a negociar con aquél, el aislamiento del mismo se tornó inevitable. A medida que esa situación se hacía más evidente por el crecimiento de las críticas³³ y los rumores golpistas del antiperonismo y las presiones del peronismo, *Mayoría* presentó el problema con absoluta claridad y sencillez: “Fronidzi es demasiado peronista para los gorilas y demasiado gorila para los peronistas”. El presidente permanecería sentado sobre ese polvorín hasta su derrocamiento en 1962.

La hipótesis del “frente del 23 de febrero”

Esta hipótesis, clave y razón de ser del proyecto integracionista, estuvo en el ángulo de observación que llevó a la elaboración de una salida pragmática del conflicto peronismo-antiperonismo de gran parte de los cuadros políticos que se sumaron a trabajar por la candidatura de Frondizi desde fuera de las estructuras partidarias del radicalismo intransigente. A poco andar, se constituyó en centro de conflictos en el frente antiperonista *tolerante* y en la piedra del escándalo que sirvió para que el resto de la oposición antiperonista denunciara la traición al sistema de partidos, y en definitiva a la democracia, porque desdibujaba el papel de la UCRI como partido de gobierno.³⁴ Traducido en términos de los opositores, ese “frente del 23 de febrero” constituía el *pacto totalitario* denunciado durante la campaña electoral por Ricardo Balbín, Miguel Ángel Zabala Ortiz y otros de sus correligionarios del radicalismo del pueblo.

Tanto *Mayoría* como *Qué* sostuvieron que Arturo Frondizi había llegado a la presidencia con el apoyo de una conjunción electoral que revelaba la emergencia de

³³ El número 63 de *Mayoría* del 23 de junio de 1958 en el “Panorama Político” hacía referencia a un último rumor de “un inminente golpe cívico-militar libertador que denuncia la incapacidad política del gobierno” y más abajo registraba “El acto conmemorativo del 16 de junio, organizado por el Movimiento Cívico Revolucionario presidido por Adolfo Sánchez Zinny, que llamó ‘traidor’ a Frondizi, mientras la consigna cantada por el grupo [unas quinientas personas dice] era: ‘La ley de amnistía es una porquería’”.

³⁴ “Frigerio y los integracionistas fueron los rivales de la dirección parlamentaria del partido oficialista, a la que solían dictarle órdenes por intermedio del Presidente. Con excesiva frecuencia, Frondizi seguía los consejos de Frigerio en lugar de escuchar la voz de sus correligionarios. Y sin embargo, con notables excepciones, el Partido era el único sostén de un gobierno huérfano de apoyo. [...] La UCRI perdió su oportunidad en una lucha sorda contra un pequeño grupo de hombres y mujeres que acaparaban la atención del presidente y estaban empeñados en ejecutar una política propia, sin relación con las tradiciones políticas de las bases del gobierno” (Szusterman, 1998: 211).

una nueva formación política, el “frente nacional y popular” donde confluían radicales intransigentes, peronistas y nacionalistas. La alusión a los comunistas como aliados, que rápidamente emigraron, fue sumamente escasa. La primera, desde su inocultable simpatía hacia el peronismo —que era básicamente anti “gorilismo” militante, según sus propias expresiones— comenzó a designar y a analizar las razones de esta conjunción, “el frente del 23 de febrero”, en los momentos previos e inmediatamente posteriores a la asunción del nuevo gobierno.

Una serie de notas firmadas por el periodista Osiris Troiani, que llevó por título “Por qué Perón hizo votar por Frondizi”, evaluaba la conjunción radical-peronista. En ellas, el autor, deslumbrado por el talento político de Frondizi —de quien revisaba su trayectoria política durante los años del peronismo y los puntos de coincidencia y de disidencia de los idearios radical y peronista, entre otros—³⁵ sostuvo que éste le ganó la batalla política a los sectores más reaccionarios de la “Revolución Libertadora”, mientras que la táctica violenta de Perón no ofrecía una alternativa de futuro:

Tenía que optar el pueblo entre dos políticas. La de Perón: terrorismo, sabotaje, agitación, levantamiento popular. La de Frondizi: oponer a todas las provocaciones la calma y el desdén, asegurar el proceso electoral, y descargar en las urnas toda la indignación de la Patria esquilada y vejada. La sabiduría del pueblo procedió salomónicamente: su corazón para Perón, su voto para Frondizi. El 3 de febrero, cuando Perón desde Ciudad Trujillo, ordenó votar por el hombre que había encontrado el último resquicio de legalidad en el régimen de fuerza, y que por ese resquicio hacía irrumpir la marea popular, confesó de hecho, que su propia política no tenía horizontes. Podía, probablemente desencadenar una huelga general, pero con la huelga general no se vence al Estado moderno...³⁶

Desde el sentimiento antiperonista de la UCRI, mucho más próximo al expresado en las notas de Osiris Troiani, el triunfo de Frondizi era la derrota de Perón; su orden de votar por aquel, el reconocimiento de su propia impotencia. No deslizaba suspicacia alguna sobre que esa “orden” de votar pudiera esconder algún tipo de acuerdo o negociación, como denunciaban los opositores; era como si la misma hubiera surgido espontánea y racionalmente sin ningún tipo de intervención. Para ellos, era Perón en sus propias cavilaciones el que había decidido volcar la suerte a favor de Frondizi. En contraste con el tono anterior, el dirigente peronista Oscar Albrieu —el último ministro

³⁵ Estas similitudes habían sido expuestas en las reuniones de la Junta Consultiva Nacional de 1956 por Oscar Alende y Oscar López Serrot, representantes de la línea radical intransigente que detentaba entonces la conducción del comité nacional de la UCR.

³⁶ *Mayoría*, núm. 57, Buenos Aires, 12 de mayo de 1958, p. 6.

del Interior de Perón— a quien entrevistaba el mismo periodista, se mostró mucho menos enfervorizado con el triunfo electoral, dejando ver en su intervención indicios de la fragilidad de la situación y de los conflictos que se avecinaban:

Así entendemos nosotros la situación que se ha creado el 23 de febrero. La verdad es que ni Perón podría obligar al peronismo a ser furgón de cola de otro partido. El peronismo tiene personalidad propia y está implantado definitivamente en la política argentina. Su espina dorsal son los trabajadores organizados: nunca podrá confundirse con una fuerza de tan diluida composición social como la del radicalismo. En cuanto a la consolidación del triunfo, depende, naturalmente, de la obra de gobierno que realice el Dr. Frondizi. Nosotros no pedimos nada. Mejor dicho, pedimos lo que toda la ciudadanía tiene derecho a esperar de él: cumplimiento de su programa electoral, cumplimiento de las promesas hechas públicamente al partido proscrito.³⁷

En los primeros días de la gestión de Arturo Frondizi, cuando las iniciativas del gobierno se precipitaban y debatían, *Mayoría*, que se ubicaba en el lugar del observador externo y vigilante, se oponía a cualquier tipo de negociación con el antiperonismo electoralmente derrotado. Advertía al gobierno sobre el peligro de intentar “apaciguar a la oligarquía” y sobre la necesidad de mantener la cohesión del “frente político del 23 de febrero”, amenazado —decía— por los sectores gorilas con falsos argumentos nacionalistas sobre el petróleo y DINIE.³⁸ En este contexto acuñó la expresión “antiimperialismo cipayo” que usó para atacar a los legisladores del radicalismo del pueblo.

La diferencia de *Mayoría* con *Qué* radicaba en que la última había postulado transparentemente esta alianza electoral a la que había llamado “frente nacional y popular” y la había convertido en su propia propuesta política. Lo hizo cuando después del “recuento globular” sumó los votos en blanco a los votos de la UCRI y dijo, en julio de 1957, que el futuro presidente había sido consagrado, y mucho más clara y audazmente cuando Rogelio Frigerio se fue a entrevistar con Perón en Caracas y trajo el compromiso del ex-presidente, que dejó deslizar, como al pasar, en la nota editorial que titulaba “Reportaje a Caracas”.

La hipótesis del “frente del 23 de febrero” como el legítimo ganador de la elección que consagró presidente a Frondizi fue utilizada por *Qué* como herramienta política para enfrentarse a los sectores de la UCRI que se oponían al proyecto de desa-

³⁷ *Mayoría*, núm. 55, 28 de abril de 1958, p. 8

³⁸ *Mayoría*, núm. 63, 23 de junio de 1958.

rollo ideado por Frigerio.³⁹ En nombre de esa hipótesis, desde las páginas de la revista se apoyó decididamente la iniciativa de una Ley de Amnistía hacia el peronismo,⁴⁰ uno de los primeros proyectos enviados por el Poder Ejecutivo, el 7 de mayo, que finalmente fue aprobada por el Congreso.

El problema irresuelto de la “desperonización”

El fracaso del proyecto de desperonización de los “libertadores” legó al gobierno constitucional el problema de qué hacer con el peronismo, en similares o peores condiciones de lo que ellos lo habían recibido. Este se hallaba cargado de peligros y de tensiones porque cualquier solución que se intentara chocaba necesariamente con los obstáculos que emergían del enfrentamiento político y cultural peronismo-antiperonismo, que de tanto en tanto volvía a tener brotes de violencia de uno y otro sector. El proyecto de Frondizi fue expuesto en un trazo grueso: la integración y la devolución paulatina y gradual de la legalidad al peronismo. Pero, ¿cuál era el nivel de tolerancia de las fuerzas políticas –peronistas y antiperonistas, civiles y militares– para que ello pudiera materializarse? Los acontecimientos demostraron que era demasiado bajo.

Como decíamos anteriormente, el peronismo reingresó espontáneamente en la política pública después de la elección. Las cartas y las fotos de Perón y de otros dirigentes peronistas fueron publicadas mucho antes de que se derogara el decreto proscriptivo emanado del gobierno anterior. Ese era un dato de la realidad. De repente el peronismo había dejado de ser ilegal y salía a la luz del día. Junto con él, también los comandos civiles antiperonistas, que habían perdido la protección del gobierno pero que seguían teniendo muchos amigos en los partidos y en las fuerzas armadas.

La política de concesiones al peronismo pasó por dos leyes fundamentales, la *Ley de Amnistía* y la *Ley de Asociaciones Profesionales*. La primera había sido esbozada, sin nombrarla, por el presidente Frondizi en su discurso inaugural ante la asamblea legislativa:

Hoy, 1° de mayo de 1958, el gobierno de la Nación, en nombre del pueblo de la patria, baja el telón sobre cuanto ha ocurrido hasta este preciso instante. Cerramos esta etapa para poder dar, entre todos, un gran paso adelante. [A lo que inmediatamente agregó]

³⁹ “Se inicia la lucha interna en el oficialismo. Liceaga contra Frigerio por el petróleo”, en *Qué*, núm. 184, 3 de junio de 1958, p. 4. La revista calificaba de “extremista” al primero. En el número siguiente, 185 del 10 de junio de 1958, en la nota de homenaje al general Juan José Valle (p. 9): “El mejor homenaje al general Valle en el aniversario de su rebelión es trabajar por la unidad de los argentinos”. La nota culminaba con la categórica frase: “Las banderas derrotadas por las armas en 1955 fueron alzadas al tope por el triunfo de la coalición nacional y popular del 23 de febrero”. Un dato interesante es que se pronunciaba contra el “revanchismo” peronista al que llamaba gorilismo.

⁴⁰ Esta ley no incluyó entre sus beneficiarios al ex presidente en el exilio.

Mientras dure nuestro gobierno, en la Argentina nadie será perseguido por sus ideas, ni por su actuación política o gremial, ni habrá otras comisiones investigadoras que aquellas que se propongan estudiar las inmensas posibilidades de progreso espiritual y material de la Nación (López Alonso, 1982: 163-164).

El presidente electo anunciaba una reparación –que lo hechos posteriores demostrarían incierta– a costa de granjearse una ruptura que, a pesar de sus posteriores esfuerzos negociadores, no estaba en condiciones políticas de mantener.

Los números de marzo y abril de *Qué* se hicieron eco de los reclamos de justicia del peronismo y condenaron, una vez más, la desperonización. Jóvenes peronistas en una conferencia de prensa –decía– denunciaron la existencia de casi un centenar de presos, de los cuales la mitad eran civiles. A la semana siguiente, el 11 de marzo, publicaba una lista de sesenta presos; aparte, los cargos por los que habían resultado condenados doce militares a destitución y penas de tres y dos años de reclusión; a continuación, agregaba la lista de otros nueve militares procesados desde el gobierno de Lonardi y de junio de 1956,⁴¹ a lo que luego se agregó una lista de cincuenta y dos detenidos políticos en la cárcel de Olmos. Paralelamente, otras notas daban cuenta de la activación de comandos antiperonistas. La revista denunció una serie de atentados; bajo el título “En 12 días seis atentados terroristas marcaron el resentimiento de la oligarquía”, revelaba el ataque a un diario peronista, un local del Partido Comunista, la casa del ex diputado peronista Alberto Rocamora y una casa donde se reunía el “comando táctico”. Durante el mes de mayo el hostigamiento al peronismo y la acción de los “comandos civiles” continuaron siendo temas centrales de la revista.⁴² Mientras, dirigentes peronistas se manifestaban a favor de la amnistía: “Es un excelente punto de partida –había declarado John William Cooke– pero no puede quedar librada en su aplicación a los mismos jueces que avalaron la persecución durante la Revolución Libertadora”.⁴³

El tema más delicado de la aplicación de Ley de Amnistía afectaba a las fuerzas armadas, como se analizaba en el mismo número de *Qué*, dado que implicaba: 1) reivindicar a los militares de las tres armas leales al gobierno derrocado por la “Revolución Libertadora”, porque sobre ellos –decía– pesaba una situación de injusticia; 2)

⁴¹ *Qué*, números 171 a 176 de marzo y abril de 1958.

⁴² *Qué*, números 182 y 183 del 20 y del 27 de mayo de 1958. “Peronistas denuncian apremios ilegales por parte de la policía” y en el mismo número: “‘Comandos civiles’ secuestran *La fuerza es el derecho de las bestias* (edición clandestina) y logran que los vendedores sean detenidos”. El número siguiente, en título de tapa: “Conspiran, un gorila se confiesa” y en la página 5 se mencionaba un atentado contra la sede del “comando táctico” peronista y un discurso de un dirigente gremial que dijo que “los obreros democráticos, si fuera necesario, volverían a repetir la hazaña heroica de la revolución que liberó a la República, haciendo alusión a contactos con la Marina”.

⁴³ *Qué*, núm. 185, 1º de junio de 1958.

declararlos en situación de disponibilidad hasta que se resolviera su situación de revista, anulando los decretos por los que se declaró su baja o retiro y también a los que fueron separados por discriminación ideológico-política. Más adelante se hacía una serie de consideraciones sobre la situación que se creaba: “también da lugar a la idea de que la reivindicación de los excluidos implica necesariamente la condenación de otros, como contrapartida, junto con toda su actuación como ‘revolucionarios’ y la presunción de que los ‘depuestos’ recuperen la posibilidad de ejercitar facultades disciplinarias y por último el temor de que regrese el presidente depuesto”, concluía conciliadoramente, en que “no tiene mayor sentido hablar de reincorporaciones porque ese será un problema sin solución”, que lo que se imponía era “una verdadera reestructuración de las fuerzas armadas con los elementos profesionalmente más aptos, hoy se hallen en retiro o en actividad”. Por supuesto que se trataba de una propuesta superadora irrealizable que ignoraba los sentimientos en pugna.

Pero la Ley de Amnistía generó resistencias también en otras corporaciones profesionales, como la de los médicos, donde la reincorporación de los cesanteados durante la “Libertadora” dio lugar a una huelga de treinta días que contribuyó a agudizar el clima de malestar cultural y político en el antiperonismo. El Presidente de la Confederación Médica había declarado a la prensa las razones que motivaron la huelga: “Nuestra aversión por la dictadura y por sus voceros” y que “no podemos convivir con esos colegas indignos”.⁴⁴ *Mayoría* se crispaba ante lo que “la prensa comercial presenta como una gesta democrática” cuando, según ellos, de lo que se trataba era “de defender a capa y espada los puestos logrados a costa de las cesantías de los colegas” y también censuraba al ministro de Salud, el médico Héctor Noblía –proveniente de la UCRI– de quien decía “ni se enteró que sus propios funcionarios promovían la huelga”.⁴⁵

El nuevo plan de conciliación encontraba sus límites tempranamente, como denunciaba *Qué* en el mes de julio, a través del siguiente cuadro de situación: “Grupos minoritarios persisten en perturbar: el 6% de la justicia –en referencia a la huelga del personal judicial desatada por el rechazo de los pliegos por parte del Senado de dos de los jueces del gobierno anterior–”, “Rumores de complot”, “Discursos provocativos”, “Operación Warrior”.

La contracara de la Ley de Amnistía, o la concesión simbólica al antiperonismo que trataba de restablecer el precario equilibrio que generó el repudio del peronismo y del director de *Qué* (Raúl Scalabrini Ortiz), fue el decreto presidencial por el cual fueron ascendidos al grado máximo del escalafón el ex presidente, general Pedro Eugenio Aramburu y el ex vicepresidente contralmirante Isaac F. Rojas, cuya concreción tuvo lugar en la sede del Congreso Nacional. Scalabrini, indignado, “degradó” a ambos ex gobernantes desde una violenta nota editorial donde, además, censuró la

⁴⁴ *Qué*, núm. 190, 17 de julio de 1958.

⁴⁵ *Mayoría*, núm. 65, 7 de julio de 1958.

medida presidencial como irritativa, injusta e irrespetuosa con los que habían sufrido vejámenes y los que lloraban a sus muertos. Por otra parte, lo que revelan estas dos revistas, como así también otras fuentes,⁴⁶ es que la Ley de Amnistía en sí no satisfizo al peronismo. *Qué*, por ejemplo, en ese entonces con una postura pro-peronista crítica del gobierno, jugó con el contraste entre lo que había sido el retorno triunfal de los exilados del peronismo en 1955, “con el retorno sigiloso de los militares emigrados de la ‘Revolución Libertadora’”.⁴⁷

La cuestión de la gobernabilidad

Las manifestaciones de malestar creadas por el nuevo intento de conciliación de Frondizi fueron capitalizadas por la oposición política. La UCRP acusó al gobierno de violar el principio democrático –decían– de la inamovilidad de los jueces y la Democracia Cristiana declaró “la arbitrariedad se ensaña con los jueces”. En ese contexto, también se comenzó a gestar el primer ensayo golpista –fue cuando Frondizi pasó por la censura el discurso preparado por el contralmirante Rial en el que pedía su renuncia y suspendió la cena de camaradería de las fuerzas armadas. A todo esto, *Qué* denunciaba a otro marino, el capitán Francisco Manrique, y al dirigente radical unionista Miguel Ángel Zavala Ortiz, que calificó de totalitario al gobierno, sosteniendo: “Los derrotados el 23 están liberados del compromiso que asumieron de respetar aquel pronunciamiento y las autoridades consagradas en la emergencia porque el gobierno se ha apartado de la línea democrática”.⁴⁸

Por otra parte, el antiperonismo también había creado su propia liturgia, y esos rituales –la manifestación y la misa por el aniversario del 16 de junio de 1955, que luego se repitió el 16 de septiembre– fueron las concentraciones elegidas para hacer llamados públicos al golpe de Estado que se repitieron año a año durante el transcurso de la presidencia de Frondizi.

En el balance de los primeros cincuenta días de gobierno, *Mayoría* sostuvo que el mismo tendía a “poner en marcha los motores de la economía nacional convencido que sobre esa línea del desarrollo total del país se vertebrará la integración de todos los sectores del pueblo”. A continuación presentó un esquema de la oposición en dos líneas: El “continuismo” (Balbín-Aramburu) y el “quedantismo” (Rojas-Zavala Ortiz-Santander). A estos últimos los denominaba colonialistas y anglófilos. Un mes más tarde, cuando el conflicto entre laicos y católicos se manifestó violentamente a raíz del debate sobre la educación, se mostraba desencantada con el Presidente, que “capitula con naturalidad ante fuerzas de las que se sabe asediado, calumniado, menospre-

⁴⁶ Véase entre otros Lucero (1959), que argumenta que el reclamo del peronismo era que se revisara lo actuado por la “Revolución Libertadora”.

⁴⁷ *Qué*, núm. 189, 8 de julio de 1958.

⁴⁸ *Qué*, núm. 190, 15 de julio de 1958, p. 5.

ciado y condenado”, mientras páginas más adelante aconsejaba, “Fronzizi debe afirmar su autoridad e imponer la vigencia plena de su programa”.⁴⁹

Ambas revistas condenaron los intentos golpistas que se sucedieron a lo largo de toda la gestión presidencial de Frondizi y fueron muy suspicaces con el papel arbitral que en ellos jugó el ex presidente Aramburu. En el mismo tono, censuraron la renuncia del vicepresidente Alejandro Gómez, a quien desvalorizaron política e intelectualmente. A pesar del enorme desgaste que acusaba el gobierno transcurrido el primer año de gestión, también minimizaron la ruptura de Perón con Frondizi, argumentando que era una interrupción temporal de las negociaciones.

El desarrollo del enfrentamiento peronismo-antiperonismo se hallaba en un punto de ruptura tal que el objetivo de la “integración” resultaba irrealizable o aparecía a los ojos del observador bien intencionado como un exceso de optimismo sobre la racionalidad política de la ciudadanía y sus elites dirigentes. Pero, efectivamente, el enfrentamiento peronismo-antiperonismo estaba allí, en el centro del acontecer político cotidiano y gran parte de las medidas se enfrentaban con estos sentimientos negativos y cerrados prejuicios que imposibilitaron la discusión de las políticas concretas.⁵⁰

Una nueva división maniquea

Los “integracionistas” habían ideado el nuevo esquema de conciliación que intentaba reparar los daños infligidos al peronismo durante la “Libertadora” y conseguir, a cambio, la tolerancia de éste para su emprendimiento de las reformas estructurales —en muchos casos muy costosas porque implicaban recortar fuentes de trabajo en el Estado— que permitieran el desarrollo acelerado de la economía. Como vimos, el primer aspecto era de por sí insostenible frente a una corriente de opinión muy poderosa que no toleraba ningún tipo de conciliación y frente a un peronismo que no podía conformarse con eso y presionaba por el cumplimiento del tan declamado retorno a la legalidad. La Ley de Asociaciones Profesionales, por ejemplo, era una deuda que, con todos sus costos, el Gobierno pagó finalmente. Pero el punto crucial que terminó de complicar las relaciones del gobierno con sus propios aliados y con la oposición, y lo dejó por largo tiempo al borde del abismo, fue el proyecto de desarrollo.

La discusión sobre el desarrollo y el problema económico les había permitido a los antiperonistas *tolerantes* de la revista *Qué* salir airoso del debate peronismo-antiperonismo como “falsa antinomia” y tratar de llevar al electorado una propuesta que los pusiera frente al futuro. Eso fue durante los años de la “Libertadora”, cuando lograron arrastrar consigo a una importante franja de la oposición antiimperialista,

⁴⁹ *Mayoría*, 23 de junio y 21 de julio de 1958.

⁵⁰ Sobre esta forma particular que adquirió la relación oficialismo-oposición en los años de Frondizi, Smulovitz (1988).

excluidos, por supuesto, los radicales del pueblo. Esa era la discusión de fondo, el corazón de su propuesta, lo que consideraban que había que hacer. Con la llegada de Frondizi a la presidencia ese proyecto de desarrollo se expuso a la vista de todos. Pero la propuesta contenía una serie de aristas que herían el sentimiento antiimperialista, contradecían las certezas más profundas de los nacionalistas, de la izquierda y de los radicales, aunque se pretendiera venderlo con argumentos racionales, inteligentes o pragmáticos.⁵¹ Sin embargo, Frigerio, “la eminencia gris” de ese gobierno –como lo denominaban los medios y los que no lo querían bien– convenció a algunos intelectuales nacionalistas y las dos revistas inauguraron, en su cerrada defensa del proyecto desarrollista, una nueva división maniquea: lo nacional *versus* lo antinacional. Esta no alcanzó la fuerza de aquella otra que enfrentaba pueblo-oligarquía, aunque decía contenerla, pero de todos modos se expandió y se proyectó en el tiempo.

Lo nacional se transformó, así, en sinónimo del “bien común”. Según el esquema analítico de los propagandistas del desarrollismo, las características del desarrollo argentino, hasta ayer ligado al proyecto de dominación del imperialismo británico que había diseñado su perfil exportador agrario –visible en el trazado del ferrocarril y en el peso de las importaciones–, habían ido en detrimento de la industria vernácula y de la conformación de un gran mercado interno. Hasta allí, o sea en el diagnóstico, tenía puntos de coincidencia básicos con cualquier postura antiimperialista de entonces. Pero a ello agregaban un ingrediente propio que tenía que ver con lo que definían como la verdadera dependencia, esto es, los altos costos para proveerse de los insumos básicos de toda economía moderna –combustibles, energía, acero– que insumían ingentes sumas de divisas que podían y debían ser reorientadas hacia la economía interna. Por otra parte, el país tenía importantes recursos petroleros, pero no el capital ni la infraestructura para extraerlo; lo mismo ocurría con el carbón, el hierro y los recursos hidroeléctricos. En estos rubros la defensa del “interés nacional” pasaba por atraer inversiones extranjeras que permitieran ponerlos urgentemente en producción. Quienes se oponían a ello, consciente o inconscientemente estaban defendiendo los intereses imperialistas o los de los importadores, en suma, una posición antinacional, contra el país. Este aspecto chocaba con la barrera de las certezas antiimperialistas, que condenaban las inversiones extranjeras como entrega de la soberanía, y volvía a un punto muerto.

En las revistas analizadas pueden verse decenas de notas que recorren estos tópicos. En *Qué*, prácticamente desde 1955 en adelante la idea fuerza que atraviesa todos los problemas es la necesidad del desarrollo industrial. En *Mayoría*, en cambio, mucho más interesada por la política y por los temas clásicos de nacionalismo económico, la preocupación por el desarrollo se hizo mucho más visible desde la llegada de Frondizi a la presidencia, puntualmente desde el 21 de julio de 1958 cuando el titular

⁵¹ En una carta que Raúl Scalabrini Ortiz le envió Rogelio Frigerio le advertía sobre los peligros a que estaba expuesto con su proyecto de contratos petroleros (Montemayor, 1963: 170-174).

de tapa anunció: “Les presentamos al señor Frigerio” y a continuación desarrollaba un largo reportaje. Al parecer, este fue el inicio de una sociedad duradera, porque de allí en más se convirtió en la más consecuente defensora y propagandista de la línea indistintamente llamada integracionista o frigerista dentro del gobierno, que pasaba por esta nueva división maniquea entre lo nacional *versus* lo antinacional. Al final, la división resultó en la identificación del gobierno con el primer término y de la oposición con el segundo. En esta línea, *Mayoría* llegó, incluso, a censurar a sectores del sindicalismo peronista, de lo que siempre se había cuidado. En el caso de la “toma del Frigorífico Lisandro de La Torre”, en el verano de 1959, denunció la presencia de agitadores trotskistas, pero fueron los apoyos de la oposición que recibieron los trabajadores en lucha los que condujeron a juzgar como reaccionario el movimiento y proponer que la única alternativa era la vigencia de la ley. Más tarde, cuando los costos del conflicto parecieron demasiado altos, recomendó al Presidente que dialogara con el sindicalismo peronista.

Conclusiones

Con el triunfo de la “Revolución Libertadora” en septiembre de 1955, el antiperonismo, hasta entonces unido y solidario frente al enemigo peronista, recobró la libertad y, más aún, la exclusividad del espacio político. Como no podía ser de otra manera, con esa victoria también recuperaron vitalidad sus diferencias ideológicas y políticas, sus viejos enconos y sus disputas por el poder. La lucha entablada entre las distintas tendencias antiperonistas y con el peronismo, al que excluyó de la legalidad, tornaría cada vez más difícil hallar una fórmula de gobernabilidad.

Los antiperonistas *radicalizados*, representados por los partidos minoritarios formados en los principios liberales y democráticos e influenciados por las luchas del antifascismo —en las que creyeron verse reflejados—, y los *optimistas*, fieles a la tradición popular y democrática del radicalismo, coincidieron en la posición de que después de la “Revolución Libertadora” había vencedores y vencidos, era el triunfo de la libertad y la democracia sobre la dictadura. De ahí que concibieran que el gobierno surgido de la “Revolución”, en tanto vencedor, debía proscribir al peronismo por totalitario e introducir las reformas necesarias al régimen político para crear las condiciones que garantizaran la vigencia efectiva de la democracia pluralista. Mientras los antiperonistas *tolerantes* privilegiaron la idea de un gobierno de unidad, ignoraron la importancia del régimen político, oponiéndose a las reformas que, con desdén, algunas de las agrupaciones calificaron de “democracia formal” y apostaron a la conciliación política con el peronismo y a la transformación de la economía y de la sociedad como camino a la democracia social. Estos debates se desarrollaron hasta la salida electoral de febrero de 1958, cuando las vertientes del antiperonismo *radicalizado* y *optimista* fueron derrotadas electoralmente por el candidato de la UCRI, Arturo Frondizi, que representaba las posiciones del antiperonismo *tolerante* y había logrado el voto peronista.

Los primeros años de la gestión presidencial de Arturo Frondizi introdujeron un nuevo ingrediente a las luchas ideológicas y políticas de los antiperonistas, entre sí y con el peronismo: el desmembramiento de la alianza que le había permitido ganar la elección e intentar poner en marcha su proyecto político.

Las dos revistas que hemos analizado se inscriben claramente dentro de esta vertiente que hemos denominado antiperonismo *tolerante*. Habían constituido expresiones exitosas de la oposición al gobierno del general Aramburu, practicando una defensa del peronismo desde fuera del mismo y un abierto rechazo a las propuestas de los partidos liberal-democráticos. *Mayoría* lo hizo desde una explícita adscripción al pensamiento nacionalista. *Qué*, en cambio, constituyéndose en un ámbito de debate que involucraba, prácticamente, a todo el arco del espectro ideológico. Terminó, así, captando al Presidente del Comité Nacional del radicalismo y se orientó a una crítica global del antiperonismo y su gobierno, lanzando a su propio director, Rogelio Frigerio, al primer plano de la política nacional.

Con el triunfo electoral de Frondizi, otra vez las dos reivindicaron la hipótesis del “frente del 23 de febrero”, en detrimento de la victoria de su partido, con la que la UCRI en algún momento soñó. En ese sentido, se pronunciaron como antirradicales, porque en su consideración de la coyuntura política todo gobierno partidista atentaba contra la unidad y la captación del movimiento obrero peronista, llamada integración. Esto les valió el juicio de totalitarias o fascistas con que fueron calificadas por la mayor parte del antiperonismo liberal-democrático, del que, por otra parte, fueron sus más implacables detractoras.

Más allá de otra consideración, el atractivo de *Qué* y *Mayoría* radica en que ambas fueron eficientes vehículos en el proceso de reconsideración del peronismo por parte de los sectores medios de la Argentina de entonces, un aspecto que por su relevancia merecería nuevas lecturas desde distintos ángulos.

BIBLIOGRAFÍA

ACUÑA, Marcelo Luis

(1984) *De Frondizi a Alfonsín: la tradición política del radicalismo*, CEAL, Buenos Aires, 2 vols.

AELO, Oscar

(2002) “Elites políticas en la provincia de Buenos Aires: peronistas y radicales en las elecciones de 1948”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 13, núm. 2, julio-diciembre.

(2004) “Apogeo y ocaso de un equipo dirigente: el peronismo en la provincia de Buenos Aires”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 173, IDES, Buenos Aires, pp. 85-107.

AELO, Oscar y QUIROGA, Nicolás

(2006) “Modelos en conflicto. El Partido Peronista en la provincia de Buenos Aires, 1947-1955”, en *Estudios Sociales*, Año XVI, núm. 30, pp. 69-96.

ALONSO, Paula

(1997) “En la primavera de la historia: el discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, núm. 15, primer semestre, pp. 35-70.

–compiladora– (2004) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, FCE, Buenos Aires.

ALTAMIRANO, Carlos

(1998) *Los nombres del poder. Arturo Frondizi*, FCE, Buenos Aires.

(2002) *Bajo el signo de las masas, 1943-1973*, Planeta, Buenos Aires.

AMERICAN SOCIETY OF NEWSPAPER EDITORS

(1936) *Editor & Publisher. The Fourth Estate. International Yearbook Number for 1936*, 69:4, jan. 25.

(1946) *Editor & Publisher. The Fourth Estate. International Yearbook Number for 1946*, 79:5, jan. 31.

ARNAUDO, Florencio

(1996) *El año que quemaron las iglesias*, Pleamar, Buenos Aires.

BABINI, Nicolás

(1984) *Frondizi. De la oposición al gobierno*, Celtia, Buenos Aires.

BAILY, Samuel

(1984) *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires.

BARBERO, María Inés y DEVOTO, Fernando

(1983) *Los Nacionalistas*, CEAL, Buenos Aires.

BARRIENTOS, José P. y PÉREZ, Daniel

(1975) *Historia del periodismo en Tandil*, Grafitan, Tandil.

BELTRÁN, Oscar Rafael

(1943) *Historia del Periodismo Argentino. Pensamiento y obra de los forjadores de la patria*, Sopena, Buenos Aires.

- BENJAMIN, Walter
(1980) "París, capital del siglo XIX", en *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 2da. edición, pp. 171-190.
- BERAZA, Luis Fernando
(2005) *Los nacionalistas: la trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*, Puerto de Palos, Buenos Aires.
- BIANCHI, Susana
(2001) *Catolicismo y Peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955*, Prometeo, Buenos Aires.
- BILL, Damián
(2004) "El proceso de trabajo en la industria gráfica en Buenos Aires. Una aproximación histórica (1870-1920)", en *XIX Jornadas de Historia Económica*, UNComahue-AUSMA.
- BLANCHARD, Margaret A.
(1986) *Exporting the First Amendment: The Press-Government Crusade of 1945-1952*, Longman Series in Public Communication, New York.
- BOCANEGRA BARBECHO, Lidia
(2006) *El fin de la Guerra Civil española y el exilio republicano: visiones y prácticas de la sociedad argentina a través de la prensa. El caso de Mar del Plata, 1939*, Tesis de doctorado, Universitat de Lleida, Lleida.
- BORRAT, Héctor
(1989) *El periódico, actor político*, Gustavo Gilli, Barcelona.
- BOTANA, Natalio
(1994) *El orden conservador*, Sudamericana, Buenos Aires, 4ta edición.
- BOURDIEU, Pierre
(1982) "Dévoiler les ressorts du pouvoir. Le fétichisme politique", en *Libération*, 19 octubre.
(1988) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
(1990) *Sociología y cultura*, Grijalbo, México.
(1994) "L'Emprise du journalisme", en *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, núm. 101-102, mars, pp. 3-9.
- BRUSCHI, Valeria y GALLO, Paola
(2002) *Iglesia, Estado y sociedad civil durante los gobiernos peronistas. Tandil, 1945-1955*, Tesis de Licenciatura, FCH-UNICen, Tandil.
(2006) "La Revista y la búsqueda de la hegemonía católica en Tandil durante los gobiernos peronistas, 1945-1955", en *Jornadas sobre la política en Buenos Aires. Siglo XX*, CEHP, Universidad de San Martín, Buenos Aires.
- BUCHKRUKER, Cristián
(1988) *Nacionalismo y Peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- CANE, James A.
(2000) *Shattering the Ink Mirror: State, Ideology and the Transformation of the Press in Peronist Argentina, 1943-1951*, Tesis de doctorado, University of California, Berkeley.
- CAREY, James
(1981 [1977]) "La investigación sobre la comunicación de masas y los estudios culturales: una visión norteamericana", en CURRAN, James, GUREVITCH, Michael y

- WOOLLACOTT, Janet –compiladores– *Sociedad y comunicación de masas*, FCE, México, pp. 461-479.
- CENTRO PRO-UNIDAD, redenidoado “Conjunción Revolucionaria”
(1947) Acta núm. 7, ca. junio.
- CHARAUDEAU, Patrick
(2003) *El discurso de la información. La construcción del espejo social*, Gedisa, Barcelona.
- CIMAZO, Jacinto y GRUNFELD, José
(1981) *Luis Danussi en el movimiento social y obrero argentino*, Reconstruir, Buenos Aires.
- CINCUENTA Y TRES PERIODISTAS ARGENTINOS
(1951) *Libro azul y blanco de la prensa argentina*, ONPA, Buenos Aires.
- CIRIA, Alberto
(1983) *Política y cultura popular: la Argentina peronista, 1946-1955*, de la Flor, Buenos Aires.
- COLE, Richard R. –editor–
(1996) *Communication in Latin America: Journalism, Mass Media, and Society*, Scholarly Resources, Wilimington, DE.
- CONFALONERI, Orestes
(1956) *Perón contra Perón*, Antygua, Buenos Aires.
- CORBIÈRE, Emilio
(1986) *Los gráficos. Vanguardia del movimiento obrero argentino*, Sindicato Gráfico Argentino, Buenos Aires.
- CURRAN, James
(1981 [1977]) “Capitalismo y control de la prensa (1800-1975)”, en CURRAN, James, GUREVITCH, Michael y WOOLLACOTT, Janet –compiladores– *Sociedad y comunicación de masas*, FCE, México, pp. 222-261.
- DA ORDEN, María Liliana
(1991) “Los socialistas en el poder. Higienismo, consumo y cultura popular: continuidad y cambio en las Intendencias de Mar del Plata, 1920-1929”, en *Anuario IHES*, núm. 6, Tandil, pp. 267-282.
(1994) “¿Prácticas tradicionales en un partido moderno? Socialismo y poder local, Mar del Plata 1916-1930”, en DEVOTO, Fernando y FERRARI, Marcela –compiladores– *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Biblos, Buenos Aires.
(2006) “Socialismo y peronismo en la provincia de Buenos Aires: discurso y práctica legislativa durante el gobierno de Mercante, 1948-1952.”, en MELON PIRRO, Julio C. y QUIROGA, Nicolás –compiladores– *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata.
- DA ORDEN, María Liliana y PASTORIZA, Elisa
(1991) “La formación de una ciudad moderna. Grupos sociales y ámbitos culturales”, en *VVAA Mar del Plata, una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, pp. 165-207.

- DELPORTE, Christian
(1995) “Les journalistes dans l’entre-deux-guerres. Une identité en crise”, en *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, Vol. 47, núm. 47, pp. 158-175.
- DEVOTO, Fernando J.
(2002) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- DE TOCQUEVILLE, Alexis
(1984) *La democracia en América*, Sarpe, Madrid, T. II.
- DEL MAZO, Gabriel
(1957) *El radicalismo. El Movimiento de Intransigencia y Renovación*, Gure, Buenos Aires.
- DI TELLA, Torcuato
(2003) *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Ariel, Buenos Aires.
- DOYON, Louise
(1988 [1977]) “Conflictos obreros durante el régimen peronista, 1946-1955”, en TORRE, Juan Carlos –compilador– *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa, Buenos Aires, pp. 223-263.
- DUNCAN, Tim
(1980) “La Prensa Política: ‘Sud-America’, 1884-1891”, en FERRARI, Gustavo y GALLO, Ezequiel –compiladores– *La Argentina del 80 al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires.
- EUJANIAN, Alejandro
(1999) *Historia de revistas argentinas, 1900-1950. La conquista del público*, Asociación Argentina de Editores de Revistas, Buenos Aires.
- FAGNANI, Victorio
(1955) “Evocación del periodismo del solar”, en *La Capital. Bodas de Oro*, Mar del Plata, 25 de mayo, pp. 11-12 y 227.
- FAO
(1948) “Informe de productos. Pasta de papel” [en línea], en *Unasylyva. Revista internacional de silvicultura y productos forestales*, Vol. 2, núm. 5, septiembre-octubre, <http://www.fao.org/docrep/x5346s/x5346s00.htm>. [consulta: 30 de noviembre de 2006].
(1950) “La riqueza forestal del porvenir” [en línea], en *Unasylyva. Revista internacional de silvicultura y productos forestales*, Vol. 4, núm. 2, abril-junio, <http://www.fao.org/docrep/x5352s/x5352s00.htm>. [consulta: 30 de noviembre de 2006].
- FERNÁNDEZ, Juan Rómulo
(1943) *Historia del periodismo argentino. Primero premio del concurso organizado por el Círculo de la Prensa*, Perlado, Buenos Aires.
- FERRY, Jean Marc y WOLTON, Dominique *et ál*
(1989) *El nuevo espacio público*, Gedisa, España.
- FONTCUBERTA, Mar de y BORRAT, Héctor
(2006) *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*, La Crujía, Buenos Aires.
- FRAGA, Rosendo y PANDOLFI, Rodolfo
(2005) *Aramburu. La biografía*, Vergara, Buenos Aires.

- GALASSO, Norberto
(1997) *Jauretche, biografía de un argentino*, Homo Sapiens, Rosario.
- GALLO, Ricardo
(1983) *1956-1958. Balbín, Frondizi y la división del radicalismo*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.
- GALVÁN MORENO, Celestino
(1944) *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Claridad, Buenos Aires.
- GAMBINI, Hugo
(1987) *La primera presidencia de Perón*, CEAL, Buenos Aires.
(1999) *Historia del peronismo. El poder total (1943-1951)*, Planeta, Buenos Aires.
- GARCÍA, Delia
(2006) “FORJA en la conformación del peronismo”, en MELON PIRRO, Julio y QUIROGA, Nicolás –compiladores– *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata, pp. 43-68.
- GARCÍA SEBASTIANI, Marcela
(2002) “El Partido Socialista en la Argentina peronista: oposición y crisis de representación política (1946-1951)”, en *EIAL Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 13, núm. 12, julio-diciembre.
(2005) *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Prometeo, Buenos Aires.
- GARDNER, Mary A.
(1967) *The Inter American Press Association: Its ûght for freedom of the press, 1926-1960*, University of Texas Press, Austin, TX.
- GAYOL, Sandra, MELON, Julio y ROIG, Mabel
(1988) “Peronismo en Tandil: ¿perpetuación conservadora, desprendimiento radical o génesis sindical?, 1943-1948”, en *Anuario del IEHS*, núm. 3, Tandil, pp. 313-343.
- GENÉ, Marcela
(2005) *Un mundo feliz: imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*, Universidad de San Andrés-FCE, Buenos Aires.
- GERCHUNOFF, Pablo y ANTÚNEZ, Damián
(2002) “De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo”, en TORRE, Juan Carlos –director– *Los años peronistas (1943-1955)*, Tomo VIII de SURIANO, Juan –director– *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 125-201.
- GETINO, Octavio
(1995) *Las industrias culturales en la argentina. Dimensión económica y políticas públicas*, Colihue, Buenos Aires.
- GIRBAL-BLACHA, Noemí y QUATROCCHI-WOISSON, Diana –directoras–
(1999) *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.
- GIUNTA, Andrea
(1999) “Las batallas de la vanguardia entre el peronismo y el desarrollismo”, en BURUCÚA, José –director– *Arte, sociedad y política*, Tomo VI de SURIANO, Juan –director– *Nueva Historia Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 57-69.

- GÓMEZ, Alejandro
(1963) *Política de entrega*, Peña Lillo, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ CRESPO, Jorge
(1993) *Memorias del almirante Isaac F. Rojas*, Planeta, Buenos Aires.
- GUINDI, Leticia
(2003) “La huelga de los trabajadores gráficos en 1949. Análisis particular de un conflicto gremial durante el peronismo”, en *IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Córdoba.
- GUTIÉRREZ, Leandro H. y ROMERO, Luis Alberto
(1995) *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires.
- HABERMAS, Jürgen
(1981) *Historia y crítica de la opinión pública*, Serie MassMedia, Gustavo Gili, Barcelona, 2da. edición.
- HALPERIN DONGHI, Tulio
(1964) *Argentina en el callejón*, Arca, Montevideo.
(1983) *La democracia de masas*, Paidós, Buenos Aires.
(1985) *José Hernández y sus mundos*, Sudamericana, Buenos Aires.
- HERNÁNDEZ, Pablo J.
(1978) *Conversaciones con José María Rosa*, Colihue/Hachette, Buenos Aires.
- HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan J.
(1960) *La formación de la conciencia nacional*, Plus Ultra, Buenos Aires.
- HERRERA, Carlos
(2005) “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo”, en CAMARERO, Hernán y HERRERA, Carlos –editores– *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires, pp. 343-366.
- HNATIUK, Rolando
(1996) “La huelga contra Evita (1948-1949)”, en *Relatos Históricos del Peronismo* [en línea] <http://www.relatosdelperonismo.com.ar/huelgaev.htm>. [consulta: 4 de noviembre de 2006].
- IMIZCOZ, Carlos
(1980) *Las luchas y experiencias unitarias del Gremio Bancario*, Centro de Estudios Instituto Verificador de Circulaciones, Buenos Aires.
- ISCARO, Rubén
(1958) *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Buenos Aires.
- JAMES, Daniel
(1990 [1988]) *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires.
- LACOSTE, Pablo
(1993) *El socialismo en Mendoza y en la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, 2 vols.
- LAÍÑO, Félix H.
(1986) *Secretos del periodismo. Un gran diario visto por dentro*, Plus Ultra, Buenos Aires.
- LASSWELL, Harold D.
(1948) “The structure and function of communication in society” en BRYSON, L. –editor– *The communication of ideas*, Harper, Nueva York, pp. 37-51.

- LAZARSFELD, Paul F. y MERTON, Robert K.
 (1977 [1964]) “Comunicación de masas, gusto popular y acción social organizada” [en línea], en MURARO, Heriberto –compilador– *La comunicación de masas*, CEAL, Buenos Aires, <http://www.nombrefalso.com.ar/apunte.php?id=25>. [consulta: 11 de noviembre de 2006].
- LETTIERI, Alberto
 (1998) *La república de la opinión: política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*, Biblos, Buenos Aires.
 (2002) “La libertad de prensa en tiempos del peronismo clásico. El discurso doctrinario de Perón de 1951”, en *De la crisis de legitimidad a la legitimidad en crisis*, Ficha de la Cátedra de Historia de los Sistemas Políticos, OPFyL-FFyL-UBA.
- LITTLE, Walter
 (1973) “Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955”, en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 53, núm. 4, november, pp. 644-662.
 (1979) “La organización obrera peronista y el Estado peronista, 1943-1955”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 9, núm. 75, pp. 331-375.
- LÓPEZ ALONSO, Gerardo
 (1982) *1930-1980. Cincuenta años de Historia Argentina. Una cronología básica*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.
- LUCERO, Franklin
 (1959) *El precio de la lealtad*, Propulsión, Buenos Aires.
- LUNA, Félix
 (1963) *Diálogos con Frondizi*, Desarrollo, Buenos Aires.
 (1973) *Argentina. De Perón a Lanusse*, Sudamericana, Buenos Aires.
 (1984) *Perón y su tiempo. La Argentina era una Fiesta 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires.
 (1995) *El 45. Crónica de un año decisivo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- LLULL, Laura
 (2005) *Prensa y política en Bahía Blanca. La Nueva Provincia en las presidencias radicales, 1916-1930*, Universidad Nacional del Sur-Ediums, Bahía Blanca.
- MACKINNON, Moira
 (2002) *Los años formativos del partido Peronista (1946-1950)*, Instituto Di Tella-Siglo XXI, Buenos Aires.
- MACOR, Darío e IGLESIAS, Eduardo
 (1997) *El peronismo antes del peronismo. Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafecino*, Centro de Publicaciones, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- MACOR, Darío y TCACH, César –editores–
 (2003) *La invención del peronismo en el interior del país*, UNL, Santa Fe.
- MAZZEI, Daniel H.
 (1994) “Periodismo y política en los años ‘60: Primera Plana y el golpe militar de 1966”, en *Entrepasados*, Año IV, núm. 7, Buenos Aires.

MELON PIRRO, Julio C.

(1997) “La prensa de oposición en la argentina post-peronista”, en *EIAL (Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe)*, Vol. 13, núm. 2, Tel Aviv, pp. 115-137.

(2002) “La prensa nacionalista y el peronismo, 1955-1958”, en BIANCHI, Susana y SPINELLI, María Estela –compiladoras– *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina Contemporánea*, Instituto de Estudios Histórico Sociales, Tandil.

(2005a) “Lo que se dice de lo que es. Reflexiones públicas sobre el peronismo después de 1955”, en *Prohistoria*, Año IX, núm. 9, Rosario.

(2005b) *El peronismo después del peronismo. Entre la política de resistencia y la resistencia de la política, 1955-1960*, Tesis doctoral, UNICen, Tandil.

MELON PIRRO, Julio C. y QUIROGA, Nicolás –compiladores–

(2006) *El peronismo bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata.

MERCANTE, Domingo Alfredo

(1995) *Mercante: El corazón de Perón*, de la Flor, Buenos Aires.

MOCHKOFISKY, Graciela

(2003) *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, Sudamericana, Buenos Aires.

MONTEMAYOR, Mariano

(1956) *Las dos revoluciones del 16 de setiembre*, Cuadernos de “Azul y Blanco”, Buenos Aires.

(1963) *Claves para entender a un gobierno*, Concordia, Buenos Aires.

MONZÓN, Carlos

(1987) *La opinión pública: Teorías, conceptos y métodos*, Tecnos, Madrid.

NAVARRO GERASSI, Marysa

(1968) *Los nacionalistas*, Jorge Álvarez, Buenos Aires.

NERONE, John

(1994) *Violence against the Press: Policing the Public Sphere in U.S. History*, Oxford University Press, New York.

ODENA, Isidro

(1984 [1967]) *Libertadores y desarrollistas. 1955-1962*, Colecc. Memorial de la Patria, La Bastilla, Buenos Aires.

O'DONNELL, Guillermo Arturo

(1972) “Un ‘juego’ imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos de Argentina, 1955 y 1966”, en *Modernización y autoritarismo*, Paidós, Buenos Aires.

ORSI, René

(1985) *Jauretche y Scalabrini Ortiz*, Peña Lillo, Buenos Aires.

PAGE, Joseph A.

(2005 [1983]) *Perón. Una biografía*, Peña Lillo, Buenos Aires.

PALAZZOLO, Octavio –editor–

(1949) *Diez años de organización sindical*, Federación Argentina de Periodistas, Buenos Aires.

- PANELLA, Claudio
 –editor– (2001) *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto y expropiación*, UNL-Facultad de Periodismo y Comunicación Social, La Plata.
 (2004) “La Vanguardia y el surgimiento del peronismo (1943-1945)”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina “Dr. Ricardo Levene”*, núm. 4, La Plata, pp. 143-159.
 –compilador– (2005) *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Instituto Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.
- PASOLINI, Ricardo
 (1997) “Entre la evasión y el humanismo. Lecturas, lectores y cultura de los sectores populares. La Biblioteca Juan B. Justo de Tandil, 1928-1945”, en *Anuario del IEHS*, núm. 12, Tandil, pp. 373-401.
 (2006) *La utopía de Prometeo. Juan Antonio Salceda, del antifascismo al comunismo*, UNICen, Tandil.
- PASTORIZA, Elisa
 (1993) *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas del peronismo*, CEAL, Buenos Aires.
- PERINA, Emilio
 (1960) *Detrás de la crisis*, Periplo, Buenos Aires.
- PERÓN, Juan Domingo
 (1949) “La realidad del panorama Nacional. Conceptos del Presidente de la Nación pronunciados ante representantes de los gremios obreros, 24 de febrero de 1949”, Subsecretaría de Informaciones de la Nación, Buenos Aires.
- PERREN, Jorge
 (1997) *Puerto Belgrano y la Revolución Libertadora*, Solaris, Buenos Aires.
- PERSELLO, Virginia
 (2004) *El partido radical, Siglo XXI*, Buenos Aires.
- PLOTKIN, Mariano
 (1993) *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires.
- POTASH, Robert
 (1981a) *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Sudamericana, Buenos Aires.
 (1981b) *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires.
- PRESIDENCIA DE LA NACIÓN
 (1958) *Memoria del Gobierno Provisional de la Revolución Libertadora, 1955-1958*, Presidencia de la Nación, Servicio de Publicaciones.
- PRIETO, Ramón
 (1963) *El pacto. Ocho años de política argentina*, En marcha, Buenos Aires.
 (1973) *De Perón a Perón, 1955-1973*, Macacha Güemes, Buenos Aires.
- PRISLEY, Leticia –compiladora–
 (2001) *Pasiones sureñas. Prensa, cultura y política en la frontera norpatagónica (1884-1946)*, Prometeo-Entrepasados, Buenos Aires.

PROL, Mercedes

(2001) "El proceso de constitución de las dirigencias partidarias peronistas, agencias estatales afines y el Partido Peronista: el Estado Nacional y la provincia de Santa Fe 1943-1950", en *História Unisinos*, núm. 4, pp. 175-204.

PUIGGRÓS, Rodolfo

(1956) *Historia crítica de los partidos políticos*, Argumentos, Buenos Aires.

QUIROGA, Nicolás

(2003) "Lectura y Política. Los lectores de la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los años treinta y principios de los cuarenta)", en *Anuario del IEHS*, núm. 18, Tandil, pp. 449-474.

(2004) "El partido peronista en Mar del Plata: articulación horizontal y articulación vertical, 1945-1955", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, núm. 26, segundo semestre, pp. 75-110.

RANALLETI, Mario

(1999) "De Frente (1953-1956) Una voz democrática y antiimperialista en la crisis final del primer peronismo", en GIRBAL-BLACHA, Noemí y QUATROCCHI-WOISSON, Diana *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

REAL, Juan José

(1962) *Treinta años de Historia Argentina*, Actualidad, Buenos Aires.

REIN, Raanan

(1998) *Peronismo, populismo y política*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.

(2006) *Juan Atilio Bramuglia: bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere-Universidad de Tel Aviv, Buenos Aires.

RÍOS, Ernesto

(2005) "Los méritos y el fracaso de FORJA", en *Escenarios para un nuevo contrato social*, núm. 11, diciembre, Buenos Aires.

RIVADENEIRA, Raúl

(1995) *La opinión pública. Análisis, estructura y métodos para su estudio*, Trillas, México.

ROCK, David

(1993) *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*, Ariel, Buenos Aires.

ROJAS PAZ, Pablo

(1946) "La prensa argentina", en CIMORRA, Clemente –editor– *Historia del periodismo*, Atlántida, Buenos Aires, pp. 219-270.

ROMERO, José Luis

(1956) *Las ideas políticas en Argentina*, FCE, Buenos Aires.

ROMERO, Luis Alberto

(1994) *Breve historia contemporánea de la Argentina*, FCE, Buenos Aires.

(2003) *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*, Siglo XXI, Buenos Aires.

ROUQUIÉ, Alain

(1990) *Autoritarismo y Democracia. Estudios de Política Argentina*, Edicial, Buenos Aires.

(1967) *Radicales y desarrollistas*, Schapire, Buenos Aires.

- SÁBATO, Hilda
(1998) *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Sudamericana, Buenos Aires.
- SAÍTTA, Silvia
(1998) *Regueros de tinta. El diario CRÍTICA en la década de 1920*, Sudamericana, Buenos Aires.
- SÁNCHEZ SORONDO, Marcelo
(1945) *La Revolución que anunciamos*, Nueva Política, Buenos Aires.
(2001) *Memorias. Conversaciones con Carlos Paya*, Sudamericana, Buenos Aires.
- SCENNA, Miguel Ángel
(1983) *FORJA, una aventura argentina*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires.
- SENÉN GONZÁLEZ, Santiago y WELP, Yanina
(1998) “Crítica. Un hito en el periodismo argentino”, en *Todo es Historia*, núm. 375, pp. 36-54.
- SIDICARO, Ricardo
(1993) *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Sudamericana, Buenos Aires.
- SIGAL, Silvia
(1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Puntosur, Buenos Aires.
- SIRVÉN, Pablo
(1984) *Perón y los medios de comunicación (1943-1955)*, CEAL, Buenos Aires.
- SMULOVITZ, Catalina
(1988) *Oposición y gobierno: los años de Frondizi*, CEAL, Buenos Aires.
- SPINELLI, María Estela
(1995) “La Biblia de la política. La Revista *Qué sucedió en 7 días* y el frondizismo 1955-1958”, en *Historias de Revistas Argentinas*, Asociación de Editores de Revistas, Buenos Aires.
(2005) *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Biblos, Buenos Aires.
- SUBSECRETARÍA DE INFORMACIONES Y PRENSA. DIRECCIÓN GENERAL DE PRENSA
(1944) *Estatuto del periodista*, Imprenta del Congreso Nacional, Buenos Aires.
- SZUSTERMAN, Celia
(1998) *Frondizi. La política del desconcierto*, Emecé, Buenos Aires.
- TÁLICE, Roberto A.
(1977) *100.000 ejemplares por hora. Memorias de un redactor de Crítica. El diario de Botana*, Corregidor, Buenos Aires.
- TARDE, Gabriel
(1898) “Le public et la foule” en *La Revue de Paris*, 1er. et 15 août, pp. 207-306.
- TARONCHER, Miguel
(2004) *Periodistas y prensa semanal en el golpe de Estado del 28 de junio de 1966: la caída de Illia y la Revolución Argentina*, Universidad de Valencia, Servei de Publicacions, Valencia, España.

- TATO, María Inés
(2004) *Viento de Fronda, liberalismo, conservadurismo y democracia, 1911- 1933*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- TERÁN, Oscar
(1986) *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires.
- TORRE, Juan Carlos –compilador–
(1988) *La formación del sindicalismo peronista*, Legasa, Buenos Aires.
- TORTORELLI, Lucas
(1943) *Los bosques argentinos en la industria del papel de diarios*, Instituto de Frutivicultura y Silvicultura, UBA, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Buenos Aires.
- TRONCOSO, Oscar
(1957) *Los nacionalistas argentinos. Antecedentes y Trayectoria*, SAGA, Buenos Aires.
- ULANOVSKI, Carlos
(1997) *Paren las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Espasa, Buenos Aires.
- VERÓN, Eliseo
(1971) “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”, en *VVAA Lenguaje y comunicación social*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 133-187.
- VICEPRESIDENCIA DE LA NACIÓN
(1958) *Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda tiranía*, Tomo II, Buenos Aires.
- WAISBORD, Silvio
(2000) *Watchdog Journalism in South America: News, Accountability, and Democracy*, Columbia University Press, New York.
- WALDMAN, Peter
(1981) *El Peronismo, 1943-55*, Sudamericana, Buenos Aires.
- WALSH, Rodolfo
(1957) *Operación Masacre*, Sigla, Buenos Aires.
- WALTER, Richard
(1977) *The Socialist Party of Argentina (1890-1930)*, University of Texas Press, Austin.
- WILKINSON, Glenn R.
(1994) “At the Coal-Face of History: Personal Reflections on Using Newspapers as a Source”, en HARRIS, Michael y O’MALLEY, Tom *Studies in Newspaper and Periodical History*, Annual, Greenwood Press.
- WILLIAMS, Raymond
(1996) *Marxismo y Literatura*, Península, Barcelona.
- ZANATTA, Loris
(1999) *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Sudamericana, Buenos Aires.
- ZIMMERMANN, Eduardo
(1988) “La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano”, en *Estudios Sociales*, Año 8, núm. 15.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique
(1975) *El nacionalismo argentino*, La Bastilla, Buenos Aires.

María Liliana Da Orden es Doctora en Historia y codirige el grupo de investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna” del Centro de Estudios Históricos de la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP). Es autora del libro *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata* (Biblos, Buenos Aires, 2005). Ha publicado en revistas especializadas del país y del exterior. Contribuyó en diversas compilaciones como *El Peronismo Bonaerense* de Julio Melon y Nicolás Quiroga, *La construcción de las Democracias Rioplatenses* de Fernando Devoto y Marcela Ferrari y *Los españoles en la Argentina* de Alejandro Fernández y José C. Moya, entre otras. Participó como investigadora invitada en el dictado de cursos en la Universidad de Oviedo y en la Universidad de Santiago de Compostela. Es Profesora del Departamento de Historia de la UNMDP en el área de Historia Argentina. Forma parte del Comité Académico del Doctorado Interuniversitario en Historia de la misma Universidad.
mldaor@mdp.edu.ar

Julio César Melon Pirro es Magíster en Historia por la UNMDP y Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN). Se desempeña como Profesor de Historia Contemporánea en dichas universidades. Ha realizado investigaciones sobre historia política argentina, referidas principalmente a la reforma Sáenz Peña, a las elecciones en la provincia de Buenos Aires durante los años 1930s. y al peronismo. Ha publicado numerosos trabajos sobre historia contemporánea y ha sido coordinador y coautor de manuales de enseñanza media. Es integrante del Comité Editorial del Anuario del IEHS y miembro de dicho instituto. Actualmente dirige el grupo de investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna” en la UNMDP y la Maestría en Historia de la Facultad de Humanidades de la misma Universidad.
jcmelon@mdp.edu.ar

James Cane es Doctor en Historia por la University of California-Berkeley; realizó su tesis bajo la dirección de Tulio Halperin Donghi. Es autor de “‘Unity for the Defense of Culture’: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Anti-Fascism, 1935-1943” publicado en la *Hispanic American Historical Review* y del libro *The Fourth Enemy: Journalism & Power in the Making of Peronist Argentina, 1930-1955* (Penn State University Press, en prensa). Actualmente enseña en el Departamento de Historia de la University of Oklahoma, donde dicta clases de historia latinoamericana.
james.cane@gmail.com

Delia María García es Licenciada en Historia por la UNMDP e integra el grupo de investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna” de la misma Universidad. Ha publicado parte de sus investigaciones sobre el forjismo

en las compilaciones *El peronismo bonaerense*, *FORJA*, 70 años de pensamiento nacional (volúmenes I a III) y en la revista *Voces recobradas* del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

deliamarag@infovia.com.ar

Gustavo Nicolás Contreras es Profesor en Historia por la UNMDP y miembro del grupo de investigación “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna”. Desde hace varios años estudia los conflictos sindicales ocurridos durante el peronismo (1946-1955). Ha sido beneficiario de becas de investigación de dicha Universidad y actualmente es becario doctoral del CONICET. Ha publicado parte de su trabajo en actas de congresos y revistas especializadas.

gustavo@hotmai.com

Nicolás Quiroga es Profesor en Historia de la UNMDP. Investiga sobre el peronismo en la provincia de Buenos Aires. Ha escrito en distintas revistas académicas como *Anuario IEHS*, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, *Estudios Ibero-Americanos*, entre otras. También fue co-editor y coautor del libro *El peronismo bonaerense (1946-1955)*.

nfquirog@mdp.edu.ar

Valeria Bruschi es Licenciada en Historia y becaria de doctorado de la Agencia Nacional para la Promoción Científica y Tecnológica en el marco del PICT número 12615 del grupo “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna”. Además, es integrante del Instituto de Estudios Histórico Sociales (IEHS, Facultad de Ciencias Humanas-UNICEN). Publicó con Paola Gallo “Génesis y consolidación del partido peronista en Tandil; 1946- 1955”, en la compilación *El peronismo bonaerense (1946-1955)* de Julio Cesar Melon Pirro y Nicolás Quiroga. Investiga el papel de la Iglesia, del Estado y de la sociedad civil durante el primer peronismo.

valeriabuschi@yahoo.com.ar

Ricardo Pasolini es Doctor en Historia, Investigador Titular del IEHS, Investigador Adjunto del CONICET y profesor en la Facultad de Ciencias Humanas (UNICEN) en el Área de Metodología de la Investigación Histórica. Ha sido en varias oportunidades profesor visitante en el Departamento de Lenguas Aplicadas de la Universidad de París VII y ha publicado artículos en importantes revistas académicas del país y del exterior. Es autor de *La utopía de Prometeo: Juan Antonio Salceda, del antifascismo al comunismo* (2006) y actualmente trabaja en un libro sobre antifascismos comparados: Buenos Aires-París.

pasolini@fch.unicen.edu.ar

Juan Iván Ladeuix es Licenciado en Historia por la UNMdP y becario doctoral del CONICET. Es integrante del grupo “Movimientos sociales y sistemas políticos en la Argentina moderna”. En el marco del mismo desarrolla su investigación sobre las formas de la violencia política en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno del FreJuLi. Ha publicado trabajos en revistas especializadas y es coautor de textos para la enseñanza media.

jladeuix@mdp.edu.ar

María Estela Spinelli es Doctora en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Profesora Titular de Historia Argentina y de Historiografía en la Facultad de Ciencias Humanas de la UNICEN y de la Facultad de Humanidades de la UNMdP. Ha dictado seminarios de postgrado en la Universidad Nacional de Rosario y en la Universidad Nacional de Luján. Es autora de *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”* (Biblos, Buenos Aires, 2005) y de numerosos artículos y capítulos de libros sobre historiografía política argentina y sobre los antiperonistas.

mepin@speedy.com.ar

